



# El Dilema de Cambiar

Noelia  
Frutos

# **EL DILEMA DE CARLA**

NOELIA FRUTOS

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El dilema de Carla*

© *Noelia Frutos*

Edición publicada en mayo del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

El Dilema  
de  
Carla

Noelia Frutos

*Para ti, papá,  
que te fuiste demasiado pronto  
cuando más te necesitábamos.  
Espero que estés orgulloso de nosotros,  
allá donde estés.  
Te quiero.*

# \* Índice \*

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)



## Prólogo

### *Jake*

La fama es un arma de doble filo que a veces no sabes cómo manejar. Te hace perder la cabeza de tal forma que cuando te quieres dar cuenta, es demasiado tarde y estás enganchado.

Como la mayor de las drogas que es, me he vuelto un adicto a todo lo que la rodea, el poder, dinero, reconocimiento... Es un mundo de luces y sombras, donde adquieres una deuda de por vida, la cual pagas con creces. No tienes intimidad, todo lo que haces o dices es cuestionado y criticado. Y si encima tienes quejas, te reprochan. «¿No era lo que querías?, pues apechuga con las consecuencias». No, hombre, nunca fue mi intención exponerme de tal forma al mundo. Solo quería cantar y expresarme a través de mi música.

Me enciendo un cigarrillo y observo cómo la mujer con la que acabo de follar se levanta de la cama y empieza a recoger su ropa.

—¡Ha sido fantástico! No sé..., ¿podríamos repetir en algún otro momento? —pregunta mientras se viste.

Una vez que termina de arreglarse se inclina en la mesita de noche, e inhala una raya de cocaína mientras yo me pongo los bóxer. Una vez que ella acaba, ocupo su lugar, me siento en la cama e inclinándome, me meto el tiro. Siento el amargor deslizarse por mi garganta.

—Lo siento. No repito —contesto tajante. Echo la cabeza hacia atrás y sorbo por la nariz—. De hecho, no creo que nos volvamos a ver y, si así fuese, probablemente, ni te recuerde.

Ni si quiera se ofende con mi comentario, pero tampoco tiene motivos. En ningún momento prometí nada, simplemente ha obtenido lo que venía a buscar: un polvo con una estrella de *rock*. Una vez conseguido, poco más hay que hacer.



Oigo sonar mi teléfono móvil a la par que la desconocida recoge su bolso, me guiña el ojo y desaparece de la habitación de hotel. Leo en la pantalla el nombre de Tim Morrison, mi representante.

—Jake..., tenemos un problema —me dice nada más descolgar.

«¿Y cuándo no hay un jodido problema?», pienso.

—A ver, ilumíname —contesto cansado tumbándome en la cama, esperando que la droga haga su función.

—Karen está embarazada y le será imposible organizar la gira, por lo que han contratado a un nuevo asistente. No sabría darte más detalles, pero quería ponerte sobreaviso y que se lo comunicases a los chicos.

—¡¿Me estas jodiendo?! —grito al teléfono. Me levanto como un resorte y empiezo a pasear por la estancia—. Estamos a dos putos meses de la gira.

—A mí me hace tan poca gracia como a ti, joder..., pero son lo que ponen la pasta y los que toman ese tipo de decisiones —comenta Tim de mal humor—. De todas formas, en ninguna gira anterior se han producido contratiempos. Seguro que han buscado a un profesional y tienen todo controlado.

—Eso espero, Tim..., eso espero.



# Capítulo 1

Corro por el aeropuerto como si mi vida dependiese de ello. Puedo parecer dramática, pero no exagero cuando digo que mi vida profesional depende de que llegue a tiempo a facturar el equipaje.

¡Jodido Jägermeister! La culpa la tienen los chupitos, no las cinco cervezas de la cena ni las cuatro copas que le siguieron. Si ya sabes lo que dicen, mezclar copas y chupitos..., resaca asegurada. Pero oye, que no aprendo. En mi defensa diré que la ocasión lo requería.

Me marchó a vivir a Los Ángeles para trabajar, ni más ni menos, como la asistente de gira de la banda de rock Dark Chord. Por ese motivo, mis amigas, Alma y Elsa, decidieron que merecía una despedida como Dios manda. Pero no contamos con que nosotras, cuando salimos, no tenemos hartura ni conocimiento.

Así me ha pasado esta mañana, que al sonar el despertador, no ha habido quien me levante. Gracias a que Elsa, a pesar de beber tanto o más que yo, es la más responsable de las tres y me ha despertado a grito pelado: «¡O mueves el culo o perderás el vuelo!».

Que cómo he llegado a esta situación, te preguntarás. Pues bien, fue gracias a la que hasta hace una semana ha sido mi jefa.

Una semana antes...

Si alguna vez os dicen que moverse por la ciudad es fácil con unos zapatos de 10 cm, un maxibolso repleto de artículos, que la mayoría ni necesitas, y un miniparaguas, que más que resguardarte del agua hace que te conviertas en un virtuoso de la esgrima, mienten. Me dirijo al trabajo después de haberme reunido con unos clientes. Con lo que no contaba es que a la vuelta, el cielo se partiese en dos. Trabajo en MEY (Me Encargo Yo). No es

muy original, ¿verdad? Creo que mi jefa no se quebró mucho la cabeza para elegir un nombre, pero sorprendentemente funciona. Se trata de una empresa que se encarga de la organización de actos y eventos de cualquier tipo. Cuando terminé la carrera de Protocolo, Organización de Eventos y Relaciones Institucionales, me aceptaron para realizar las prácticas y cuatro años después aquí seguimos, haciéndole la vida más fácil a todo aquel que nos contrate.

Por fin, después de batallar por las calles, he conseguido llegar a la oficina. Estoy especialmente emocionada, porque hoy está de vuelta Megan, mi jefa, tras unas largas vacaciones. Ella es de Nashville, EE. UU., hace siete años vino de vacaciones a nuestro país, le encantó tanto la cultura española y su gente, que decidió que aquí es donde quería seguir con su vida.

¡Menuda vidorra que se pega la tía! Y no es el odio el que habla, que conste. Porque aunque parezca sorprendente, me llevo excepcionalmente bien con ella. Para mí es un referente como mujer. Es emprendedora, carismática, tiene carácter y buen corazón. Y, lo más importante, la considero una gran amiga. Como bien dice ella, soy su pupila. Me acogió bajo su ala desde los inicios de mi carrera profesional, me ha enseñado todo lo que sé de este mundo y me ha animado a seguir adquiriendo conocimientos a través de diferentes másteres. Vamos, que me ha puesto las cosas fáciles cuando veía que me aturullaba entre el trabajo y los estudios.

Tras abrir la puerta de la oficina, me dirijo a mi mesa dejando un reguero de agua a mi paso. Nando, mi compañero de trabajo y pareja de mi jefa, se levanta para saludarme. Acompañó a Meg a su país y me han dejado a mí cuidando el fuerte.

—Pero bueno..., mira lo que trae el viento —comenta entre risas.

—Viento te voy a dar yo a ti, sinvergüenza —suelto mientras lo abrazo—. Abandonadita me tenéis.

Nando tiene treinta años, es madrileño, alto y guapo con ojos oscuros. A simple vista podrías pensar que es el típico chulo, y en cierto modo lo es cuando no lo conoces. Pero en el momento en que lo tratas, ves que es un hombre atento, detallista y cercano.

A pesar de ser seis años más joven que Megan, que no se nota ni importa porque el amor no entiende de edad, se complementan a la perfección. Llevan cinco años como pareja, y no imaginaría al uno sin el otro.

—Y, ¿qué tal por tierras americanas? ¿Son los yanquis tan exagerados como nos lo pintan? —pregunto mientras dejo todo encima de mi mesa.

—Y más, pequeña..., y más.

—Bueno, ya me contarás. Voy a saludar a Meg y ver cuál es la noticia que según ella me va a encantar —comento poniendo los ojos en blanco y dirigiéndome al despacho de mi jefa.

—Espera, Carla, no...

Pero no le presto atención y voy directa hacia mi objetivo, ver a mi jefa y amiga.

Al abrir la puerta, veo que hay una mujer rubia con el pelo corto y de punta, sentada de espaldas en una de las sillas frente al escritorio. Cuando nota mi presencia y gira la cabeza, pego tal grito que creo que se ha escuchado en toda la manzana.

—Pero ¿qué te has hecho en el pelo, loca!? —Sí, así le hablo a mi jefa. Como he dicho, hay demasiada confianza, cosa que nunca se sabe si es bueno, pero a nosotras nos funciona.

Está preciosa, que conste, porque la que es guapa, todo le queda bien. Pero ¿dónde está esa frondosa mata de pelo negro? «Espero que por lo menos lo haya donado». Como respuesta recibo una cara de sorpresa. No, si encima dirá que no es tanto el cambio. Cuando se gira del todo y se levanta para saludar, ahí sí que creo que me voy a desmayar. Al fin comprendo cuál es la noticia que me tenía que contar.

—¡Dios mío! Pero ¿y eso qué es?

Me acerco para darle un abrazo de oso y me deslizo de rodillas para estar a la altura de su incipiente barriguita. Sé que esto no aparece en un mes y medio, pero supongo que lo sabría antes de irse de viaje y no dijo nada. Por el bultito que se le forma en el vestido, debe de estar de unos cuatro meses de embarazo.

—Hola, bichito —le canturreo—, soy la tita Carla y estoy muy muy contenta de que vayas a venir al mundo.

Me aferro a la barriguita y le hablo bajito. Eso lo he leído en internet y dicen que es muy bueno para que los bebés vayan reconociendo al padre, y si funciona con él supongo que conmigo también.

—Carla, ¿me puedes explicar qué haces de rodillas hablando a la barriga de mi hermana?

Giro ligeramente la cabeza a mi izquierda y, sí, ahí está mi jefa tal y como la recordaba; pelo largo, rizado, negro y una barriga más plana que una tabla de planchar. Detrás de ella, observo como Nando, mi examigo, se está partiendo de risa. Tanta que está inclinándose hacia delante y sujetándose el estómago. Y digo examigo, porque desde este momento le retiro la palabra por

hacerme pasar este momento tan vergonzoso y no avisarme.

Oh, mierda. Me incorporo lentamente sin que se note que estoy abochornada.

—Pues, ¿no lo ves? Presentándome a la familia —le digo toda digna, señalando la barriga de la desconocida.

Al pararme frente a la hermana de mi jefa, le doy una sonrisa avergonzada. Noto como está colorada de aguantarse la risa, por lo que la tranquilizo diciendo:

—Hola, soy Carla. Tranquila, puedes reírte cuanto quieras. Si yo estuviese en tu lugar no habría sido tan diplomática, te lo aseguro.

Suelta unas sonoras carcajadas mientras se disculpa:

—Perdón, perdón. Es que ha sido un momento tan gracioso y he aguantado tanto que ahora no soy capaz de parar de reír.

Sabía que mi jefa tenía una hermana gemela, pero a ver, si no avisan de que está aquí, pues, ¿yo qué pienso? Vamos, que a cualquier persona le hubiese pasado lo mismo. El caso es que no sé cómo me las apaño, que siempre es a mí a la que le ocurren situaciones embarazosas. Son comodas gotas de agua; misma similitud ósea y mismos ojos verdes. Lo único que las diferencia es el estilo de peinado y que a la hora de hablar, a la hermana sí que se le nota el acento estadounidense.

Ahora, por fin, saludo a Megan. Con ella no me avergüenzo, me conoce y sabe que soy muy dada a hacer el ridículo.

—Anda que, si lo planeas no te sale tan bien, ¿eh? Te habrás reído a gusto —le digo fundiéndonos en un largo abrazo.

—Jajaja... Ay, pequeña, es que eres un caso —dice sin parar de reír—. Muy bien, fuera bromas. Carla, ella es mi hermana Karen, ha venido a pasar unos días a España con su marido, que estará al llegar.

La mencionada me guiña un ojo a modo de saludo. Creo que ya hemos tenido demasiados abrazos por hoy para dos desconocidas. Justo en ese momento, dan unos toquécitos en la puerta y aparece quien supongo que será el marido de Karen. Es un hombre maduro con gafas, rubio, de ojos azules y complexión fuerte.

Una vez hechas las presentaciones y de ponerles al día de todo lo acontecido a Megan y Nando tras su ausencia, nos sentamos en la mesa de trabajo situada en un lateral en el despacho a comer. Con tanta charla se nos ha echado la hora encima.

—Carla, como te comenté tengo una buena noticia —dice Megan

especialmente emocionada—. Como sabes, Luke es socio de una de las discográficas y promotoras musicales más reconocidas en EE.UU. —«Pues no, no lo sabía»—. Actualmente, tienen entre manos la gira internacional de una banda de rock. Karen suele ser la asistente de gira en el *tour*, pero como observarás, en su estado le va a ser imposible. ¡¿Y adivina a quién he recomendado para que la sustituya?! —añade efusiva.

«Espera, que creo que esa me la sé», la dejo continuar, que ella es muy de sorpresitas y no quiero aguarle el momento.

—Pues..., nooo —le contesto haciéndome la tonta.

—Tú, Carla —aplaude—. Tú serás la encargada de organizar la gira de uno de los grupos más famosos a nivel mundial.

—A ver, que lo entienda bien, ¿tú —señalo— mi actual jefa, me recomiendas para ser la asistente en una gira musical? —pregunto desconcertada.

—¡Por supuesto! Eres la persona idónea para el puesto, tienes los conocimientos y dominas a la perfección varios idiomas. ¿A que es genial?

Definitivamente a Megan se le ha ido la cabeza del todo. Que no digo yo que sonar, no suene bien. Pero nos olvidamos del detalle de que nunca he organizado algo de tal magnitud.

Luke Anderson, que así se llama el cuñado, me explica que él junto a su socio Greg Sloane son los fundadores de DMG Entertainment (Diamond Music Global). Su socio es uno de los productores musicales, mientras que él es el director de giras.

Cuando surgió el embarazo de Karen y el no poder asistir a la gira, Megan, conocedora de que poseo los cursos de Manager Musical y el de Experto en Organización de Eventos Musicales, me recomendó.

Las siguientes horas me cuentan los pormenores del puesto que voy a cubrir. Estoy un poco nerviosa, ya que nunca he organizado ningún trabajo relacionado con el mundo musical. Pero qué leches, confío en mí y pienso que estaré a la altura. Si a ellos no les importa mi inexperiencia, ¿por qué debería importarme a mí?

—¿Para qué grupo trabajaré? —pregunto, más que nada por curiosidad.

—DarkChord —contesta Karen.

«¡¿Acorde Oscuro?!».

—¡Hostia! Estáis de broma, ¿verdad? —De la impresión al levantarme, he tirado la silla al suelo—. Perdón, perdón. Es que no me esperaba que fuesen ellos—. Me disculpo colocando la silla y tomando de nuevo asiento.

¿Quién no conoce a DarkChord? Y no solo por su música, sino porque son cuatro adonis que harían pecar hasta a una monja. Es cierto que siempre andan envueltos en escándalos, pero están tan buenorros que es difícil no fijarse en ellos por mucho que no seas una fanática.

Debería de meditar tranquilamente la oferta, pero quien me conoce sabe que me muevo por impulsos. ¡Y qué coño! Como dice Megan es una oportunidad que no sucederá dos veces en la vida.

—No hay más que hablar. Me quedo con el puesto —digo con mi desparpajo andaluz, que tanto me caracteriza.

Apartir de ese momento nos dedicamos a organizar la documentación que necesitaré, pero mi mente no deja de evocar la imagen de los miembros del grupo. Y río internamente, pensando que cuando se lo cuente a las chicas no lo van a creer.



## Capítulo 2

Cuando ya ha anochecido, salgo del trabajo y me dirijo a casa sin creermelo que ha ocurrido. Tengo la cabeza como un bombo. Aún no he decidido cómo darles la noticia a las chicas. Bah, ya se me ocurrirá algo sobre la marcha. Al entrar en el piso que compartimos las tres, las encuentro en la cocina, lugar de reunión de la mayoría de las casas españolas, en pijama y cenando. ¡Yuju! ¡Menudo planazo para un viernes noche!

—Chicas, me voy el viernes que viene a vivir a Los Ángeles para trabajar como asistente de gira de DarkChord.

¿Veis? Lo mío no es la delicadeza, mejor soltarlo a bocajarro, para qué desperdiciar un tiempo valioso. Levantan la cabeza de sus platos sin ninguna muestra de sorpresa en sus rostros.

—Ya..., y a mí me ha llamado Alejandro Sanz para que le haga los coros. No te jode —se mofa Alma quedándose tan pancha.

«Uy, a mi Alex que ni lo nombre»

—Carla, cariño, ¿qué te has tomado que vienes desvariando? —pregunta Elsa.

¿Qué les pasa? Entiendo que no sea lo más normal del mundo lo que acabo de soltarles, pero que se lo tomen a cachondeo, ofende. Que yo soy una mujer de mundo. Si incluso estuve viviendo en Cánada cuando hice el Erasmus, que sí, que más que estudiar, me dedique a recorrerme los distintos bares y tomármelo como unas vacaciones. Pero algo contará, ¿no?

—¿Sabéis lo que os digo? Que cuando queráis venir a visitarme y alojaros en MI —recalco— apartamento, os va a abrir la puerta vuestra tía la frasca —digo muy digna saliendo de la cocina en dirección a mi habitación.

Oigo el ruido de sillas y le siguen los pasos de las chicas, que vienen detrás de mí.

—A ver, Carla. Es que lo que dices no hay por dónde pillarlo —dice Elsa



conciliadora.

—Pillarlos no, Elsa. No hay quien se lo crea —apunta Alma con un bufido. Le saco ambos dedos corazón de las manos y busco la maleta en el altillo del armario.

—Sí, sí. Vosotras no me creáis —comento de espaldas—. Ya me llamaréis llorando porque me echáis de menos.

—Oye, a ver si va a ser verdad —escucho como le murmura Elsa a Alma.

—Qué verdad, ni qué leches. Lo que pasa es que está aburrida y quiere llamar la atención. La conoceré yo. Esta lo que tiene es mucho cuento —contesta Alma.

Me entran ganas de reír a pesar del mosqueo. Por lo que, mordiéndome los labios, me controlo. Alma es como una hermana para mí. Las dos somos de Córdoba y llevamos juntas desde el parvulario. Cuando llegó la hora de ir a la universidad, no lo dudamos y nos vinimos juntas a Madrid. Sabe que tiendo a ser un pelín dramática, pero para drama el que va a montar ella cuando descubra que es cierto lo que digo.

—¿Quieres dejar de hacer el imbécil y decirnos a cuento de qué has soltado eso? —pregunta Alma exasperándose.

—Cuento ninguno, bonita. Pero si os tomáis más en serio lo que os digo, os lo contaría. Ahora os quedáis con las ganas —le rebato quitando el polvo de la maleta.

—Anda, Carla. No te enfades. Venga, ¿dinos qué ha pasado? —pregunta Elsa en tono conciliador.

La miro y me ablando. Tuvimos mucha suerte de encontrar a la pacífica, cariñosa y sensata de Elsa en nuestro segundo año de universidad. Alma y yo tomamos la determinación de que las residencias de estudiantes estaban muy bien, pero no era lo nuestro. Por lo tanto, decidimos buscar un piso. Elsa tenía alquiladas dos habitaciones a un par de hermanas, pero la convivencia no es que fuese demasiado buena. Por lo que, cuando rescindió el contrato, volvió a publicar el anuncio y dimos con él. Llevamos siete años viviendo juntas y, como diría mi hermano Tony, somos las tres «másqueperras». Y no por guarrillas, ¿eh? Sino porque cuando estamos las tres juntas, ni la CIA se nos iguala. Pero que levante la mano quien este libre de pecado, nadie, ¿verdad?

—Bueno, os lo cuento. Pero porque no me aguanto, no porque lo merezcáis —comento feliz. Tomo asiento en la cama y doy unos toquecitos a ambos lados para que mis amigas se sienten.

Y así comienzo a narrarles todo lo ocurrido en el día de hoy. Hay muchos

«No me jodas», «te estás quedando conmigo» y, la mejor de todas, «¡me muerooo!» a lo largo de la conversación. Os podéis imaginar qué frase es de cada una.

—Carla, sabes que tu familia va a poner el grito en el cielo, ¿verdad? —dice Elsa una vez que termino.

—Ay, nena. No sé cómo se lo tomará el señor Sánchez, pero a la que vas a matar de un disgusto es a tu madre —añade Alma.

—Ya —digo soltando una risilla—, de ellos ya me encargo yo, que sé cómo camelármelos.

No es que mi familia sea mala, todo lo contrario. Pero tendemos a exagerar bastante. Y sé, porque los conozco, que no será una conversación fácil.

En la actualidad....

Ay, mi familia. Eso sí que fue otro cantar. Mi madre puso el grito en el cielo. Mi padre, se mostró receloso de tener que trasladarme a vivir a la otra punta del mundo. Mi abuela, para variar, salió en mi defensa, pues soy su ojito derecho. Y mi hermano ya se veía paseando por la playa de Santa Mónica, en plan Vigilante de la playa, pavoneándose. Pero al final logré solventar lo mejor que pude sus dudas, y hoy me puedo montar en ese avión, que me lleva destino a mi nueva aventura, con su beneplacito.

Cuando por fin llego donde se encuentran Luke y Karen, frente a la puerta de embarque de nuestro vuelo, me disculpo por el retraso.

—Lo siento, había un tráfico horrible hoy en Madrid —digo tráfico por no decirles: «Veréis, ayer fue mi despedida y me pillé tal cogerza que hoy no había quien me levantase». No, no creo que sea adecuado ser tan sincera con los que ahora son mis jefes.

—Tranquila aún falta más de una hora para que el avión despegue —me tranquiliza Karen sonriente.

—Esto es lo que peor que llevo de viajar en vuelos comerciales, las esperas —se queja Luke—. No te preocupes, Carla, por suerte en los traslados de la gira iremos en *jet* privado —aclara.

¡¿Que no me preocupe, dice?! Cómo me voy a preocupar, si yo con el simple hecho de viajar en primera clase estoy emocionada.

«¡Ay Carla, dónde te has metido! Que tú eres una chica sencilla de barrio

y te vas ni más ni menos que a Hollywood».



## Capítulo 3

El vuelo hasta Los Ángeles fue largo para una persona tan inquieta y culillo de mal asiento como yo. Estar metida nueve horas en el avión no lo llevé especialmente bien. Y si le añadimos las ansias que tenía de comenzar esta nueva aventura, ni que digamos que se me hizo desesperante. Menos mal que aprovechamos parte del viaje para repasar todo el trabajo que tengo por delante.

Al llegar a Los Ángeles nos dirigimos al que será mi nuevo apartamento. Está ubicado en Venice Beach, un barrio contractual, ecléctico y lleno de vida que me ha enamorado, donde me pilla a un par de manzanas la playa. El piso es pequeño, consta de un dormitorio, baño, cuarto de lavado y un comedor con cocina integrada. Pero para mí es más que suficiente.

He tenido dos días desde que aterricé en esta maravillosa ciudad para aclimatarme a mi nuevo hogar. Me he dedicado a explorar mi zona, y por lo poco que he visto, intuyo que me deparará cosas buenas. Me considero una persona optimista por naturaleza. Siempre intento sacar el lado positivo a la vida, aunque haya veces que te lo ponga difícil.

Hoy es lunes y será el día en el que por fin conoceré al equipo con el que trabajaré. Estoy nerviosa y como tengo tiempo, me siento al escritorio y me dedico a buscar información sobre la banda en la red. Por supuesto que los conozco y sé muchas cosas de ellos, pero no está de más documentarme un poco antes de la reunión que tendremos hoy. Al teclear el nombre del grupo, encuentro cientos de páginas que contienen noticias recientes sobre ellos. Y no me extraña, están en su mejor momento.

Entro en internet y abro las noticias que creo que me ayudarán para conocer su historia desde el principio. Por lo que leo, en seis años han logrado colarse entre los artistas más famosos e influyentes del panorama musical. Anterior a eso se sabe poco, solo que se dedicaban a hacer bolos de

allá para acá. Todos vienen de un barrio humilde, cerca de cumplir los treinta años, amigos desde la infancia con una cosa en común: su pasión por la música. Era lógico que terminasen dedicándose a ello.

Sus inicios fueron duros, pero gracias a su primer álbum, *From The Deep* (*Desde lo profundo*), se colaron en el número uno de las listas y consiguieron su primer disco de platino. Siguiéndole, otros dos discos más corriendo la misma suerte. Los miembros que formaban la banda en sus inicios fueron: Jake Russell, cantante y líder del grupo; Josh Parker, batería; Ronnie Doyle, en el bajo y Liam Donovan, guitarrista. Por desavenencias entre algunos miembros del grupo, Liam, antiguo guitarrista, abandonó la banda y ha sido sustituido por Adam Swan. Esa es la causa por la que han tardado más de lo que los fans hubiesen querido en volver a sacar un nuevo disco. De ahí que esta gira sea tan esperada.

Después de pasar un buen rato empapándome de todo lo que me parece importante, abro una de las tantas fotos que hay de ellos en internet. Son..., son hermosos, perfectos, sexis, peligrosos. Cualquier adjetivo que nombre para definirlos sería quedarme corta. Dejan sin aliento con ese aire de «me importa una mierda todo», sus tatuajes y su aspecto de chicos malos. Por Dios, qué calores.

Estoy tan concentrada en la banda, que a pesar de estar esperando a que vengan a recogerme, el sonido del telefonillo hace que me sobresalte.

Cierro el ordenador y me apresuro a contestar.

—¿Sí? —pregunto a través del auricular.

—¿Carla? Soy Samuel Rodríguez. Me han mandado de DMG para recogerte —me comunica mi interlocutor al otro lado.

—Ya bajo.

Antes de salir me doy un rápido vistazo. Llevo un simple vestido de sisas por encima de las rodillas en color *nude* y unos zapatos de tacón en el mismo tono. Sencilla, pero profesional. La primera impresión en un nuevo trabajo es muy importante y quiero dar una imagen seria. Me paso los dedos por mi larga melena castaña clara y me retoco el pintalabios rojo. «Lista para comerte el mundo, Carla», me animo.

Recojo el bolso y uno de mis tantos cuadernos de *animalprint*, donde tengo toda la documentación para mi primer día de trabajo. Fuera del edificio, veo a un hombre joven de piel canela e increíbles ojos verdes. Trastabillo un poco de la impresión y me acerco solícita a su encuentro.

—Hola —saluda el desconocido—. Carla, ¿verdad?

—Sí, hola. Tú debes de ser Samuel Rodríguez —saludo.

—Lláname Sam, por favor —añade con dos besos abriéndome la puerta del copiloto.

Una vez en marcha, entramos en una conversación fluida y cómoda, me cuenta que nació en Puerto Rico aunque a los dos años se trasladó a Los Ángeles con su abuela tras perder a sus padres en un accidente de tráfico. Me apeno por él. No quiero imaginar una infancia sin mis progenitores, soy una persona muy familiar. De cerca es más guapo aún. Pero lo que más me gusta es que no le falta conversación y, puesto que yo tiendo hablar mucho, se agradece. Intuyo que nos vamos a llevar bien.

—Perdona que te corte, pero no eres lo que esperaba —me dice Sam al cabo de un rato.

—Espero que sea para bien —le comento risueña.

—Por supuesto —afirma—. Es que no nos han dado muchos detalles de quien sustituiría a Karen y me ha sorprendido que seas una mujer tan..., ¿joven?

¿Es duda lo que percibo en su tono?

—Bueno..., sí, puede que sea joven, pero soy de lo más profesional —le aseguro frotándome las manos con nerviosismo.

—No, no lo digo por eso —ríe—. Mira, conmigo no hay problema, pues creo que tenemos los mismos gustos... —aclara con un guiño juguetón. No puedo evitar soltar una carcajada. Sabía desde que empezó hablar que congeniaríamos en el acto y su forma tan directa de decir las cosas, me lo demuestra, ya que yo soy igual—. Pero si hasta yo puedo apreciar que eres una mujer preciosa, no quiero ni imaginar lo que opinarán todos los demás. Creo que, como poco, va a ser interesante.

—Uy, no, no, no. Déjame de líos y no me asustes. He venido a trabajar, no a meterme en follones —contesto atropelladamente.

—Ya veremos...

Ese ya veremos me gusta más bien poco, pero lo dejo estar, no voy a entrar en disputas absurdas. Tengo claro para qué estoy aquí y eso me basta.

Al llegar a DMG me sorprende ver que es una especie de nave industrial de tres plantas y fachada de cristal. La entrada es un espacio abierto, amplio y moderno. Nos acercamos al mostrador de recepción, en el que hay dos chicas atendiendo el teléfono y me piden la documentación. Tras revisarla, me la devuelve junto con una tarjeta de identificación en la que se lee: Carla Sánchez. *Road manager*.

Sigo a Sam hacia los ascensores mientras miro entusiasmada mi tarjeta identificativa. Estoy tan feliz que sin prestar atención por donde ando, me choco con él. Sonríe a modo de disculpa, lo que hace que Sam niegue, riendo a su vez.

—Mira y verás... —Sam saca su tarjeta identificativa del bolsillo trasero del vaquero y la pasa por un sensor situado al lado del ascensor. Este abre de inmediato y nos adentramos—. Para cualquier sitio al que quieras acceder tendrás que tener una de estas —me dice agitando su tarjeta—. Aquí normalmente suele haber cantantes o grupos muy famosos, por eso no se permite el acceso a cualquiera. ¿Viste la puerta de cristal de la derecha? —asiento y prosigue—, conduce a los estudios de grabación y a las salas de ensayo. Apostaría por que en una o varias de ellas hay algún artista grabando o ensayando su siguiente *single*.

—Madre mía... ¿Crees que en algún momento podría ver a alguno?

—¡Seguro! De hecho, al pasar tanto tiempo grabando, suelen moverse por el recinto. Te acostumbrarás a ello.

«Si él lo dice...», pero no creo que me acostumbre a cruzarme a famosos, como la que se cruza a la vecina del cuarto.

El trayecto en ascensor es rápido. Lo primero que encuentro al salir, es otra recepción. En ella está apoyada Karen hablando con la recepcionista de esta planta. Por fin veo una cara conocida. Al oírnos se gira y se acerca a saludar:

—Carla, ¡qué alegría verte! —exclama estrechándome en un abrazo—. ¿Qué tal los primeros días en tu apartamento? ¿Está todo a tu agrado?

—Sí, sí. Todo perfecto. No podrías haber escogido un sitio mejor.

—Me alegro, cariño. Venga, vayamos a la sala de reuniones, tenemos una gira que preparar.

Andamos por un largo pasillo unos metros y giramos a la izquierda. El lugar es inmenso y, por lo que percibo a simple vista, aquí se encuentran las oficinas y salas de reuniones. Karen abre una de las puertas y Sam me aprieta el hombro insuflándome ánimos.

—Allá vamos, preciosa, ¿lista?

Asiento un par de veces de forma muy enérgica, pues de lo nerviosa que estoy, no me salen las palabras. Lo primero que observo al entrar en la estancia es una gran mesa, en la que están charlando animadamente una decena de hombres. Luke Anderson, el jefe de la gira y marido de Karen, se acerca diligente a nuestro encuentro.

—¡Llegaste! —Posa su mano en mi espalda y empieza con las presentaciones—. Carla, este es Greg Sloane, mi socio y uno de los productores musicales de DMG Entertainment.

—Hola —me saluda el socio—. Me han hablado mucho de ti. Bienvenida.

—Gracias. Lo mismo digo —me sorprende que sea tan joven, pensé que sería de la edad de Luke, pero rondará los treinta y cinco años, como mucho. Le doy dos besos y lo noto un poco cortado. Siempre se me olvida que los americanos son más fríos en los saludos y no están acostumbrados a tanta muestra afectuosa. Pues que se preparen conmigo, porque yo, en cuanto cojo confianza y me siento a gusto, derrocho cariño a raudales.

Saludo uno a uno a todos los jefes técnicos de la gira: sonido, iluminación, montaje, seguridad... «Viva la igualdad laboral», pienso sarcásticamente al notar que todos son hombres. Llega el turno de la banda, por lo que agradezco el tiempo de presentaciones anterior para relajarme. No quiero quedarme embobada y hacer el ridículo. Les doy un repaso rápido con la mirada y corroboro que las fotos no le hacen justicia. Son mucho más sexis e intimidantes en persona. Pero si alguno destaca sobre los demás es el cantante del grupo: Jake Russell. Todo en él grita problemas.

El primero en presentarse es Tim Morrison, representante del grupo. Ronda los cuarenta años, es apuesto, pero con semblante serio. Él es el encargado de presentar a cada miembro de la banda.

—Josh Parker, batería; Ronnie Doyle, bajista; Adam Swan, guitarra y Jake Russell, cantante y guitarra —señala Tim.

Mierda. Se me va a partir la cara de la sonrisa perpetua que muestro. Pero me dura poco, porque cuando me acerco, me siento avergonzada por no recibir saludo por parte de ellos. No esperaba que me recibiesen entre aplausos y vítores, pero dos besos o un apretón de manos hubiese bastado. Debe de ser cierto eso que dicen de que algunos famosos se creen de otro nivel. Pues conmigo ya están perdiendo puntos por maleducados.

Tras esta situación incómoda, tomamos asiento alrededor de la mesa para iniciar la reunión. Saco mi cuaderno de apuntes lleno de pósits y, al mirar a mí alrededor, me siento examinada y evaluada por todos.

—Carla Sánchez... —canturrea Tim leyendo mi tarjeta identificativa colgada al cuello—. Entonces..., ¿eres española?

—Sí, señor.

—Y ¿de qué parte de España?

—Eh..., vivo en Madrid actualmente, pero nací y me crié en Córdoba, una



ciudad de Andalucía que...

—Sí, sí..., bonita ciudad —me corta distraído fijándose en los papeles que tiene delante. ¿Os he dicho que me sobra verborrea? Pues imaginaos cuando me encuentro nerviosa.

Continúa con su interrogatorio durante un rato. Creo que esta es la entrevista que no me hicieron cuando me ofrecieron el puesto en España. Intento estar muy concentrada en sus preguntas, pues, a pesar de dominar el idioma y haber viajado por distintos países, el inglés estadounidense es más rótico y, en algunos casos, su vocabulario es distinto al británico, que es el que he ido perfeccionando a lo largo de mi vida.

—Y dime, Carla, ¿qué giras conocidas has organizado? —Lo miro confundida, porque no entiendo la pregunta. Creía que estaban al tanto de que no tengo experiencia en el ámbito musical.

—Mmm..., bueno..., yo... —«deja de balbucear», me regaño—. Esta será la primera gira que organizaré.

Nada más terminar la frase, percibo sus caras de asombro.

—¡¡Me cago en la puta, Luke!! —grita Jake Russell, el cantante del grupo, que hasta ahora se había mantenido en silencio—. Una jodida novata. ¿Eso es lo mejor que has encontrado?

Me pongo alerta, pues el tonito en que lo dice no me gusta ni un pelo. Se levanta y empieza a pasearse enfadado frente a nosotros. Lo evalúo a conciencia, medirá alrededor de 1,85 cm, fibrado y con músculos desfinidos. Tatuado, muy tatuado. Pelo castaño oscuro, con un corte moderno y unos ojos azules impresionantes, si no fuese por la mirada glacial que me está echando en este momento.

—Cálmate, Jake —le pide Luke.

—¿Qué me calme, dices?! —pregunta en tono amenazante—. Puedo entender la situación de Karen, en serio. Pero joder..., te creía más profesional a la hora de elegir sustituto —comenta exasperado, pasándose los dedos por el pelo—. Es una maldita becaria. ¡Si hasta viene con una dichosa libretita de apuntes, por Dios!

Uy, lo que me ha dicho. Me aferro con fuerza a la «dichosa libretita», como él dice, por no estampársela en su perfecta cara.

La conversación se sale de control y todos entran en una discusión cuestionando mi inexperiencia. Me mantengo callada porque no quiero sacar la guerrera que llevo dentro y que me despidan incluso antes de empezar a trabajar. Pero no puedo consentir que se hable de mí como si no estuviese

presente.

—Perdonad..., hola... —intento intervenir. Una vez que tengo la atención de todo el mundo, prosigo—: Por alusiones, creo que debo defenderme. Es cierto que no he organizado ninguna gira, pero me avalan cuatro años de experiencia organizando eventos, en los cuales he dado todo de mí en cada trabajo. Por lo que pediría que no se me juzgue sin antes darme la oportunidad. —«Mierda. Sueno pedante hasta a mis propios oídos».

La «estrellita» del grupo me mira con enfado. Al final me hartará y le cantaré las cuarenta, las cincuenta o lo que se me ponga por delante. Sacude la cabeza y se muerde su jugoso labio inferior. «No, Carla. No vayas por ahí. Se está metiendo contigo ¿recuerdas?», me regaña. Pero mi mente va por libre y fantaseo con ser yo la que mordiese esa boca. La duda es si con saña o con deseo.

—Mira, bonita...

—Carla, me llamo Carla —apunto saliendo de mi burbuja lujuriosa.

Endereza su glorioso cuerpo apoyando las manos en sus estrechas caderas y entrecierra sus ojos azules.

—No es nada personal... CARLA —recalca cada letra de mi nombre a conciencia—, pero necesitamos gente profesional. Esto no son unas prácticas. Es una gran gira en la que no voy a consentir que ineptos la echen a perder.

Mantenemos un duelo de miradas en el que intento transmitirle todo el mosqueo que llevo dentro. Parece percibirlo, pues se cruza de brazos y me da una sonrisa malévol.

—¿Sabéis qué os digo...? —se dirige a los directivos, pero sin apartar su mirada de mí—. Cuando todo se vaya a la mierda empezarán las lamentaciones y será tarde —sentencia—. Me voy a ensayar, que es de lo único de lo que me tengo que preocupar. Cada uno que se dedique a hacer su trabajo, si no la caga antes, claro. —Llamadme rara, pero no sé, tengo la impresión de que esto último ha ido por mí.

Sale de la sala como un vendaval, con portazo incluido. Lo que hace que pegue un respingo en el sitio y suelte todo el aire acumulado en los pulmones disimuladamente.

Pues parece que se ha quedado una buena mañana, ¿no? Miro a los presentes y los veo intentando evitar mi mirada.

Si dijese que no estoy afectada, mentiría. Este primer encuentro no ha ido tal y como esperaba. Pero no por ello voy a desistir en convertirme en una de las mejores asistentes de gira que hayan tenido. Como he dicho, soy una mujer

positiva y ningún cantantucho va a frustrar que viva esta experiencia.



## Capítulo 4

### *Jake*

Sigo con los ojos la forma de interactuar de la nueva asistente mientras le presentan a cada responsable técnico. Observo cómo se desenvuelve con gracia y desparpajo. Es una mujer preciosa: pelo largo color miel, ojos marrones y una boca que incita a morderla. No es demasiado alta, pero le acompañan unas curvas de infarto y unas piernas perfectas realizadas por sus zapatos de tacón. Es cierto que he conocido y estado con mujeres mucho más despampanantes, pero ella parece poseer una belleza natural que en el mundo en el que me muevo es difícil encontrar.

Intento que su apariencia no me nuble el juicio. No estoy contento con la decisión que se ha tomado a última hora. Sam, como nuestro asistente personal, está lo suficiente cualificado y podría haberse encargado de coordinar la gira. No quiero parecer un imbécil, por lo que callo y la observo. Quizá merzca una oportunidad. Cuando llega nuestro turno en las presentaciones, ninguno la saludamos. No tenemos nada en contra de ella, es más bien a modo de rebeldía contra la productora. Si fuésemos unos principiantes entendería los cambios, pero joder..., esta será nuestra tercera gira, deberían comportarse con más profesionalidad y encargárselo a alguien interno que tenga más experiencia.

Lo que me sorprende y me mosquea a partes iguales de la chica nueva es la indiferencia que muestra en nuestra presencia. Estamos acostumbrados a suscitar algún tipo de efecto en las mujeres: nerviosismo, sonrojo, deseo, excitación... Incluso hay veces que se sienten intimidadas, ya sea por nuestra apariencia de chicos malos o el ser estrellas del *rock*. Pero o sabe disimular muy bien o es cierto y le importa una mierda quienes seamos. Y no sé por qué su pasotismo me irrita. Aguanta estoicamente cada pregunta que le hace Tim,

que no son pocas. Otra en su lugar, rodeada de extraños, se hubiese acobardado, pero las ha contestado con seguridad y confianza. El problema ha surgido al descubrir que no posee experiencia alguna.

¡¿Qué cojones le pasa a Luke?! No he sido el único en mostrar descontento, pero por mi temperamento sí el que ha dado más muestras de disconformidad. Ella ha argumentado y se ha defendido, pero he percibido el fuego en su mirada. Lo que ha hecho que me endureciese en el acto. Apuesto a que si hubiésemos estado en otras circunstancias no hubiese sido tan perfecta ni correcta en sus formas.

Bajo los escalones hacia el estudio de dos en dos. Me siento inquieto, cabreado. Sé que me he comportado como un capullo, pero me la suda lo que opinen ella o cualquiera. Nadie me ha regalado nada. Estoy donde estoy a base de mucho esfuerzo y llevarme muchas hostias en el camino, y no pienso consentir que echen a perder algo tan importante como es mi carrera.

Una vez en lloego a la entrada de la discográfica, decido que no estoy de humor para ensayar. Entro al aparcamiento y me subo a mi moto. Salgo de West Hollywood hacia las colinas como si me persiguiese el mismísimo diablo. Cuando estoy mosqueado o necesito pensar, me sumerjo en la música o conduzco a gran velocidad. Son mis dos pasiones, lo único que me tranquiliza y hace que vea las cosas desde otra perspectiva.

Tras un par de horas en carretera y haber hecho una parada en mi rincón favorito de la ciudad, el observatorio, me siento un poco más calmado. Así que decido ir al ocean's, un club ubicado en la azotea de un hotel. Tienes que ser alguien importante en Los Ángeles para poder acceder a él. Mayormente encontrarás celebridades o personas influyentes, y la discreción y el pasar desapercibido es primordial para los que estamos expuestos a los medios.

Atravieso el club hasta llegar a la zona de la terraza. Me siento en la barra y le pido un whisky al camarero. Al cabo de un rato oigo como gritan mi nombre:

— ¡Jake..., amigo! —Me giro y veo a Stuart, un conocido con el que me he corrido unas cuantas juergas.

—¿Qué pasa, hombre? —nos saludamos con un apretón de manos y un breve abrazo.

—Te vendes caro, cabrón. Hace siglos que no te veo. ¿Dónde te metes?

—Nah..., por ahí.

—Ven a sentarte allí con nosotros. —Señala la zona en la que se encuentran dos mujeres y un hombre a los que no reconozco—. Así me cuentas

en qué andas trabajando ahora. Oí que pronto saldréis de gira, ¿no?

—Sí —agarro el vaso de whisky y me giro al camarero—. Apunta esto y todo lo que pidan en aquella mesa a mi cuenta.

Mientras nos ponemos un poco al día, observo como una de las mujeres, la rubia, no aparta su mirada de mí. Al cabo de un rato, Stuart me susurra:

—Tenemos reservada una *suite* en el hotel, por si te apetece unirte.

Sé lo que eso significa y, como estoy pasando un rato agradable con ellos, acepto. Nos marchamos a la *suite* y allí seguimos bebiendo y charlando. Transcurridas dos horas, veo como la mujer morena agarra a Stuart y a su amigo de las manos, se levantan y se dirigen a la habitación contigua. La rubia que desde que llegué la he notado receptiva a mi presencia, se levanta de su posición en el sillón, posa sus manos en mis rodillas se inclina insinuante y, antes de besarme, susurra:

—Te conozco.

«Lo dudo, muñeca», pienso. Puede que me reconozca por el artista que soy, pero muy pocas personas me conocen en realidad.

Por fin se lanza a mi boca y lo acepto gustoso. Besar no es una cosa a la que le preste demasiada atención. Solo es el prelude para un fin. De hecho, en más de una ocasión evito los besos porque puede confundir y dar expectativas de algo más. Mucha gente pensará que soy un cabrón. Y no les quito razón. Pero soy claro, no engaño ni hago promesas que sé que no seré capaz de cumplir. No acostumbro a repetir y, si sucede, ante todo aclaro que no esperen más que sexo.

Se aparta de mí lo justo para poder deshacerse del vestido y quedarse en ropa interior. Me levanto de mi asiento, y en mitad del comedor le ayudo a que se deshaga de las prendas que le quedan. Llegados a este punto, sobran las palabras. Sabemos a lo que hemos venido, andarse con rodeos sería desperdiciar un valioso tiempo que se podría aprovechar disfrutando del placer del sexo.

La preciosa rubia introduce sus manos debajo de mi camiseta y me acaricia el torso. Al llegar a mi pecho descubre el piercing que atraviesa uno de mis pezones. Juguetea con él y pega un pequeño tirón con sus dedos, lo cual provoca un efecto en mi miembro ya endurecido. La acerco todo lo que puedo a mi cuerpo para que sienta lo duro que estoy e introduzco una mano en sus braguitas. Joder..., esta húmeda y lista.

Acaricio su clítoris con uno de mis dedos y hago un poco de presión sobre él. Siento su latido. Si quisiese podría hacer que se corriese con este

simple gesto, pero no. Acabamos de empezar y quiero que esto dure.

Me pega un pequeño empujón y caigo sentado en el sofá. Se sube a horcadas encima de mí, me quita entre tirones la camiseta y me ofrece sus pechos. Los lamo, succiono y muerdo hasta sentir sus pezones como guijarros. La fricción del vaquero y sus movimientos de caderas me están poniendo cachondísimo. Me libero de ella por un momento y, al bajarme los pantalones y calzoncillos, aprovecho y saco un preservativo de la cartera. Mi compañera se hace con él y con una maestría inmejorable, me enfunda.

Tomo la iniciativa e introduzco mi pene en su húmedo coño. Soy consciente de mi tamaño y de que puede sentir cierta incomodidad, por lo que le vuelvo a acariciar el clítoris en movimientos circulares hasta que noto cómo me meto hasta la empuñadura. Le doy unos segundos para que se adapte. Noto que se siente a gusto en la postura por sus movimientos de caderas en círculos deslizándose de arriba a abajo buscando el ritmo.

«¡Qué maravilla, por Dios!». Podría decir que follar lo considero un *hobby*. Disfruto del placer que me proporciona el sexo. Pero lo más excitante es ver cómo una mujer se entrega y se deshace entre mis manos. La retiro un poco para poder ver cómo mi polla desaparece en su agujero.

—Así es nena..., móntame fuerte —la animo jadeando.

Mis palabras parecen excitarla aún más. Siento como contrae sus músculos vaginales alrededor de mi pene. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y me dejo llevar por las sensaciones. Cuando cierro los ojos, sin venir a cuento, se me aparecen unos inmensos ojos marrones y una sonrisa pícaro. «¿¡Qué mierda...?!». Vuelvo a abrir los ojos y me centro en la rubia con la que estoy follando. «No entiendo qué cojones hago pensando en este momento en la nueva asistente de gira». Seguimos disfrutando y gozando. Sin embargo, el pequeño lapsus mental que he tenido no me deja disfrutar plenamente. ¡La madre que la parió! Ni si quiera la conozco y ya me está jodiendo el polvo.

Agarro a mi compañera de las nalgas y nos doy la vuelta tumbándola de espaldas en el sofá. Empiezo a follarla con estocadas profundas y consigo concentrarme en el aquí y ahora. Mis envites y la fricción de mi pelvis en su clítoris hacen que ella tiemble y grite mientras alcanza el clímax. Salgo de su cuerpo y me siento de nuevo en el sofá. Ella me sigue, me quita el condón y se pone de rodillas frente a mí. Se introduce mi polla en la boca y me succiona.

—Joder..., cariño —digo acariciándole y apartándole el pelo de la cara.

El placer que siento es tan grande que no creo que tarde mucho en acabar. La veo lamer de arriba a abajo. Con su lengua recorre en círculos el glande y

vuelve a introducirla hasta el fondo de su garganta. «¡Menuda mamada!». El placer es tan sublime que no aguanto y derramo mi semen en su boca. Ella lo acepta y gustosamente se lo traga. Cuando ya recupero el aliento, la incorporo y le doy un suave beso. Noto mi propio sabor en sus labios y, lejos de asquearme, me excita. Vamos al baño y, mientras nos estamos limpiando, le digo:

—Yo ya me marchó, pero si quieres te puedo acercar a donde me digas.

—No, tranquilo. Creo que me quedaré —dice cuando salimos de asearnos, volviendo al comedor. Y con un gracioso gesto de cabeza, señala la habitación donde desaparecieron antes el resto.

Le sonrío y le doy un beso en la mejilla.

—Como quieras. Ha sido un placer... Nos vemos.

—El placer ha sido mío Jake Russell —dice entrando en el dormitorio. Ofreciéndome una estupenda vista de su trasero desnudo.

Puede que el día no empezase del todo bien, pero he de decir que ha terminado de la mejor de las maneras. Aún sigue rondándome por la cabeza que el nuevo fichaje es una idea pésima. Bastantes problemas ocasionamos en las giras nosotros solos, como para que vengan externos a joderla.

He bebido demasiado y voy un poco colocado también, por lo que paso de conducir y decido llamar a Morgan, nuestro jefe de seguridad, para que me recoja. Una vez que estoy en casa, me pego una ducha para sacarme el olor a sexo que llevo encima. Cuando termino y en pelotas me tiro en la cama. Esa noche sueño con cierta española pizpireta, y he de decir que cuando me levanto, lo hago con una erección monumental, que necesita atención.

«Pobre ingenua», pienso mientras me masturbo pensando en ella. Una de dos, o le doy como mucho un mes antes de que tire la toalla o para tenerla en mi cama.





## Capítulo 5

Me apoyo en la barandilla y contemplo el atardecer en el Pacífico. Disfruto del momento y empiezo a ser consciente de dónde estoy. Va a hacer un mes que llegue a Los Ángeles y hoy ha sido mi primer día de descanso, así que he decidido salir a hacer turismo.

Como todos los comienzos, este no ha sido fácil, pero poquito a poco me estoy haciendo con el puesto de trabajo y con la gente que me rodea.

Mi primera tarea fue reunirme con el departamento de contabilidad y conocer el presupuesto disponible para organizar la gira. Gracias a la documentación que me facilitó Karen, me ha resultado más fácil el trabajo.

Todos son unos profesionales y saben realizar bien su trabajo, pero se necesita un enlace o punto de unión para que las cosas no se salgan de control y todo se vuelva un caos. Y ese es mi cometido.

Con el paso de los días, la gente ha ido abriéndose un poco más a mí y han podido comprobar que no soy el enemigo.

El despacho que me han adjudicado es inmenso; consta de escritorio, mesa de reuniones, sofá de dos plazas, de cuero marrón y un baño privado.

Sam, al ser el asistente personal del grupo y poder trabajar desde cualquier parte, ha decidido instalarse conmigo, lo que agradezco. Pues su sola presencia y sus comentarios ingeniosos me reconfortan.

Pero, sin duda, ver como la banda prepara la gira, sus ensayos, es lo mejor en este nuevo trabajo. Verlos en su elemento es abrumador. Pero si alguno destaca entre todos, ese es Jake, como el líder que es. Nuestro trato sigue dejando mucho que desear, pues no le agrada que yo sea quien organice la gira y no pierde la oportunidad en demostrarme su postura. Pero he aprendido a ignorarlo lo mejor que puedo.

Me dispongo a volver caminando a mi apartamento. Cuando llevo un rato andando mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolso y veo que es una

videollamada de Elsa. Me empiezo alarmar, por la diferencia horaria en España serán cerca de las cinco de la mañana. De los nervios ni atino a aceptar la llamada. Una vez lo consigo, aparecen frente a mi una Alma y una Elsa, sonrientes. Lo que hace que me relaje.

—Petarda...

—Cari...

Saludan ambas al unísono.

—¡Nenas! —Exclamo feliz—, ¿qué hacéis a esta hora despiertas? —pregunto extrañada, pero encantada de poder verlas.

—Pues que acabamos de llegar y hemos pensado en llamarte antes de irnos a la cama. —Me duele la cara de la sonrisa que se me forma.

Es una costumbre muy nuestra que al terminar una noche de fiesta arrasemos con las sobras que pillamos en la nevera, mientras comentamos todo lo acontecido. Me invade la nostalgia de estar perdiéndome estos momentos y agradezco que se hayan acordado de mí y me hagan partícipe del momento. Cualquiera dirá que de qué me quejo. Estoy en una maravillosa ciudad, viviendo un sueño, pero por mucho que las cosas cada día vayan mejor, me siento muy sola y echo muchísimo de menos mis ratitos con estas dos locas.

—Bueno, ¿y que tal la noche? ¿Algo memorable que contar? —les pregunto habida de información.

—Bah, ya sabes un poco de esto y de aquello —le resta importancia Alma, mientras devoran la comida y comienzan a contarme todo lo que creen que me interesará.

Entre risas, gritos y recuerdos, he hecho el camino de vuelta y estoy cerca de mi barrio. En esas me encuentro cuando escucho el insistente pitido de un claxon, no me doy por aludida y continúo mi conversación con las chicas. Al cabo de unos segundos, siento como una motocicleta se posa a mi altura y avanza despacio siguiendo mis pasos. Me empiezo a poner nerviosa y a mirar de reojo. Mis amigas notan mi inquietud ya que preguntan:

—Carla, ¿qué pasa? —me pregunta Elsa preocupada.

—No sé, pero si digo YA, llamáis al 911. —Mejor ser previsor.

—¿¿Cómo?! —pregunta Alma presa de los nervios—. Nena, no me asustes.

Acelero el paso sin perder de vista a mi acosador cuando percibo por el rabillo del ojo como estira el brazo y me agarra. ¡Oh, Dios Mío! Se acabo, este es el fin, voy a formar parte del alto índice de secuestros que hay cada día

en los EE. UU. El grito que suelto es ensordecedor. Me aferro al teléfono móvil, donde se escucha a las chicas gritar con mi mismo ímpetu. A la que le voy asestar un derechazo a mi captor, me encuentro de frente con unos ojos azules que reconozco demasiado bien.

—¡Te has vuelto loca! —exclama Jake asombrado por mi reacción, sosteniendo el brazo que iba directo hacia él.

Me deshago de su agarre y levanto la mano para que me dé un momento. Enderezo el móvil y cuando veo a las chicas en la pantalla, añado con rapidez:

—Abortad misión, repito, abortad misión.

—Dime por lo que más quieras que ocurre o llamaré a la policía —vocifera Alma.

—Nada, nada. Me alarme por nada. Es solo Jake.

Percibo como se relajan al saber que no me encuentro en peligro, aunque eso esta por ver, ya que Jake y yo no es que seamos íntimos amigos.

—¿Jake «soy tu mejor sueño húmedo» Russell? —pregunta Alma. Creo que incluso veo los corazoncitos que se le han formado en los ojos.

—El mismo —les hago saber. Miro de solayo a Jake, que me mira como si estuviese loca—. Ya os llamaré, os quiero.

—¡Por la feria de mayo, Carla! ¡No cuelgues, ¿me oyes?! No cuelg... —Sí. He colgado.

Me enfrento al hombre que tengo delante. Jake ya se ha sacado el casco y lo ha apoyado en el depósito de la moto. Lo observo pasarse los dedos por el cabello y creo que me acaba de cortocircuitar el cerebro. Si me pareciese a un emoticono, ahora mismo sería el que babea.

—Estás más loca de lo que pensaba. —Pero, como veis, abre la boca y la caga—. Te estaba intentando dar el alto —dice Jake con su todo de ordeno y mando, como es habitual en él—. ¿Por qué no parabas?

—Bueno..., no creí que fuese a mí —contesto desganada—. Pero si llevo a saber que eres tú, te aseguro que hubiese corrido a esconderme —prosigo con una sonrisa cínica. Estos últimos días he notado que es algo que le molesta bastante.

Jake frunce el ceño ante mi comentario. «Ja ja ja, qué fácil es cabrearlo. Y qué bien se me da».

A pesar de no ser una de mis personas favoritas en el mundo, no puedo negar que me deja sin aliento cada vez que lo veo. Y más enfundado en esos vaqueros que le sientan tan bien, la chupa de cuero negra que se amolda a todos sus músculos y esa cara de perdonavidas, que me pone cardíaca.

Toso e intento recomponerme lo mejor que puedo del cariz que están tomando mis pensamientos. Me meto las manos en los bolsillos traseros de mi *short* y me balanceo en el sitio.

—¿Dónde vas? —pregunta cambiando de tema.

—A casa.

—¿Sola, a punto de anochecer en una ciudad que no conoces? Eres una inconsciente —me regaña de manera deliberada.

¡Será posible! ¿Quién se ha creído que es para hablarme con esas confianzas?

Adopto una pose beligerante, cruzándome de brazos y dando toquecitos con el pie.

—¿¿¿Perdona??? ¿Y a ti qué cojones te importa?

Mira que me he intentado controlar en todo este tiempo, pero que me siga tratando con ese desdén y más fuera del trabajo. No, no lo voy a cosentir.

—Tranquila, fiera —dice apoyándose de brazos cruzados encima del casco, con una pose de lo más relajada.

«¡¿Fiera?! ¡¿Me ha llamado fiera?!».

—A ver, estrellita de pacotilla, he intentado aguantar en el trabajo tus desplantes y tus comentarios hostiles, pero si te crees que eso te lo voy a consentir en la calle, lo llevas claro, chato —le digo con toda la chulería de la que soy capaz.

—¿Estrellita de pacotilla?

Vale, ahí me he pasado. Porque he de reconocer que de pacotilla nada, ya que es bastante famoso. Pero es que..., me saca de mis casillas.

Espero su reacción y que empiece ha echar fuego por la boca, en tres, dos, uno... Pero lo que ocurre a continuación me rompe los esquemas. Empieza a reír a carcajadas y no una risa cualquiera, sino una risa de verdad, incluso creo verle un par de lagrimillas en los ojos.

¡Madre del amor hermoso! Si serio es guapo, ahora, viéndolo en este estado, es la perfección en persona. Me fijo en su perfecta hilera de dientes blancos y esa risa ronca que hace que me cosquilleen los oídos y otras partes menos decorosas de mi anatomía.

Tiene una risa tan perfecta que ha sido imposible no contagiarme y he terminado uniéndome a él.

Al cabo de un rato, no serenamos y siento como algo ha cambiado entre nosotros. Lo veo más relajado y eso me hace bajar la guardia.

—Joder, fíjate que me han llamado muchas cosas en la vida, pero

«estrellita de pacotilla» no entraba entre ellas —dice con una sonrisa fácil en los labios—. Aunque me lo merezco por capullo. Sé que no te he puesto las cosas nada fáciles.

—Pues no, para qué nos vamos a engañar —contesto, ya que es más que evidente.

—Con una disculpa bastará —me dice haciendo un gracioso mohín—. ¿Empezamos de nuevo? —ofrece extendiendo su mano.

¿Una tregua? ¿Es lo que me esta dando a entender? Lo miro recelosa. Pero ¡qué leches! Ha sido el único eslabón que me faltaba para que todo fuese a las mil maravillas. Por lo que acepto gustosa.

En el momento que nuestras manos se unen, siento una descarga de electricidad recorrerme todo el cuerpo. Él debe de sentirla también, ya que aparta la mano como si le quemase.

—Perdón —se justifica.

Tengo un ligero hormigueo en la palma de la mano donde he sentido su contacto.

—No pasa nada —susurro confundida frotándome la mano.

—Bueno, ahora que somos amigos, te invito a tomar algo para afianzar nuestra amistad. Los chicos me llevan varias semanas de ventaja, me tendré que poner al día, ¿no?

—Empecemos por no matarnos y ya veremos eso de ser amigos —le hago saber con una sonrisa.

—Venga, monta —dice acomodándose en la moto y dejando espacio detrás.

—Pero..., ¿vamos a ir en moto? ¿No te sirve cualquier lugar de los que ahí aquí? —pregunto dudosa.

—A ver, no es por llevarte la contraria. Pero si nos quedamos en cualquier bar de aquí, lo que menos haríamos es conversar, ya que no pararía de firmar autógrafos y fotografiarme con fans.

«Anda, pues lleva razón, no había caído en eso, la verdad».

—¿No te darán miedo las motos? —pregunta entrecerrando los ojos y centrándolos en mi.

—Nooo, qué va —lo digo con la boca chica, porque para qué nos vamos a engañar, estoy cagada. Y más viendo el pedazo de bestia que tiene entre las piernas... Y me refiero a la moto, mal pensados.

—Puedes estar tranquila, no ire rápido. Toma —me ofrece el casco—, así irás más segura —me tranquiliza.

— ¿Y tú? —cuestiono—. Mira que no quiero ser la causante de que te destroces esa cara bonita que tienes.

—Confía en mí, daremos un simple paseo. Yo soy el más interesado a que no le pase nada a mi cara bonita —dice señalándose y riendo.

Claudico, y apoyándome en su hombro cojo impulso y me moto detrás. Una vez que me acomodo, me abrazo lo más fuerte posible a su cintura. Tanto, que oigo decir a Jake con voz estrangulada:

—Joder, Carla... Afloja, que me vas a asfixiar.

— ¡Ni loca! Aún no tenemos la suficiente confianza y quién no me dice a mí que en la siguiente esquina pegas un acelerón y me dejas tirada —le digo apretándolo aún más—. Anda, arranca, no vaya a ser que me arrepienta y me baje.

Endereza a la bestia y sale disparado por la avenida.

«¿Qué no iba a ir rápido? Pues si fuese rápido qué haríamos, ¿¿volar?!», pienso cerrando con fuerza los ojos.

Me aferro aún más fuerte a él y siento sus músculos abdominales moverse a causa de la risa. Si salgo ilesa de este paseo, recordadme que le pegue una colleja, por mentiroso.



## Capítulo 6

Después de veinte minutos en marcha y haberme encomendado a todas las vírgenes que conozco, paramos y nos bajamos de la moto.

—¿Qué? ¿Cómo ha estado el paseo? —pregunta ayudándome a deshacerme del casco.

—¡Genial! Me muero por repetir —digo de forma sarcástica devolviéndole el casco con un pequeño golpe en el estomago.

—Pues estás de suerte, porque aún nos queda el viaje de vuelta.

Ríe al notar mi cara de horror y pasa su brazo por mis hombros mientras nos encamina al *pub* de enfrente. Agradezco que me sujete, pues siento cómo me tiemblan las piernas y no me apetece hocar y besar el asfalto. Más que nada, para no darle munición al enemigo para reírse de mí.

—No pensaba que fueses tan cagueta.

—¿¿Cagueta?! No eres tú el que ha visto su vida pasar frente a sus narices.

—Exagerada...

Levanto la cabeza para mirarlo y nos sonreímos. Es cierto que puedo ser un poco exagerada, porque el viaje no ha sido tan desagradable, pero sí que ha habido momentos donde se me ha encogido un poco el culo.

Dentro del local, llamado Peter's Pub, el camarero nada más vernos se acerca a nosotros. Es un hombre de mediana edad muy atractivo. Hay algo en el que me resulta familiar y no sé qué es.

—¡Menuda sorpresa! —se saludan con el típico abrazo masculino, con palmaditas a la espada—. Me alegro de verte, hijo. Hacía tiempo que no venías —le dice con unos golpes cariñosos en la mejilla.

—Lo sé, papá. Intentaré venir más a menudo. Pero sabes lo liado que estoy.

¡¿Papá?! Con razón me sonaba su cara. Es como si viese a Jake con veinte

años más. Por muy lanzada que me crea, cuando conozco a padres ajenos, me entra una vena tímida, que no casa mucho con mi personalidad. Pero así soy yo, toda contradicción.

—Y esta preciosa dama, ¿quién es?

—Papá, ella es Carla, la nueva asistente de gira en el *tour*. —Posa su mano en mi espalda baja y me acerca a ellos—. Carla, este es mi padre, Peter Russell, y el dueño de este tugurio —dice a modo de broma.

—Encantado mi *lady*. —Peter me sostiene delicadamente de la mano y posa un beso en el dorso, como todo un caballero medieval. Soy muy morena de piel y me cuesta sonrojarme, pero su gesto y esa mirada azul tan magnética, igual que la de su hijo, hace que me suban los colores.

—Lo mismo digo, señor.

—Peter, cariño. Si eres amiga de mi hijo, lo eres mía también.

—Gracias, Peter. Pero lo de amiga de tu hijo, esta por determinar. Veremos cómo transcurre la velada —digo con una sonrisa picara, mirando a Jake.

—¿Qué le has hecho, sinvergüenza? —pregunta su padre.

Jake se rasca la nuca, con la cabeza gacha y pone ojitos de cordero. Estoy tan acostumbrada a ver al Jake cretino, egocéntrico y altivo, que verlo interactuar con su padre, me sorprende. Me gusta lo que veo, creo que intenta dar una imagen de cara al mundo que no coincide con quien es realmente.

—Digamos que no le di un buen recibimiento, pero estoy intentando enmendar mi error —se justifica rápidamente.

—No te eduqué así, Jake, a las mujeres hay que respetarlas siempre.

—Tranquilo, Peter, que dio con la horma de su zapato, no he dejado que se me suba a la chepa. —Nos reímos los tres de mi comentario y nos acomodamos en la barra.

El padre de Jake nos sirve una par de cervezas y mientras ellos charlan y se ponen al día, yo me siento de espaldas a la barra y me dedico a observar el local. A mi derecha hay sofás de cuero verde, con unas mesas al centro, donde hay clientes disfrutando de sus copas. En el otro extremo se encuentra un pequeño escenario vacío, donde, supongo, harán actuaciones en directo. Y delante de este, una pista con unas cuantas parejas bailando. Por todo el local, colgado en las paredes, hay fotografías dedicadas de grupos y viejas glorias del *rock&roll*.

—¿Te gusta el lugar? —pregunta Jake sacándome de mi inspección.

—Entiendo de dónde te viene tu afición por la música —le digo haciendo



un barrido con el brazo al lugar.

—Sí. Cuando era un adolescente odiaba los estudios. Mi padre tomó cartas en el asunto y antes de verme hacer el vago, me metió a trabajar como camarero con él —comenta rasgando la etiqueta de su cerveza y una sonrisa fácil.

—¡Vaya, eras un barman! Seguro que por aquel entonces tendría mucho éxito con las mujeres.

—Oye, que todavía lo tengo —se queja.

—Oh, venga ya. Me has entendido —contesto poniendo los ojos en blanco.

Gira la cabeza y me mira intensamente. Es inevitable que no admire lo hermoso que es. Una vez que ha desaparecido la hostilidad que sentía hacia mí, puedo apreciar el magnetismo que desprende. Me siento atraída hacia él como la polilla a la llama. Y temo quemarme si me acerco demasiado.

—Espera —añade levantándose de su asiento e introduciéndose en la barra.

Lo veo acercarse a la estantería donde hay gran variedad de botellas y recoger algo. Una vez que vuelve a mi lado, toma asiento y desliza algo en la barra. Lo sostengo y me doy cuenta que es una fotografía del grupo.

—Esta fue nuestra primera actuación como DarkChord —aclara.

—Hala..., que jóvenes. —Me asombro admirando la foto.

En ella, aparecen Josh y Ronnie, en cada extremo y, en el centro está Jake con el brazo sobre los hombros de Liam, antiguo integrante de la banda.

No se me pasa inadvertido lo sexis que ya eran por aquel entonces. La imagen tuvo que haber sido tomada hace ocho, diez años como poco.

—Sí —sonríe—, éramos unos niños ingenuos con ganas de comernos el mundo.

—Y ¿qué ha cambiado?

—La vida —sentencia—. No es que me queje, me sentiré eternamente agradecido de estar donde estoy...

—Pero... —animo a que continúe.

—Pero este mundo es distinto a como imaginé. Eres esclavo de todo lo que te rodea, ejecutivos, medios de comunicación, fanáticos... No sé. Simplemente hay veces desearía ser aquel chaval de diecinueve años que solo soñaba con cantar sus canciones, sin la presión que conlleva la fama.

Siento empatía con sus palabras. Puede que tenga todo cuanto una persona normal y corriente desearía. Dinero, reconocimiento, admiración, pero me da

la sensación de que, a pesar de estar siempre rodeado de personas, se siente muy solo.

—¿Cuándo pegasteis el salto a la fama? —Estoy sacando mi lado periodístico.

—Al trabajar aquí estaba rodeado de los músicos que venían a tocar e intentaba aprender lo máximo posible de gente con experiencia. —Me sorprende que esté tan hablador, a día de hoy apenas habíamos cruzado un par de frases—. Con mi primer sueldo, conseguí a Becca...

—¿Becca? —pregunto, interrumpiéndolo.

—Becca es la primera guitarra que me compré, una Fender, que hoy en día me acompaña.

Los hombres y sus juguetes... No entiendo la manía de ponerles nombres femeninos a sus posesiones.

—Al tener a Becca —prosigue—, empecé a practicar en mis ratos libres y a escribir canciones.

Me gusta este Jake, está relajado. Sigue proyectando esa aura de peligro, pero no es el demonio que he tratado estas últimas semanas.

—¿Cómo surgió la idea de DarkChord?

—Estás muy preguntona, ¿no? —Me encojo de hombros, y continúa—. Los chicos y yo hemos sido amigos desde la infancia. Cuando comencé a trabajar aquí con mi padre, ellos también empezaron a pasar más tiempo en el bar, por lo que como me pasó a mí, les picó el gusanillo de la música. Cada uno se decantó por un instrumento. Y en el garaje de los padres de Josh comenzamos a ensayar —se calla unos segundos y con una sonrisa añade—: Si alguien nos hubiese escuchado en aquel entonces, no estaríamos donde estamos, créeme. Parecíamos gatos maullando. —Río a su comentario, porque lo dudo, el talento que tiene no se hace simplemente practicando, o lo tienes o no—. Por suerte, mejoramos. Empezamos hacer nuestros pinitos en la música y poco a poco fuimos consiguiendo bolos. Una noche tuvimos la suerte de que Tim se encontrase en unos de ellos... Y a partir de ese momento todo se volvió una locura, hasta el día de hoy.

—Vaya..., tuvo que ser increíble pasar de nada a todo.

—Si, aún no me creo todo lo que ha pasado. Pasamos de tocar por unas copas gratis, a firmar contratos millonarios.

Miro a Jake y lo veo pensativo. Tuvo que ser difícil siendo tan jóvenes gestionar la fama tan repentina. He intentado no preguntar, pero ya que se está abriendo a mí me lanzo y hago la pregunta que me ha estado rondando desde

que llegue:

—¿Qué paso para que saliese Liam de la banda? Sé que era tú mano derecha.

Noto cómo se tensa. Percibo que es un tema del cual no le gusta hablar, pero si voy a estar pasando tiempo alrededor, necesito saber toda la historia.

—Desavenencias entre los miembros del grupo —dice apartando su mirada de mí.

—Esa es la declaración para los medios, Jake. Quiero la real.

—Déjalo, Carla —suelta un poco molesto y se pasa la mano por el mentón incómodo.

—Por favor —suplico—. No tienes que entrar en detalles. Además, no es que vaya a airear vuestros asuntos, no soy ninguna chismosa. —Bueno, un poco lo parezco—. Pero si te sirve de algo, Luke me hizo firmar un acuerdo de confidencialidad.

Bufa y se remueve en el sitio. Creo que he tocado un nervio, por lo que no insisto. Hasta yo sé donde esta mis límites.

Nos sumimos en un silencio un tanto incómodo y sigo analizando la fotografía, mientras Jake bebe de su cerveza pensativo.

Me arrepiento de haber sacado el tema. Estábamos pasando un rato tan agradable que, por ser una entrometida, lo he echado a perder.

—Hace un par de años estaba conociendo a una chica... —comienza a explicarme al cabo de un rato—. No es que fuésemos demasiado en serio. Pero era lo más cercano a una «novia», que he tenido —aclara haciendo el gesto de comillas—. A Alice siempre le había molestado la confianza que había entre Liam y yo. Me envenenaba alegando que quería hacerse con mi lugar en la banda y conseguir que desapareciese —niega molesto—. Decía que cuando yo no estaba, intentaba seducirla. No es que estuviese enamorado, pero soy una persona un tanto territorial y posesiva. —Asiento para que note que tiene mi total atención y continuar—. Es algo que incluso hablaba con Liam y siempre lo descartaba alegando que se sentía celosa de la hermandad que había entre nosotros. Lo creí, por supuesto —añade.

»A raíz de la tensión que se respiraba entre ellos, Liam empezó a distanciarse del grupo. Se perdía ensayos, nos mentía de dónde se encontraba, cuando sabíamos que no estaba donde decía estar...

Permanezco en silencio y prestando atención a sus palabras, Jake no se caracteriza por hablador y no seré yo la que lo interrumpa. Y más en un tema, que por el rictus serio que tiene, es importante para él.

—Pensamos que estaría conociendo a alguien. Intenté saber qué le ocurría, pero siempre me descartaba añadiendo que no me dejase influenciar por Alice. —Aprieta la mandíbula, lo que me hace intuir que lo sucedido aún no lo ha superado—. Una noche recibí una llamada del hospital en la que me comunicaban que Alice había tenido un accidente de tráfico...

—¡Dios mío! ¿Qué paso?

—Murió —declara con pesar. Me llevo las manos a la boca. Es inevitable que se me encharquen los ojos de lágrimas—. Tuvo un fuerte traumatismo en la cabeza a causa del impacto. Y ya que iba bajo los efectos del alcohol y las drogas, no resistió el golpe, pero fue una sorpresa descubrir que Liam iba de copiloto.

—Ay, qué pena —me lamento—. Entonces, era cierto. ¿Había algo entre ellos? —pregunto.

—Parece ser que sí, por lo menos esa noche estaban juntos —confiesa melancólico—. Me sentí traicionado del que decía ser mi mejor amigo —aclara rabioso con un golpe en el pecho—. Me dolió que me mintiese en la cara durante meses.

—¿Qué pasó para que abandonase el grupo?

—Que incluso cuando las pruebas apuntaban a que era un traidor, siguió negándolo. Y lo peor es que se podía haber evitado tal desenlace, ya que él iba sobrio y dejó que Alice condujese en tal estado. Por lo que los chicos y yo le pedimos no muy amablemente que se fuese a tomar por culo.

—Madre mía, Jake. Qué historia tan trágica.

—Pues sí —concuerta—. Ahora entenderás por qué para mí es un tema que prefiero no remover.

—Desde luego. Siento haberte hecho revivirlo de nuevo —le digo de corazón—. Lo que no entiendo es cómo no trascendió la historia a la prensa. No hay nada de eso en la red.

—Simple. Como te he dicho, Liam dio cero en el test de alcoholemia y drogas. Y como no hubo coches involucrados, se considero un trágico accidente fortuito, bajo los efectos en los que iba Alice. De hecho, él salió ileso sin un rasguño en su maldito cuerpo.

Tras relatarme lo sucedido, caemos en un silencio de pesar y tristeza. Dios mío, ¿cómo pudo Liam hacer algo así? Fue un accidente, como dice Jake, pero lleva razón, se podría haber evitado. ¿Cómo pudo jugársela a su amigo de esa forma?

No sé cómo aligerar el ambiente. No quiero parecer insensible, pero

necesito que volvamos a la fluidez que teníamos antes de que me contase ese suceso tan triste. Recorro en una ojeada el local. Me fijo en las parejas en la pista de baile y encuentro la solución.

El baile me ha acompañado toda mi vida. Desde pequeña acompañaba a mi madre a la asociación de vecinos donde es monitora de clases de flamenco. Por lo que me volví una apasionada de la danza. Con forme fui creciendo, me especialicé en distintos estilos. Pero los que mejor se me dan son el flamenco y bailes latinos. Hasta tal punto que parte de los gastos de mi época de estudiante los saqué impartiendo clases a varios grupos.

—Vamos a bailar —le propongo.

—¿Qué?! Paso —niega rotundo.

—Venga..., vamos —lo animo—. ¿O será que el gran Jake Russell no sabe bailar? —intento picarlo.

—Nena, a mí todo se me da bien —dice fanfarrón con una sonrisa ladeada supersexi. —Lo único que no quiero bailar rodeado de vejestorios.

—Mejor. Así bajamos la media de edad —contesto encogiéndome de hombros.

Me alejo andando de espaldas hacia la zona de baile, lo veo girar en su asiento, mientras me observa hacer movimientos cómicos. Sacude un par de veces la cabeza sonriendo. Al fin se anima y se acerca a mí con pasos lentos, pero seguro. Tiene un porte envidiable. Parece un león tan dominante y majestuoso.

—Qué payasa eres —comenta cuando llega a mí.

—¿Por qué? ¿No te gustan mis pasos de baile? —agrego y continúo haciendo el tonto.

Suena *La Bamba*, de Ritchie Valens. Me encanta la música antigua. Realmente me gusta toda tipo música en general, pero la de aquella época tiene algo especial.

Sigue plantado como un nabo en mitad de la pista, mientras yo danzo a su alrededor, moviendo los hombros y las caderas.

Una vez que acaba la canción, se acerca a mí y suelta:

—¿Contenta? Venga, ya hemos bailado —me sostiene de la mano y nos guía hacia la barra.

—Ah, no. Eso no es bailar. Ni si quiera te has movido del sitio —me quejo, tirando de él, al centro de la pista.

La canción cambia a Stay de Maurence Williams & The Zodiacs.

*«Stay, ah just a little bit longer,  
Please, please, please, please, please,  
Tell me that you're going to*

*Now your Daddy don't mind,  
And your Mommy don't mind,  
If we have another dance, yeah,  
Just one more, one more time.*

*Oh won't you stay, just a little bit longer,  
Please let me hear you say that you will  
Say you will*

*Won't you place your sweet lips to mine,  
Won't you say you love me all the time*

*Oh yeah, just a little bit longer,  
Please, please, please, please, please,  
Tell me you're going to*

*Come on, come on, come on, stay,  
Come on, come on, come on, stay,  
Come on, come on, come on, stay, oh la de da,  
Come on, come on, come on, stay, my, my, my, my,  
Come on, come on, come on, stay».*

Me sorprendo de lo bien que baila Jake, y más teniendo en cuenta que esta es una canción con un ritmo muy sensual y provocativo. Me sostiene con un brazo por la cintura y le rodeo con mis brazos su cuello. Empieza a entonar la canción con una sonrisa y sin despegar sus ojos de los míos. Tiene una voz tan perfecta... Ya lo he oído en numerosas ocasiones, pero esta vez me canta solo para mí. Lo que hace que un escalofrío me recorra de arriba abajo. Mañana tendré agujetas en las mejillas de tanto sonreír.

Nos balanceamos al ritmo de la música. Cuando llega el estribillo me da una vuelta sobre mí misma y me deja de espaldas a él, uniéndome a su cuerpo. Alzo mis brazos y le rodeo el cuello desde mi posición. Jake me acaricia la cintura con sus pulgares y siento su dureza en mi trasero. Cómo hemos pasado de ser enemigos a estar montando un numerito digno de *Dirty Dancing*, no lo sé. Pero lo que sí sé es que las mariposas se han instalado en mi estómago y va

a ser difícil que me deshaga de ellas. Siento como con su nariz recorre mi pelo y a mi se me eriza el cuerpo.

A partir de ese momento, bailamos canción tras canción, unas más pegados, otras sueltos, pero siempre con la complicidad que esta noche ha surgido entre nosotros.

Percibo como el padre de Jake de vez en cuando nos mira y sonrío. Le gustará ver a su hijo desinhibido y comportándose como un hombre corriente de veintinueve años y no la estrella de *rock* que está acostumbrada a ser.

He de decir que esa noche cuando llego a mi apartamento y me acuesto, lo hago con la sonrisa que me ha acompañado esta noche. No sé que pasará mañana y si todo mejorará, pero me siento tan feliz que me da absolutamente igual. Eso sí, hay algo que me ronda por la cabeza y que no debo olvidar: y es que es un roquero, no un príncipe azul.



## Capítulo 7

Aquel primer acercamiento entre Jake y yo solo fue el principio de una relación que la catalogaría como..., como..., bueno, realmente no sé cómo catalogarla. Existe una gran complicidad entre nosotros que ha causado que aumente mi atracción hacia él. Siempre tiene una muestra de cariño y afecto hacia mí. Aunque hay veces que vuelve a ser el Jake insufrible, malcriado y temperamental del principio. Es parte de su personalidad. Cuando se pone en ese estado lo ignoro y dejo que se le pase el berrinche. Es lo que tiene ir conociendo a las personas, que sabes cómo manejar sus estados anímicos cambiantes. Y de esos, Jake, tiene muchos.

Queda una semana para comenzar la gira y estos dos últimos meses han sido una locura de trabajo. Vivir en Los Ángeles no ha sido todo lo emocionante que creí en un principio. No he trabajado tan a contrarreloj en la vida.

Con los demás miembros de la banda también he cogido más confianza, tal, que me consideran una más de ellos. Bueno, menos Adam, el nuevo guitarrista. Hay algo en él que no me gusta. No sé, pero tengo la impresión de que no es de fiar. Por eso mantengo las distancias. Por el contrario, Ronnie, es todo un donjuán, siempre está coqueteando y sacándome una sonrisa. Josh es el más silencioso, a pesar de su aspecto de bárbaro, es muy culto y nuestras conversaciones son profundas. Sam..., es Sam. Desde que llegue hicimos piña y puedo decir que se ha convertido en un buen amigo.

Volviendo a Jake, la tensión sexual que se respira cuando estamos juntos hace que me encuentre en alerta en todo momento. Sé que pasará algo entre nosotros, la incógnita es cuándo.

Termino de aplicarme el labial rojo. Es la primera vez que voy a disfrutar de una noche de fiesta en Los Ángeles. Desde que llegué no he tenido la oportunidad, por eso me he arreglado con esmero. Llevo un vestido corto de



lentejuelas color plomo, de tirantes, unos *stiletos* en negro, me he peinado con unas ondas surferas que tan de moda están ahora y he ahumado mis ojos marrones, en tonos grises, dándoles un aspecto felino.

Me veo resultona. No es que sea una de las tantas beldades que se ven por aquí, pero intento sacarme partido. Miro el reloj y marca cinco minutos de las once. Recojo el bolso y salgo del apartamento.

Una vez en la calle, veo un Maserati Ghibli V6 430 Hp aparcado. ¿Que cómo lo sé? Tengo un hermano mayor aficionado a los deportivos, he pasado mi vida viendo revistas de coches por casa, así que algo se me ha quedado. Y tengo que decir que este, es un carraco.

Apoyado en él, me encuentro a un Jake arrebatador fumando un cigarrillo. Me acerco con una sonrisa y le digo:

—¡Vaya! Qué guapo. —Sonrío y le doy un beso en la mejilla.

Guapo, no. Está cañón. Pero no quiero ser una borrica. Lleva unos pantalones negros rajados en las rodillas; una camiseta gris de pico y su chupa de cuero negra. Un *look* un tanto oscuro, que le va a la perfección. Da una última calada al cigarro y lo tira al asfalto.

—Llegas tarde —me espeta serio.

¡Vaya por Dios! «Hola, Carla. Tú también te ves bien» es la reacción que esperaba, no esta.

—Pero..., ¡si solo son y cinco! —digo asombrada de su recibimiento.

—Tarde —vuelve a repetir abriendo la puerta de atrás del coche.

Me monto y veo a Ronnie en el lado del conductor y a Adam de copiloto. Bueno, parece que me toca sentarme con el Sr. Gruñón.

—Joder, bombón, nos vas a meter en bastantes problemas esta noche —dice Ronnie, alabando mi apariencia—. Estás deliciosa —añade con cara de pillo.

¿Veis? Ese es un buen recibimiento. No el... «llegas tarde».

—Qué tonto eres —contesto con un empujón juguetón en su hombro—. Hola, Adam. —Este último me da un asentimiento con la cabeza sin despegar la vista de la pantalla del móvil. Encuentro la mirada de Ronnie por el retrovisor y pregunto—: ¿Y Sam y Josh?

—Se fueron en el coche de Sam. Nos esperarán en la fiesta. —asiento y me acomodo en mi sitio.

Miro a mi acompañante y lo veo con el codo apoyado en la puerta, sus dedos paseándose por sus labios y mirando por la ventanilla.

—Jake, ¿estás bien? —pregunto tocando la mano que esta entre nosotros.

Gira la cabeza y me da una mirada molesta. ¡A saber, qué le pasa ahora!

—Por supuesto que estoy bien —dice apartando su mano de mí.

—Pues no lo parece... —murmuro. Me giro y contemplo la ciudad a nuestro paso.

No sé si me habrá oído, ya que vuelve a su posición inicial sin responder a mi comentario. El trayecto hasta la fiesta es algo tenso. Solo se escucha la música de Imagine Dragon a través de los altavoces y los comentarios ingeniosos de Ronnie.

No sé qué demonios le pasa a Jake. «Nada» es una buena amiga mía. Y esto. Esto no es nada. Me da la impresión que su mosqueo va dirigido a mí. El porqué aún se me escapa.

Una vez llegamos a la fiesta, en una mansión ubicada en Bel-air. Adam, como es habitual en él, desaparece. Salimos a la zona del jardín y a lo lejos distingo a Sam, que parece mantener una acalorada discusión con Josh. ¡Menuda noche de morros!

Cuando nos acercamos donde se encuentran los chicos, nos intercepta el que deduzco es el anfitrión de la fiesta.

—Vaya, vaya, vaya..., mira a quién tenemos aquí. Si son los hombres del momento —dice saludándonos.

—Una gran fiesta, Jeff —comenta Ronnie.

Jake sigue en su mutismo. Y le saluda con un ademán de mano.

—Y esta muñequita..., ¿quién es? —pregunta con una mirada lasciva recorriendo mi cuerpo de arriba abajo.

Me cae mal en el acto. Jeff Arnold es un hombre de mediana edad un poco entrado en carnes. Sé, por la información que me dio Sam, que es un cazatalentos de renombre.

—Trabaja con nosotros, así que mantente alejado, Jeff —dice Jake arremiéndome a él.

Anda, pero si existo. Miro a Jake y por su forma de actuar, deduzco que no le cae bien.

—Cálmate, Jacob —solicita con las manos en alto, y una sonrisa ladina—. Sabes a lo que me dedico. Y es imposible que una belleza así se me pase inadvertida.

—Pues ya tiene trabajo, es nuestra asistente de gira, por lo que no le hace falta ninguna oferta —reitera Jake pasando por su lado, mientras nos guía hacia Josh y Sam—. Gilipollas —murmura alejándonos.

—Odio a ese tipo —añade Ronnie.

¿¿Qué acaba de pasar??

Voy escoltada por ellos dos y los miro sin entender nada.

—Si no sentís simpatía por el hombre, ¿qué pintamos en su casa? —les pregunto sin comprender su comportamiento.

Como viene siendo una costumbre me dan un encogimiento de hombros y no responden. No entenderé este mundo frívolo en el que se mueven.

—Carla —me para Jake sosteniendo mi mano—. No aceptes ninguna bebida de nadie ajeno, ni te alejes de alguno de nosotros —demanda. Frunzo el ceño extrañada.

¿¿Pero a qué clase de fiesta me han traído?! Al ver que tardo en contestar, me roza el dorso de la mano con sus dedos y en un tono íntimo y relajado dice:

—Por favor... —Asiento aún confundida y parece convencido.

—Cariño, estás divina. —Giro y me encuentro a un Sam asombrado mirándome—. Eres una diosa entre tanto mundano —comenta alejándome de Jake y dándome una vueltecita sobre mí misma.

Sonrió. Veo de reojo como Jake aprieta los dientes molesto.

—Vamos, preciosa, vayamos a bailar. La noche esta siendo un auténtico coñazo —dramatiza mirando a Josh de reojo.

A ver..., que creo que mis instintos detectivescos están en todo lo alto y puedo haber descubierto algo.

¿¿Sam y Josh?! ¿¿En serio?! ¿Dios mío de mi vida! Necesito someter a Sam a un tercer grado *made in* Carla para que me saque de dudas. Vamos a la zona que hace de pista improvisada y nos unimos a los que allí bailan.

—Sam —lo llamo para tener su atención—, ¿qué ocurre entre Josh y tú? —Lo corto antes de que hable y prosigo—: Y no me vengas con nada. Ya he tenido suficientes «nada» por la noche.

—¿Qué ha pasado, bombón? —pregunta.

—Jake... —suspiro—. Siempre Jake. Y no te desvíes de tema.

—Es complicado, Carla.

—Sabes que en mí puedes confiar, ¿verdad? —digo posando mi mano en su cara.

—Lo sé, lo sé, pero es algo de lo que no quiero hablar en este momento. Prometo que te lo explicaré —dice moviéndonos al ritmo de la música—. Y en cuanto a Jake...

Por mi parte no tengo problema en hablar. Ya se sabe que a mí con poquito se me suelta la lengua.

—No soy capaz de pillarlo —digo exasperada con un bufido—. Desde el

momento en que me recogieron apenas me ha hablado y si lo ha hecho ha sido con frases cortas y molestas.

—¿En serio no sabes lo que le pasa? Porque para mí es muy evidente.

—A ver, ilumíname, listillo.

—Carla, vas vestida para matar. No eres consciente de tu belleza — recalca—. Desde que llegaste, no ha habido hombre en la fiesta que no te haya sacado los ojos de encima —dice señalando discretamente a algunos hombres que nos miran con interés—. Me parece que lo que le ocurre a Jake es que está siendo poseído por el monstruo de ojos verdes.

—¡Venga ya! ¿En serio me dices que Jake está celoso? Si no hay nada entre nosotros. Y si lo hubiese, tampoco entendería su comportamiento —le digo descartando esa idea—. Estamos hablando de Jake, ¿recuerdas? Mujeriego consagrado..., alergia al compromiso... —canturreo.

—Créeme. Sí, sé que Jake es indomable. Y dudo que algún día siente cabeza. Pero eso no quita que ahora desee meter su pajarito en tu jaula. Se siente posesivo y molesto con que otros piensen igual que él.

Lo miro muy seria registrando sus palabras. Cuando las proceso le espeto:

—¿El pajarito, Sam? En serio, ¿qué estamos, en primaria? —digo sin poder aguantar una carcajada.

—Ay, hija, de verdad. Para una vez que uno quiere ser fino. Pues que te quiere empotrar de tal manera que te olvides hasta de tu nombre —dice a lo bruto—. ¿Le parece eso mejor a la señorita? —recalca con falsa molestia.

—Ja, ja, ja... Muchísimo mejor —digo sin parar de reír—, y ¿quién no te dice a ti que no quiero que me empote?

—Ay, pillina —suspira tocando con su índice mi nariz—. Eso no hace falta que lo jures. Solo hay ver la mirada de salidorra que se te pone cuando estás con él.

—No es verdad —me justifico.

—Lo que tú digas... Anda, Ginger Rogers, bailemos. Olvidemos a los hombres por un tiempo.

—Será un placer, mi querido Fred Astair.

Después de unas cuantas canciones, le pido a Sam que nos tomemos un descanso. ¡Estoy sedienta! Nos acercamos a la barra donde siguen los chicos bebiendo y pido un cóctel, decorado con una sombrillita de colores. ¡Uhm, qué rico!

En ese momento, una mujer que no reconozco se abalanza sobre Sam.

—¡Dios mío, Sam! Qué manera de moveros. Conmigo nunca has bailado de esa forma —le dice la chica haciendo un bonito puchero. Es una chica joven y preciosa. Pelo castaño claro, ojos azules. Alta y delgada. ¡Vamos, lo que viene a ser un pibón de mujer!

—Sid, cariño, lo tuyo es desfilas, en cuanto al baile eres un pelín arrítmica —le responde Sam uniendo el dedo pulgar e índice.

—Arrítmica dice... ¡Pero si soy la reina de las pistas! —exclama contoneándose con gracia, pero sin ritmo —. Hola, soy Sídney y tú eres...

—Sid. Ella es Carla, la nueva asistente de gira —Se adelanta Jake a presentarme— y esta metomentodo es mi hermana.

¡Qué le dan a esta gente de comer, por Dios! Estoy rodeada de hombres sexis, pero por lo que veo en la hermana de Jake, las mujeres también son impresionantes.

—Hola, encantada —la saludo.

Me sorprende abalanzándose a mí con un abrazo. Qué distintos son los hermanos. Jake es hermético y serio. Por el contrario, Sídney, derrocha efusividad y simpatía.

—Estaba deseando conocerte —dice con una sonrisa sincera—, cuando papá me conto que estuviste en el bar, no lo podía creer. Jake es un poco celoso a la hora de llevar gente a conocer a la familia, ¿sabes? —dice en tono confidente—. Y bueno, cómo te tratan estos cafres...

—Sídney... —la corta Jake con tono de advertencia.

¡Madre mía, qué verborrea! Y luego se quejan de mí.

—Ay, cállate Jake. Estoy intentando mantener una conversación entre chicas —le descarta con un gesto de mano—. Carla, tú no tengas piedad por ninguno. Mano dura. —Miro a Jake y lo veo bufar y poner los ojos en blanco.

No puedo contenerme más y rompo a reír.

—¿De verdad sois hermanos? —les pregunto entre risas.

—Sí. ¿Por qué lo dices? —pregunta Sídney confundida.

—No, por nada. Por nada. Es que no os parecéis.

Me mira por un tiempo sin entender a qué me refiero. Al rato vuelve a mostrar su sonrisa perfecta y se enfrasca en una conversación con Sam.

Yo sigo admirándola. Me ha caído bien en el acto. Es alegre, divertida. Se le nota que es la niña mimada de todos los que la rodean. Pero sin llegar a ser repelente.

Me giro a Jake, el cual esta apoyado de espaldas a la barra, bebiendo de su whisky. Cuando nuestras miradas se encuentran el corazón me da un vuelco

en el pecho. Veo que se le ha pasado el mal humor que traía. Esta relajado y cómodo. Saca la sombrilla amarilla de mi copa y me la coloca detrás de la oreja.

—Preciosa —susurra, guiñándome un ojo y ofreciéndome una ligera caricia en el cuello.

Esa simple palabra y el roce de sus dedos hacen que se me erice el cuerpo y me estremezca. Le sonrío como la lerda que soy cuando tiene esos gestos cariñosos conmigo y bebo de mi pajita. Pero el hechizo se rompe cuando se acerca el tocapelotas de Adam y susurrándole algo al oído a Jake, consigue que se vaya de mi lado.

—Ahora nos vemos —me informa. Lo veo desaparecer en el interior de la casa y suspiro.

Al volverme, encuentro dos pares de ojos mirándome.

—¿Qué?

—¿Tú y mi hermano...? —pregunta Sídney, uniendo los dedos de ambas manos.

—No. Tú hermano y yo, nada de nada —contesto tajante.

Sam se ríe por lo bajo. Y le doy una mirada asesina, entrecerrando los ojos.

—Me encanta... —continúa Sídney aplaudiendo, sin hacerme caso.

Los dejo por imposible. Y volvemos a la pista, esta vez los tres, a bailar.

Cuando la noche avanza. Sídney se despide de nosotros. Dejándonos a Sam y a mí de nuevo solos. Cada vez va quedando menos gente fuera. No he vuelto a ver a Jake, ni a ninguno de la banda para el caso. Decidimos entrar en la casa y buscarlos, pero al llegar a uno de los salones descubro que esta fiesta tiene poco que ver con la que yo estaba disfrutando.

Hay personas enrollándose sin importarles estar rodeados de gente. A otros veo, lo que deduzco, están consumiendo drogas. Y en este ambiente de Sodoma y Gomorra están los miembros de la banda.

Jake esta sentado entre dos mujeres fumando cannabis. Adam esta esnifado cocaína, como si no hubiese mañana. Y Ronnie y Josh se están pegando el lote con ¿dos..., tres..., o son cuatro mujeres? No sabría decir, ya que hay demasiados cuerpos involucrados.

Este es un ambiente que no me gusta. Sabía que no eran unos santos, pero, por suerte, hasta el momento no los había visto en todo su apogeo.

Miro a Sam a mi lado, que no quita ojo hacia donde se encuentra Josh, entre la maraña humana. Aún no me ha contado qué ocurre entre ellos, pero no

hay que ser muy listo para saber que siente algo por él. La pregunta es si es correspondido o no.

—No sé tú, pero yo estoy cansada —le digo sosteniendo su brazo para que me preste atención y deje de torturarse.

—Sí. Yo también estoy cansado —dice con toda la devastación reflejada en el rostro.

—¿Nos vamos? —asiente y salimos de la casa rumbo a su coche.

Cuando estamos a punto de subir, me para y añade:

—Carla..., gracias.

—No sé por qué. Eres tú el que me está haciendo un favor. Estos zapatos serán preciosos..., pero me están matando —digo restándole importancia.

Hoy ha sido la primera vez que he podido ver cómo se comportan estas estrellas del *rock* en un ambiente más distendido.

Me temo que es simplemente la punta del iceberg de lo que me espera en la gira. Y, sinceramente, no sé si estoy preparada.



## Capítulo 8

### *Jake*

Nunca he sido creyente. Pero si existe Dios, seguro que se siente como yo en este momento.

Tener a cerca de ochenta mil personas coreando mi nombre, danzando con el sonido de mi voz, perdiéndose con los acordes que salen de mis dedos, mientras acaricio mi guitarra... Hace que me crea invencible. Así de venerado, admirado y agradecido se tiene que sentir el Todopoderoso.

No sabía cuánto echaba de menos subirme a un escenario hasta que no lo he vuelto hacer. Ha sido un tiempo largo en el que han ocurrido muchas cosas. Entre ellas, el que no se encuentre a mi derecha, el que creía era un hermano para mí, pero resultó ser un fiasco.

Miro a Adam, a mi lado y lo observo deleitarse con su solo de guitarra. Es bueno, por eso lo elegimos, pero no lo es tanto como lo era Liam. Aunque me cueste reconocerlo, él es el único que sabe hacer magia con sus dedos, pero en esta banda no hay cabida para traidores.

Llevamos más de dos horas de concierto. Me encuentro en el segundo bis, el cual no estaba programado, pero la gente está tan entregada que ha sido imposible resistirse y hemos vuelto a salir. Me debo a mi público. Ellos piden, yo obedezco.

Cuando por fin concluye el espectáculo. Me encuentro empapado en sudor y la adrenalina fluye por mi torrente sanguíneo. Siempre me pasa cuando subo al escenario. Tengo tal energía bullendo por mi cuerpo que me cuesta bastante deshacerme de tal estado de euforia.

Entre bastidores, me felicitan los miembros del equipo que ya están preparados para desmontar el escenario una vez que el estadio sea desalojado. Me acerco a la mesa que hay dispuesta, llena de bebidas de todo tipo y



aperitivos. Agarro el whisky y bebo directamente a morro de la botella. El ardor que siento a su paso hace que cierre los ojos.

—Sublime, Jake —me felicita Tim.

—Sí —afirmo pegándole otro trago al veneno—. Deseaba volver, ha sido un largo tiempo.

—Pues prepárate, tío. Esto no ha hecho nada más que empezar. Nos esperan unos meses moviditos. —Sonríe entusiasmado.

Gracias a Tim nuestra carrera despegó como la espuma. Tiene contactos hasta en el infierno. Y en este mundillo es realmente necesario si no quieres caer en el olvido.

Cuando se aleja Tim a felicitar al resto de los chicos, aparece la persona que últimamente me ha quitado el sueño. Carla, se lanza a mis brazos y me hace perder momentáneamente el equilibrio. Una vez que consigo estabilizarnos y dejo la botella de whisky en la mesa, la admiro en su pequeño vestido negro con un escote impresionante, el cual deja al descubierto el nacimiento de sus pechos y esos zapatos de tacón que hacen que se le vean unas piernas firmes e infinitas.

¡Joder..., me está poniendo cardiaco!

—¡Oh, Jake!, ¡ha sido increíble! —dice con una espléndida sonrisa en su rostro.

—¿Te ha gustado? —pregunto mientras meto un mechón de su larga melena detrás de la oreja. Me encanta tocarla, siempre busco cualquier excusa para hacerlo.

—¿Gustarme? ¡Me ha encantado! —exclama—. Por un momento me olvidé de que estaba aquí para trabajar. Incluso me han dado ganas de unirme a la gente y disfrutarlo como una fan más.

—Haberlo hecho, preciosa. Tú puedes hacer lo que te dé la jodida gana —aclaro sosteniéndola por la cintura y arrimándola más a mi sudoroso cuerpo.

Me vuelve loco. Este tonto que nos traemos se me esta haciendo cuesta arriba. De esta noche no pasa que la haga mía.

A partir del lunes pasaremos seis meses juntos todos los días. Y si no me quito las ganas que le tengo, se me va a hacer malditamente imposible controlarme.

—Guau..., estás empapado. —Se sorprende al unirla a mi torso chorreante de sudor.

— ¿Te da asco? —pregunto. Aunque sé que no es una mujer escrupulosa

—. Se hace bastante ejercicio allí arriba —le digo con un gesto de cabeza, refiriéndome al escenario— y si le unimos el calor sofocante del lugar y los focos, este es el resultado.

Niega con la cabeza, con un precioso mohín en los labios. ¡Joder! Le comía esa dulce boca ahora mismo... Me deben dar una medalla a la contención.

Que recuerde, no me he controlado tanto con alguien que me atraiga en mi vida. Ni si quiera cuando era un adolescente con las hormonas revolucionadas. Pero me temo que Carla no es como las mujeres que acostumbro a tener en mi cama.

Ella es impulsiva, directa, con carácter y muy divertida. Nunca le había dado a una mujer que me gustase la oportunidad de conocerla. Siempre las he mantenido a distancia para que no haya equivocaciones ni malentendidos, pero con ella he querido que me conozca tal como soy, para que tenga claro que no soy hombre de enamoramientos. Si surge algo entre nosotros, que va a surgir, quiero que tenga claro que lo único que le puedo ofrecer es el mejor sexo que tendrá en su vida.

—En serio, Jake, he escuchado vuestras canciones, pero veros en directo es..., es... —piensa—. ¡Es bestial!

—¿No me digas que te vas a volver una grupi? —le digo socarrón.

—Tampoco te pases —suelta juguetona—, no sois tan buenos —añade sonriente.

Río. Sé que somos así de buenos. Lo que ocurre es que no quiere que mi ego explote. Lástima que ya lo tenga lo suficientemente alto.

—Colega —grita Adam interrumpiéndonos—. Ahí fuera hay algunas fans esperando para que firmemos autógrafos y tomarse unas cuantas fotos —comenta frotándose las manos.

Está entusiasmado. Lo entiendo, será su primera gira y está emocionado con toda la atención. El ser una estrella de *rock* reconocida es una forma fácil de conseguir coños. Y ¿a qué hombre con sangre en las venas no le gusta eso? Ya se dará cuenta de que luego se vuelve monótono y la emoción se pierde.

Creo que por eso deseo tanto a Carla. Había olvidado lo divertido que es el que una mujer te ponga las cosas difíciles y tengas que currártelo para conseguirla.

—Tengo que ir —susurro a Carla casi rozando sus labios con los míos.

Veo decepción en su mirada. Puedo decir por su lenguaje corporal que quiere follarme tanto como yo a ella. Mierda. En este preciso momento

mandaba a la mierda a los fans y la arrastraba a mi camerino para follarla fuerte y duro, como estoy deseando.

—Está bien... —suspira—. El deber te llama. Luego hablamos —declara con una promesa silenciosa.

«Oh, nena. Ten por seguro que habrá un después..., pero no precisamente para hablar», pienso mientras me alejo para atender a mis fans.

Las fans están alborotadas. Si quisiese, podría elegir a una de ellas para tirármela. Incluso no creo que pusiesen objeción alguna si escogiese a varias. Pero en mi punto de mira desde hace unos meses solo hay una. Y es la preciosidad que ríe al lado de Sam.



## Capítulo 9

«No me siento atraída por Jake Russell». «No me siento atraída por Jake Russell». «No me...». ¡Qué coño! Claro que me siento atraída por él. ¿Y quién no lo estaría con un espécimen de hombre como él? Con su pelo castaño oscuro despeinado, como si hubiese pasado una noche de sexo y desenfreno; su mirada azul intensa que derrite a cualquiera que la reciba; su perfecta cara, que ni el mejor escultor podría haber esculpido y su sexi cuerpo tatuado, que incita a imaginar todo tipo de perversiones.

Me he controlado esto dos últimos meses y no le he saltado directamente encima. Pero..., ¡a tomar por culo el control! Si no se lanza él esta noche, tendré que tomar la iniciativa yo. Se acabó el ser una chica buena. Estoy rodeada de hombres sexis y es lógico que me sienta atraída por la mayoría de ellos.

No me juzguéis, soy una simple mortal rodeada de tentaciones, pero lo que nunca imaginé es querer cruzar la línea de la atracción y llevarla a algo físico. Y con Jake, la voy a cruzar. Lo que me sorprende es que haya tardado tanto. Y ahora, ahora todo me da igual y me dictaré por lo que mi cuerpo me grita.

La culpa de tenerme en este estado de desesperación la ha tenido el verlo en todo su esplendor subido en el escenario. Desprende tal fuerza y magnetismo que me tenía hipnotizada. ¡¿Qué narices hago dejando pasar la oportunidad, mientras podría estar disfrutando de un viaje alrededor de esas estrechas caderas?!

Estamos en el ocean's, un club nocturno exclusivo de Los Ángeles, celebrando la *postparty*.

Tras el espectáculo y atender a los fans, los chicos se fueron a sus camerinos a pegarse una ducha y adecentarse. Hemos picado algo allí del *catering* que había preparado y luego nos hemos trasladado a la fiesta.

Nada más llegar, los chicos han sido reclamados por la multitud entre felicitaciones y alabanzas. Ese ha sido el momento en el que Sam y yo nos hemos desmarcado del resto del grupo.

—¿Estás prestando atención de lo que digo? —pregunta Sam, sacándome de mis pensamientos.

—Perdona, ¿decías?

—Ay, Carla, de verdad. No sé qué te ocurre esta noche, estás un poco espesita...

—Será que me he quedado tonta de la música tan alta —digo bromeando.

—Sí, será eso. —Entrecierra los ojos con sospecha—. Te decía que si has visto a ese grupo de chicas. Parecen unos cachorritos deseosos de atención.

—Mira que eres vieja del visillo... ¿Qué esperas? No todos los días tienes al alcance de tu mano a tus ídolos... —comento mirando disimuladamente al grupo en cuestión—. Te aseguro que si fuese Alejandro Sanz yo ya habría montado un escándalo. Las veo muy comedidas, la verdad. —Es cierto lo que digo. Las chicas solo están merodeando cerca del reservado, donde está la banda, intentado llamar su atención—. ¿No será que estás celoso? —pregunto con cierta guasa, pero sabiendo que es exactamente eso lo que le sucede.

—¿Celoso?! No sé por qué...

—Te recuerdo que aún tenemos una conversación pendiente que involucra a cierto bárbaro y a ti. No te creas que se me ha olvidado.

—Ya..., para que se te olvide algo a ti, que pareces la Inquisición española —comenta con un bufido.

Asiento un par de veces dándole la razón. Pero, oye, es que me tiene en ascuas. No por qué no sospeche lo que ocurre, porque es más que evidente. Simplemente, quiero que me saque de dudas del papel que juega Josh en la ecuación. Lo veo tan..., tan..., ¿pica flor?, ¿mujeriego? Sí, sí, mujeriego es la palabra, que algo se me escapa.

Dejamos a un lado la conversación porque ni es el momento, ni el lugar. Como dice Alma, este tema es de café y cigarro, como poco.

Suena la canción de *Valió la pena* de Marc Anthony y Sam y yo nos volvemos locos bailando salsa. Dos pasitos para acá, otros dos para allá y vueltecita. Nos contoneamos al ritmo de la música. La salsa se me da de vicio y si encima tengo en frente a un portorriqueño que lleva el ritmo en la sangre, mejor que mejor.

Cuando termina la canción, rodeo a Sam con mis brazos en un fuerte abrazo, mientras él me da un par de vueltas en el aire.

Al separarnos, noto como la gente nos ha rodeado para observarnos bailar. Por lo que hacemos una reverencia agradeciendo sus aplausos. ¡Lo que nos gustará un espectáculo!

Volvemos al reservado entre risas y aprecio que por fin las chicas que les rondaban han conseguido unirse al grupo.

—Mierda. Me habéis puesto cachondo con el bailecito —comenta Ronnie, nada más llegar—. Sam ¿seguro que no eres heterosexual? Porque menudo meneo os habéis marcado.

Sam se sujeta sus partes nobles con una mano y pregunta un tanto mosqueado:

—¿Por qué no me la comes y lo compruebas?

Todos ríen a su comentario, mientras yo miro a Sam, un tanto sorprendida por su cambio de actitud. Creo entender que no le ha hecho mucha gracia encontrarse aquí a las nuevas invitadas.

—Voy al baño —le hago saber acalorada. Asiente y se sienta enfurruñado junto a una de las chicas dándole una sonrisa de lo más forzada.

Los reservados están genial, en serio, y más si vas con gente famosa, que sirven de escudo para que los fanáticos no los acosen. Pero lo que no me gusta de ellos es que los aseos están a hacer puñetas.

Recorro nuestra zona contoneándome con la canción que suena en ese momento. Llego al pasillo que lleva a los baños y observo que está totalmente desierto. ¿Veis? Otra ventaja de la zona vip. Cero de colas interminables sintiendo que te meas encima.

Cuando termino de encargarme de la llamada de la naturaleza y me lavo las manos, salgo dispuesta a seguir disfrutando de la noche. No llego muy lejos, pues nada más abrir la puerta, un cuerpo, fibroso y tatuado, me impide el paso. Jake me sostiene con decisión de la cara con ambas manos y estampa su boca contra la mía. ¡Aleluyaaaa! ¡Bravooo!

Nos introduce de nuevo en el aseo y sin apartar sus labios de los míos echa el pestillo a la puerta. ¡Madre mía, qué forma de besar! Domina el arte a la perfección.

Le rodeo el cuello con mis brazos y me entrego a la pasión. Lengua, dientes, deseo, lujuria... Degusto el sabor del Jack Daniels en sus labios. No soy persona de whisky, pero saborearlo en su boca es como un elixir para mí.

Me agarra de las nalgas y le rodeo la cintura con mis piernas. Nos gira y

me estampa entre la puerta y su cuerpo.

¡Lo sabía! Sabía que sería todo un empotrador...

—Nunca he sentido la necesidad de partirme la cara con Sam —comenta con la respiración agitada a causa del deseo—, pero te juro que veros bailar ha despertado mis instintos asesinos hacia él—. No contesto y me muerdo el labio inferior, lo miro con los ojos cargados de deseo y hago lo que tanto he deseado en este par de meses, besarlo.

Y vaya si nos besamos. Presiona sus estrechas caderas contra mí y empieza a moverse. Siento su erección dura y lista en mi vértice y un hormigueo que reconozco surge dentro de mí.

He pasado un tiempo sin ningún tipo de acción, sin embargo, esta noche mi periodo de sequía llega a su fin.

—Dime que vendrás a mi casa. —Es más bien una demanda a una súplica, pero es que Jake es de los que se apodera sin pedir permiso de lo que quiere. Siento su aliento a milímetros de mi boca—. He esperado demasiado. Necesito tomarme mi tiempo contigo —agrega succionado el lóbulo de mi oreja.

—Si, iré. —confirmo, ansiando lo que sugiere.

Sus palabras y sentir sus manos recorrer todo mi cuerpo, hacen que me acalore. No tengo nada en contra de un aquí te pillo, aquí te mato, pero para ser la primera vez con él, no quiero que sea en el baño de un club.

—Espera..., Jake, espera. —Pido cuando recuerdo algo.

—Mierda —maldice retirándose unos centímetros de mí—. ¿Qué pasa?

No está molesto, simplemente impaciente. En su mente en lo único que puede pensar ahora es en echar un polvo.

—Tengo que recoger mi bolso. —Lo reconozco, soy esperta en cortar el rollo.

—¿Me estas tomando el pelo? ¿No puede hacerse cargo Sam de él y devolvértelo mañana? —Vaya, así que esto no va a ser rápido, va a haber un mañana.

—No, lo siento. En él tengo las llaves de mi apartamento y mi teléfono móvil —contesto con mi mejor cara de niña buena—. Además, no voy ha dejar a nadie a cargo de mis cosas. Cada uno tiene sus planes, ¿sabes?

—Está bien. Vamos. —Claudica apartándose a regañadientes de mí. Se lleva las manos a la bragueta del pantalón intentando recolocarse y ocultar el bulto que se le aprecia.

Una vez salimos de los baños, siento las piernas como gelatina del

temblor que llevo encima. Estoy nerviosa, impaciente y sí, excitada. Miro a Jake y lo veo tan dominante y sexi que advierto un calambre en mi bajo vientre.

Cuando llegamos al reservado, noto que las cosas no han cambiado mucho. Sam sigue con el hocico torcido. Me dirijo hacia él y, recogiendo el bolso, le comunico en voz baja:

—Me voy.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —me pregunta alarmado, enderezándose en el asiento.

Niego un par de veces con la cabeza. No quiero entrar en detalles, pero conociendo a Sam sé que necesitará más que esto.

—No, no tranquilo. Mañana hablamos, ¿sí? —digo dándole la mirada. Sí, ya me entendéis, la mirada. La que intentas expresar con un simple gesto que se calle la boca, que ya le contaré. Pero Sam, que parece corto de mente, no pilla la indirecta e intenta saber qué ocurre. Y a cansino, os aseguro, que no le gana nadie.

—Iré avisando a Morgan para que nos recoja —me comunica Jake al oído y agarrándome de la cintura.

Le doy un asentimiento mordéndome los labios y es cuando Sam por fin capta mi mensaje.

—¡Oh, ahora lo entiendo! —Mira detrás mío, supongo que donde Jake habla por teléfono—. Zorra mala. Se te cruza una polla y me abandonas —añade en plan dramático.

—Ya, como que tú no lo harías —le contesto restándole importancia.

—¿Con una como la de Jake? —piensa por unos segundos—. Sí, es verdad. —Sonríe de medio lado—. Mira, te perdono siempre y cuando me des mañana todos los detalles, y cuando digo todos, son to-dos.

—¡¿Qué?! No voy hacer tal cosa, Sam. Sería raro, es como si fuese tu hermano —le digo horrorizada. Vamos, sería como si a mí me cuentan cómo tiene la churra mi hermano. Bua, qué asco.

—Suerte que no lo sea —añade con un levantamiento de cejas rítmico.

—Adiós, Sam. —me despido girando y con un movimiento de los dedos de mi mano, me alejo.

¡Qué tío!

Vuelvo donde espera Jake y le hago saber:

—Ya estoy.

—Bien. Morgan nos espera en la parte de atrás —informa a la que me



coge de la mano y va abriendo camino.

El corazón me palpita a gran velocidad a causa del nerviosismo. Siento como soy inundada por las dudas de lo que va a ocurrir. Pero de un plumazo mental las deshecho. No he soportado toda la tensión sexual para que mis miedos me echen a perder lo que augura ser una de las mejores noches de mi vida.



## Capítulo 10

Conseguimos salir a la parte trasera del hotel, donde está ubicado el club, sin contratiempos. Morgan, el jefe de seguridad de la banda, nos espera solícito, con el coche en marcha.

Si se sorprende al vernos a Jake y a mí agarrados de la mano, no lo demuestra.

—Señor Jacob. Señorita Sánchez —nos saluda.

—¡Por Dios, Morgan! Te he dicho mil veces que me llames Carla. — Siempre le repito que se deje de formalismos conmigo. Pero nada..., que no hay manera.

Morgan es un antiguo luchador de la MMA (Artes Marciales Mixtas), pero a causa de una lesión en el hombro tuvo que retirarse de la competición. Era lógico que se dedicase al mundo de la seguridad. Es intimidante, con su piel oscura y su 1,90 de puro músculo. Pocos son los valientes que intentan acercarse a los chicos cuando él los escolta.

—Lo que usted diga, señorita Carla —recalca, abriendo la puerta trasera del vehículo, mordiendo una sonrisa.

Bufo y le pregunto a Jake:

—Está de cachondeo, ¿verdad?

—Es lo mejor que vas a conseguir —contesta con una risa—. Anda, monta —concluye dándome una palmadita en el trasero.

Pongo los ojos en blanco y subo al coche, seguida de Jake.

—¿A dónde, señor? —pregunta Morgan, una vez que se pone tras el volante.

—A casa, Morgan.

—¿La suya? ¿O la de la señorita Carla?

—La mía —responde Jake. Y no puedo evitar sonrojarme.

El camino se me hace desesperante, Jake ha optado por guardar silencio y

observar la ciudad por la ventanilla. Pensaría que ha sido una mala idea aceptar su proposición si no fuese por su mano juguetona que no ha parado de rozarme el muslo y me ha mantenido caliente todo el camino. Cuando llegamos a Malibú y veo las mansiones que se encuentran aquí, sé que estamos cerca de la de Jake. Por fin llegamos y, al entrar en la casa, no me da tiempo de hacerme con el entorno, ya que Jake tiene otros planes de más urgencia. Me pega a la pared y vuelve a capturar mis labios en un abrasador beso en el que se me nubla hasta la vista.

Pasa sus dedos por mis hombros, los enrolla en los finos tirantes de mi vestido y con una simple presión, estos ceden rompiéndose. La parte delantera cae por la gravedad y se escurre por mi cuerpo, haciendo que mis pechos desnudos se desparramen al no llevar sujetador. Jake, al tener frente a sí mi voluptuosa delantera, sopesa mis pechos con sus palmas, los masajea y uniéndolos, comienza a lamerlos. Primero le da un largo lametón a un pezón y luego a el otro y se zambulle a comérselos entero.

Cuando está contento y cree haber profesado toda la atención a mis chicas, pasea sus manos por mis costados, lo que hace que mi piel se erice. Arrastra a su paso lo que queda de mi vestido y este cae en un charco a mis pies. Al toparse con mi tanga de un fuerte tirón lo rasga. ¡Por Dios santo, qué portento! Siempre creí que eran mitos que un hombre fuese capaz de romper de un simple movimiento la ropa interior, ya que en alguna otra ocasión, por simple curiosidad, todo sea dicho, lo he intentado y lo máximo que he conseguido a sido dejarme una marcas rojas en la cadera a causa de la presión y las braguitas intactas. No busquéis explicación de por qué lo hice, porque no la tiene. Así soy yo cuando me aburro.

Me encuentro como Dios me trajo al mundo, solo con unos tacones como complemento, muy monos, por cierto. Jake se retira unos centímetros de mi cuerpo y me observa pasándose su mano por su mentón atentamente. Podría decirse que tiene la sensación de tener enfrente a su dulce preferido y no supiese por dónde empezar. Yo, lejos de sentirme incómoda o cohibida, me siento poderosa por la mirada de deseo que veo en sus ojos azules.

—Joder, nena, eres perfecta, no sé por donde empezar. —Veis, a veces me doy miedo, ya que parece que tenga el poder de leer la mente.

Apoyo coqueta mi espalda a la pared y flexiono una de mis piernas. Paseo mi mano por mi muslo y lo incito con ese simple movimiento, pues Jake no aparta sus ojos de mi mano.

—No creí que yo tuviese que guiarte. —Lo desafío. Me está saliendo una

vena de gata en celo que ni yo misma me reconozco, pero no debo de olvidar que a quien tengo enfrente es al mismísimo rey de la selva, y como el león que es, actúa de inmediato a mi reto.

Se abalanza sobre mí aún completamente vestido y sosteniendo la parte superior se mis muslos me alza y, girándonos, me posa en la pequeña mesa redonda que hay en el centro del recibidor. Del ímpetu, hemos hecho que el jarrón que hay en el centro caiga y se haga añicos contra el suelo.

—Prepárate, preciosa, porque te voy a follar fuerte y duro, con las ganas que he estado reprimiendo desde el primer momento que apareciste en aquella sala de reuniones —declara enajenado. Gimo a sus palabras porque estoy deseando que cumpla su promesa.

Observo como Jake se desprende de su cinturón y bragueta veloz. Antes de bajarse los pantalones, aprovecha y, del bolsillo trasero, saca de su cartera un condón. Se baja los vaqueros hasta medio muslo acompañándole en la misma suerte los bóxer negros de marca que lleva. Cuando deja al descubierto su pene erecto, por poco me atraganto con mi propia saliva y los ojos están a punto de salirse de su órbita. Cualquier bombero estaría orgulloso de llevar una manguera de las dimensiones del miembro de Jake. Nunca le he dado importancia al tamaño, pero viendo lo que tengo presente hace que me dé cuenta de que el miembro de Jake sobrepasa la media. ¡Jesús, qué cipotón!

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta orgulloso mientras con una mano se masajea de arriba a bajo.

El movimiento me tiene totalmente hipnotizada y me cuesta hilar palabras, por lo que suelto lo único que me pasa por la mente:

—Más bien me asusta. —Y no es broma, dudo que pueda caberme. No es que sea estrecha de caderas, pero un falo de tal magnitud creo que es imposible que no haga que me desgarre entera.

—No te preocupes, entrará —sentencia—, y te proporcionará el mayor placer que hayas experimentado en tu vida —presume con una sonrisa canalla.

Se sitúa entre el vértice de mis muslos y pasea su mano por mi núcleo.

—¡Joder nena, estás chorreando! —«No me digas...». Introduce dos dedos a la vez ensanchándose.

—Mmmm —ronroneo alzando mi pelvis para que entre con más facilidad.

Noto como a Jake se le dilatan las pupilas a causa de deseo de verme entregada a la causa. Echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Me hace sentir tan bien, se nota que es un maestro en estos menesteres. Saca los dedos, lo que hace que me queje, veo como se los lleva a su boca y los lame a

conciencia.

—Deliciosa —me apremia. Y a mí la situación me resulta de lo más erótica.

Se enfunda con una rapidez asombrosa el preservativo y sin tiempo que perder y en un fuerte movimiento, se ensarta en lo más hondo de mi ser.

—Arggg —gruño más por la impresión de sentirlo hasta el fondo que por el dolor. Porque, a pesar de lo que creí, no me duele absolutamente nada.

—¡Me cago en la puta, Carla! —maldice Jake enajenado—. Estás muy estrecha.

Empieza a moverse con brío, lo que hace que mis pechos bailen en su cara. Se agacha y los captura en su boca, succionando uno de mis pezones y dándole un mordisco que hace que me encoja de la sensación. Jake pasa sus manos por mi espalda baja, adaptándose a su cuerpo y así tener más profundidad. Arqueo mi espalda, subo los brazos por encima de mi cabeza y me agarro con las dos manos al filo que sobresale de la mesa. Como no me sujete a algo, veo que con la desesperación de sus estocadas, me caigo de la mesa y me meto la hostia del siglo.

Una de sus manos se une a la fiesta y con la yema del dedo comienza a estimular mi clítoris. Grito, gimo y me revuelvo. En mi vida normal soy una persona escandalosa y en el sexo no iba a ser menos. No sé que le digo, solo sé que hablo, hablo por lo codos, no sé si implorando, maldiciendo o rogando. Cabe decir que en un momento como este la mente no me da para más y hablo en mi lengua materna, que es el español, pero también podría ser hebreo, ya que no entiendo ni yo lo que le digo.

—Por tú madre, Jake, o por todos los santos del *rock*, no pares. No. Pares —me desgañito.

Él como el buen chico que no es, pero que ahora le favorece, obedece a mi petición, no sé si porque me ha entendido o porque le pone que me vuelva loca lo que me hace, ya que se afianza en su cometido y sus embestidas se vuelven más duras si cabe. Paso mis uñas por el largo de sus brazos y a pesar de que aún lleva puesta la camisa, sé que le dejará marca por la presión que ejerzo. Comienzo a sentir un ligero hormigueo que reconozco en mi espalda baja, se traslada a mi centro y sé que estoy cerca del orgasmo. Jake debe de sentirlo también, ya que espeta:

—Mírame —demanda con su voz ronca—, quiero que me mires cuando explotes y veas quien es el que está haciendo que te corras.

Sus palabras, unido a la forma que tiene de follarme, hacen que explote

como un maldito geiser. Arrastro en mi frenesí a Jake, pues el rugido que suelta es ensordecedor.

Me dejo caer desmadejada en la mesita, Jake cae rendido encima de mi pecho jadeando y buscando el aire que tanto necesitamos.

«¡El mejor orgasmo de mi vida!», pienso mientras llego a la conclusión de que me ha arruinado de por vida, ya que ha dejado el listón en todo lo alto y creo que va a ser difícil superarlo.

Siento a Jake levantar la cabeza, lo miro, tiene la frente perlada de sudor por el esfuerzo, levanto mi brazo y con mi mano le retiro el pelo que le cae por un ojo.

—¿Estás bien, nena? —Me encanta la forma en que dice el apelativo, y eso que hace que me dé un pequeño espasmo y contraiga mis paredes vaginales. Jake que aún esta dentro de mí, lo siente y se muerde ese jugoso y perfecto labio inferior.

Y a mí solo hay una única cosa que se me repite en bucle una y otra vez en la mente, por lo que sin ningún ápice de vergüenza le digo:

—Quiero más...

Y con esa simple demanda, Jake nos incorpora, se deshace del condón, lo anuda, se sube los pantalones, y lo guarda en el bolsillo trasero. «Puaj, qué asco», Pero no me paro mucho a pensar en ello ya que, raudo y veloz, me vuelve a recoger en su brazos y sin tiempo que perder nos sube a su dormitorio a por el *round* numero dos.

Ya en su habitación, Jake, por fin, se deshace de la ropa dejándola tirada en el suelo. Y puedo admirar a conciencia su escultural cuerpo, con esos tatuajes esparcidos por sus brazos, su pecho y espalda, parece un lienzo a medio terminar. Esta vez nos tiramos nuestro tiempo explorando nuestros cuerpos, sabiendo qué es lo que nos gusta, qué nos excita y qué nos hace volvernos literalmente locos.

Y llego a la conclusión de que estoy total y absolutamente colada por Jake Russell.



## Capítulo 11

Me despierto pocas horas después de caer rendida. ¡Madre mía, qué noche! Tras el primer asalto, le siguieron otros dos igual de satisfactorios, que terminaron cuando empezó a amanecer. Y porque lo amenacé con ponerle una orden de alejamiento, si no, no me dejaba descansar. Si por él hubiese sido aún estaríamos dale que te pego al asunto. Nunca he estado con un hombre tan intenso. ¡Qué poderío, por Dios!

Me estiro en la cama y noto dolor en músculos que ni si quiera era consciente de que tenía. Giro la cabeza a la izquierda y observo al culpable de tenerme en tal estado. Jake duerme plácidamente boca abajo con los brazos bajo la almohada y la cara ladeada hacia a mí. Mira que es guapo y está bueno, el condenado. Me dan ganas de recorrer con mi dedo los tatuajes que le bañan la espalda. Pero está durmiendo tan plácidamente que lo dejo descansar y opto por encargarme de mis necesidades fisiológicas.

Salgo de la cama y voy directa a una de las puertas que hay dentro del dormitorio, la abro y me encuentro con que es un vestidor, más grande que el apartamento en el que vivo. «¡Lo que haría yo con un sitio así!», pienso saliendo y buscando el baño. Una vez localizado, me siento en la taza y suelto un largo suspiro mientras meo... ¡Uy, qué alivio! Me limpio, me acerco al espejo y contengo un grito al ver mi imagen en el espejo. Con las prisas y las ganas que nos teníamos anoche, no me desmaquillé y ahora parezco un mapache. Y también un león, para que negarlo, «menudos pelos».

Busco en los cajones por si encontrase algún coiletero para recogérmelo, pero lo único que encuentro son condones, enseres para el aseo, productos del afeitado, más condones... Pero bueno, que es, ¿¿follaneitor?! Que yo recuerde, los preservativos que utilizamos en el dormitorio cuando nos subimos, salieron de una de las mesitas de noche. Supongo que tendrá un arsenal escondido por toda la casa. Porque ya se sabe que cuando las ganas aprietan...

Lo que sí encuentro es una caja con cepillos de dientes sin estrenar. Cojo uno, me los lavo y, a falta de goma del pelo, improviso un moño sujetándolo con el mismo cepillo de dientes.

La gran ducha a mi espalda parece llamarme, por lo que me meto y disfruto del agua templada para desentumecer los músculos. Puede que me duela todo el cuerpo, pero a la vez siento unas energías renovadas increíbles. Va a ser verdad eso de que el buen sexo rejuvenece y te hace resplandecer.

Al terminar, me envuelvo en una toalla y salgo al dormitorio, donde el bello durmiente aún está fuera de combate. Busco algo que ponerme, opto por la camisa que llevaba ayer Jake, la recojo del suelo y me la pongo. Al no tener ropa interior limpia, decido que con esto tendrá que bastar.

El estómago me gruñe pidiendo atención. Ni siquiera sé si Jake tendrá personal de servicio y tendré que arriesgarme a que me vean de buena mañana como si hubiese salido de uno de los mejores clubs de *striptease*. Al llegar a la planta de abajo, veo mi vestido y ropa interior tirados en el recibidor, junto a mi bolso. Los recojo y veo que están inservibles. «Vaya, con lo que me gustaba este vestido...». Me lamento, pero bien mereció la pena pasar a mejor vida, pienso con una sonrisita.

Deambulo intentando encontrar la cocina. ¡Menuda casa! Parece inmensa. Antes de irme tengo que pedirle a Jake que me de un recorrido. Al final, encuentro mi objetivo a la izquierda.

Se me descuelga la mandíbula al ver las dimensiones de esta. Me da un poco de apuro abrir neveras ajenas, pero es tal el hambre que tengo que voy directa a atacarla.

Encuentro lo que necesito para hacerme un buen desayuno. Mientras la cafetera hace su función, rallo un par de tomates para prepararme unas tostadas.

En esas estoy cuando escucho como si un rinoceronte corriese por encima de mi cabeza. Miro hacia la puerta y a los pocos segundos, veo aparecer a Jake en todo su esplendor. Viene con tal ímpetu que derrapa un poco parándose en seco al verme.

—Estás aquí —¿Es alivio lo que percibo?

—Pues claro que estoy aquí —comento un tanto sorprendida por su entrada.

Mientras se acerca a mí, no puedo evitar comérmelo con los ojos, con ese aspecto de chico malo y, nada más que unos bóxers, que le sientan de rechupete. Es inevitable que no babee.



Soy descubierta en mi escrutinio, por la sonrisa canalla que me regala. Por lo que retiro la mirada, me giro y me concentro en terminar de preparar mi desayuno.

—Creí que te habías ido.

—Ya ves que no.

Después de la noche que hemos pasado, me siento un poco cohibida en su presencia. Siempre me ha parecido incómoda la mañana siguiente con un rollo de una noche. Y con Jake no iba a ser diferente.

—¿Qué haces? —pregunta asomándose por encima de mi hombro.

—Tostadas con aceite y tomate. ¿Quieres?

—Joder, sí. Estoy famélico —declara retirándose y tomando asiento en la gran isla en el centro de la cocina.

Parto un par de rebanadas de más y las meto en la tostadora.

—El café como lo quieres, ¿solo o con leche?

—Solo y dos de azúcar, gracias. —Asiento. La situación me parece de lo más doméstica.

Termino de preparar todo y me acerco a él, sentándome en el taburete a su lado.

—¿Es eso un cepillo de dientes? —cuestiona extrañado mirando mi moño.

—Es tendencia, ¿te gusta? —Niega un par de veces y sonrío.

—Esto esta de puta madre —alaba con la boca llena, haciendo buena cuenta de las tostadas.

—Es algo que se suele desayunar en mi país. Bueno, rico y barato —contesto con un guiño.

En cuatro bocados deja el plato vacío y girándose hacia mí, comenta:

—Te queda bien. —Da unos tironcitos a su camisa, la cual llevo puesta.

—Un poco hortera sí que es —declaro. Es una camisa gris plomo de seda, con pequeñas líneas negras, lo que hace que sea un poco cantosa.

—¿Hortera? Pero si es una Tom Ford —dice escandalizado.

—Como si es una Pepita Pérez —bufó—. No te veía yo seguidor de las últimas tendencias.

—No lo soy, pero cuando Sídney, que es la que esta puesta en esos temas, me la regaló, dijo, palabras textuales, que estaría divino con ella —añade imitando la voz de su hermana y levantado de manera rítmica las cejas.

—Ja, ja, ja..., la verdad es que un poco fea sí que es, pero inexplicablemente a ti te sienta bien.

—¿Ah, sí? —me pregunta arrimando el taburete en el que estoy sentada más a él.

Me atraganto un poco de ver su mirada hambrienta y no precisamente de comida.

—Bueno, va siendo hora que me marche —murmuro. Lo sé. Soy una cobarde.

—¿Ya?, ¿tan pronto? —se extraña sin quitar los ojos de mis labios.

—O tan tarde. Según como se mire —contesto coqueta.

Se levanta de su asiento y en un ágil movimiento me veo sentada en la encimera de la isla. Me abre de forma sutil las piernas y se acomoda entre ellas. Con una caricia suave, empieza un ritmo ascendente por mis muslos. Traspasa el bajo de la camisa y con sus dedos expertos acaricia el centro de mi deseo. Gimo a su contacto.

—¿Sin ropa interior? —pregunta con las pupilas dilatadas.

—Qué puedo decir, soy una temeraria —contesto haciendo el signo de cuernos con los dedos de mis manos.

Jake cabecea y con una sonrisa ladeada aclara:

—Carla, no podrías ser una chica mala ni aunque te lo propusieses. Eres lo más dulce que me he encontrado en la vida.

La forma en que dice mi nombre tan sexi y ronca hace que me humedezca al instante. Y con su piropo me ha ganado, aunque creo que ya me tenía en el bote, para qué engañarnos.

—Tienes claro que esto es solo sexo, ¿verdad? —pregunta con cierta duda en su tono.

—¿Eh?, claro. No es que me vaya a enamorar, Jake. Somos adultos y solo estamos disfrutando del momento —aclaro. Aunque no voy a negar que haya fantaseado con que se enamorase loca y perdidamente de mí, vamos a ser francas.

—Me alegro. No soy hombre de enamoramientos —comenta besando mi cuello.

—Lo sé —murmuro presa de las sensaciones que despierta en mí.

—Si todo está aclarado, ahora quiero disfrutar de mi postre.

«Sí, por favor...», pienso extasiada.

Jake se deshace de la camisa, dejándola a un lado y comienza a lamer y succionar mis pechos. Anoche comprobé que no paraba de manosearlos y hoy, por cómo no ha dejado de observarlas, me corrobora que es un hombre de tetas. Por suerte, en ese sector no escaseo.

Me encuentro expuesta, pero inexplicablemente no siento vergüenza a mi desnudez. Lo que sí siento es que mi excitación va en aumento. ¡Por Dios! Aún no me ha tocado y siento humedad recorriendo mi sexo.

Deja a un lado mis pechos, se agacha me abre más las piernas y sopla en el centro de mi deseo. Me apoyo con los codos a la encimera y echo la cabeza hacia atrás. Joder, estoy tan excitada que podría gritar. Por el contrario, hago lo que cualquier persona en esta situación haría. Suplicar.

—Jake...

—¿Sí, nena?

—Por favor...

—Dime qué quieres —susurra dándome besos por entre los muslos, sin llegar a posar su boca donde realmente quiero.

—Eres perverso. —Lo siento reír a mi desesperación—. Quiero que me comas entera —demando por fin.

—Será todo un placer.

Posa su experimentada boca en mi núcleo. Podría llorar del gusto. Me dejo llevar y disfruto del mejor cunnilingus que me han hecho en la vida.



## Capítulo 12

### *Jake*

—Te odio.

—No es verdad, me amas.

—No, en serio, en este momento te odio. No sé por qué te hago caso y salgo. Creo que me estoy muriendo.

—Anda, no seas dramática. Si quieres, podemos ir a la habitación de atrás y descansas un poco. Tenemos bastantes horas por delante.

—Ahí has hablado. Ya te voy odiando un poquito menos.

Escucho desde mi posición en mi asiento del avión la conversación que mantienen Sam y Carla.

Llevamos más de un mes de gira. Esta primera parte es la más tediosa. Cada destino en que tocaremos, pilla bastante lejos, lo que el cansancio acumulado es mayor.

Después de aquel primer concierto, pusimos rumbo a Canadá, de allí volamos hasta Latinoamérica, ahora nos dirigimos a Nueva Zelanda, después Australia y allí recorreremos distintas ciudades hasta que hagamos el parón en el *tour*.

Cada *show* esta siendo un éxito total. No podría estar más orgulloso y sentirme más agradecido por la buena acogida que estamos teniendo.

Gracias al cariño que se recibe del público, compensa el agotamiento. Distinta ciudad, mismo *modus operandi*. Entrevistas en radio, visitas a cadenas de televisión en programas de máxima audiencia, ensayos, fiestas *postparty*...

Pero el mejor momento de todos es cuando salimos al escenario y compartimos más de dos horas con nuestros fans ofreciéndoles el mayor jodido espectáculo en el que hayan estado jamás.

Observo cómo desaparecen Sam y Carla tras la puerta del dormitorio, en el *jet* de la compañía discográfica.

No debería sentir el ardor que siento en el cuerpo al verlos juntos, ya que las tendencias sexuales de Sam distan mucho de lo que Carla le pueda ofrecer. Pero es inevitable que lo sienta. Ya me la jugó el que era mi mejor amigo. Es lógico que sienta desconfianza.

Sé que es algo contradictorio el que me sienta así. Fui yo el que puso la condición de que esto que tenemos se mantendría simple y llanamente en encuentros sexuales, en los que disfrutaríamos ambos, pero sin ideas románticas de por medio.

Tras aquella noche que pasamos, le han seguido muchas otras, en las que damos rienda suelta a todas las fantasías que nos van surgiendo.

Carla es una mujer muy apasionada y se entrega al cien por cien en todo lo que hace. Y el sexo no iba a ser menos.

Es desinhibida, alocada, divertida y una bomba sexual en toda regla. La única pega que le encuentro es que pienso que es de las que se enamoran. Por esa razón, no ha habido tantos encuentros íntimos como los que a mí me hubiese gustado. No quiero que se haga ideas preconcebidas y piense lo que no es.

He estado con otras mujeres. No lo voy a negar. Pero he de decir que las noches que estoy con ella son las mejores que he pasado en mucho tiempo, por no decir en toda mi vida.

—Como sigas apretando de esa forma la butaca la vas arrancar de cuajo —dice Ronnie sacándome de mis pensamientos.

Aflojo mi agarre a la que le contesto:

—No me gustan las alturas.

—Ya..., las alturas —ríe—. ¿Cuándo te ha dado miedo volar, Jake? ¿No tendrá nada que ver con que el bombón —es la manera en que se refiere a Carla y no es que me agrada demasiado— haya desaparecido con Sam en el dormitorio?

—Vete a la mierda. —Se carcajea y prosigue tocándome las pelotas.

—El famoso Jake Russell, ídolo entre las féminas, ha caído enganchado en las garras de Cupido —dice como si estuviese dando un titular, aunque yo tengo otro mejor: «Bajista de DarkChord sale disparado de un avión a causa de una hostia bien dada».

—¿Qué voy a caer ni qué garras? Cada día estas más gilipollas y solo dices estupideces.

—Sí, sí. No soy yo el que no puedo despegar mis ojos de ella. Que oye, la miro, porque menuda mujer...

—¿Quieres que te parta esa boca de mierda que tienes? —le digo cabreándome ya en serio. Cada vez veo más claro mi titular.

—Calma, machote —me dice levantando las manos—. Sabes que yo respecto a las mujeres de los hermanos.

—No es mi mujer.

—¿Ah, no? En ese caso, no tendrás problema en que le tire la caña.

Suelto una patada que va directa a su espinilla.

—Hijo de puta... —se queja inclinándose hacia delante tocándose donde ha recibido el golpe.

—No es mi mujer —le repito—. Simplemente tenemos un enganchón cuando a ambos nos apetece, pero eso no te da derecho a acercarte a ella.

—Tranquilo, tío. Solo estaba bromeando. Es cierto que es una mujer que todo hombre quisiera tener, pero, por desgracia, ha ido a elegir al más feo del grupo. Me temo que Carla no es de las que les guste pasar de uno a otro.

Ahí lleva razón, Carla no es como las mujeres a las que estamos acostumbrados. Por eso con ella voy con mucho tiento. Por nada del mundo quisiera dañarla. Es una buena chica. En el momento en que las cosas se vuelvan más platónicas, por mucho que me joda, ya que me complementa en la cama a la perfección, tendré que parar este rollo que nos traemos.

Mientras ese momento llega, pienso disfrutar al máximo de lo que me ofrece. Y pienso ponerle remedio en este instante.

Me levanto de mi asiento y enfilo hacia el cuarto.

—¿Dónde vas? —me pregunta Ronnie.

Le saco el dedo del medio de espaldas y no contesto. No tengo por qué darle explicaciones. Él, como el capullo que le gusta ser, vuelve a carcajearse.

Paso por el lado de Josh y Adam, que duermen en sus asientos. Miro a Tim y lo veo enfrascado entre papeles, junto a Luke.

Joder. Este hombre creo que es un robot, solo piensa en trabajar. Incluso creo que no duerme. Por eso es el mejor en lo suyo.

Cuando llego a la puerta que conduce al dormitorio y la abro. Veo que esta sumergida en la penumbra. Fuera es de noche. Lo único que compruebo gracias a la luz que entra del pasillo es que las persianas están a medio bajar y dos bultos arropados dentro de la cama.

Dejo la puerta entreabierto para poder orientarme y me acerco al lado en el que se encuentra acostado Sam.

—Hey, tío —susurro.

No se entera. Debe de tener cogido el sueño profundamente. Por lo que insisto con un suave zarandeo.

—Sam, venga, levanta.

Gruñe.

Se gira y se acurruca a la espalda de Carla. Lo entiendo, se está muy a gusto a su lado, por eso quiero que salga cagando leches y poder tomar su lugar.

—Joder, Sam, vamos, hombre...

—Jake...

¡Vaya! Por fin, va regresando al mundo de los vivos.

—Sí, soy yo. Vamos, levanta, que me acueste.

—¿Qué dices, tío? ¿No ves que estaba durmiendo? —comenta en el mismo tono susurrante que utilizo yo.

—Puedes dormir en los asientos del avión que son igual de cómodos.

—¿Y por qué no te quedas tu allí y dejas de tocar los cojones?

Ya. Hasta aquí ha llegado mi paciencia con él. Le sujeto de su brazo derecho y lo saco de la cama, intentando que no se despierte Carla.

—Se acabó. Largo.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Se te ha ido la olla? —pregunta extrañado mientras lo saco del cuarto.

—Sí. Me ha picado una mosca, y muy cojonera.

Lo expulso por fin de la habitación y cierro la puerta. La oscuridad me envuelve y voy a tientas al lado de la cama en el que se encontraba Sam. Cuando llego, me siento para deshacerme de las botas. Pero mi dicha dura poco, pues vuelve a abrirse la puerta y aparece de nuevo Sam.

—¿Me estás jodiendo, colega? —alzo más la voz, mirándole totalmente enfadado. Por suerte, Carla ni se entera.

—Tranquilo, tigre. Que vengo solo a por mis zapatillas —dice recogiendo las deportivas del suelo—. Qué mal lo tienes, hermano —comenta con una risilla de comemierda.

«¿En serio? ¿Otro con lo mismo?», pienso, y como no me apetece tener la misma conversación de nuevo y aclarar que solo estamos pasando un buen momento, le sigo el rollo.

—Sí, sí. Lo que tú digas.

Continúo inclinado desabotonando las botas. Cuando creo ver que Sam sale por la puerta, gira y en un tono más serio, murmura:

—Jake, espero que sepas lo que haces. Solo te pido que no le hagas daño. Carla no es como las demás. Es buena niña.

No da opción a respuesta, pues esta vez sí sale por la puerta dejándome dándole vueltas a sus advertencias. ¿Qué demonios me pasa? Mejor que yo no lo sabe nadie que Carla no es como las demás, pero soy un cabrón egoísta y no quiero dejar de sentir lo que ella me produce con su sola presencia.

Me paso enérgicamente las manos por la cara para deshacerme de los remordimientos y me tumbo al lado de ella. Una vez que me acomodo a su espalda, la respiro y huelo su dulce aroma. Me siento en paz. Y eso en la vida de descontrol, excesos y desfase que llevo es muy difícil encontrarlo, pero ella me lo trasmite. No solo me gusta estar a su lado por lo bien que se nos da follar juntos, que sí. También me hace bien su sola presencia, y eso es lo que más me acojona de ella. Porque son sentimientos con los que no estoy familiarizado y sé que por mi culpa puede que la destruya. Es algo que me reconcome por dentro.

La siento removerse y buscar el calor de mi cuerpo acomodándose a él. Mientras yo sigo pensando en el lío en el que nos estamos embarcando, soy atrapado por los brazos de Morfeo.





## Capítulo 13

Cuando despierto, lo primero que noto es que ya no me duele la cabeza de la resaca. Madre mía. Qué ritmo de fiestas, beber y trasnochar tienen estos hombres. No es que les acompañe en todas sus juergas, ya que yo al día siguiente por la mañana sí tengo obligaciones con las que cumplir. Mientras que ellos pueden dormir hasta la tarde. Siempre y cuando no tengan algún acto al que acudir por la mañana, pero en alguna que otra ocasión sí que me uno. Y así me pasa, que al día siguiente lo lamento. No sé cómo pueden aguantar tanto. Bueno, rectifico. Sí, sí lo sé, pero es algo que nunca experimentaré. Prefiero sufrir las consecuencias a consumir drogas.

Lo segundo que noto es que aún es noche cerrada fuera. No veo nada más que absoluta oscuridad a mi alrededor. Por diferencia horaria creo que es lo que nos acompañará todo el camino. Y lo tercero y más preocupante, es el sentir algo duro presionando mi espalda baja. Que sea un brazo, que sea un brazo. Rezo internamente. Por las dimensiones podría ser, pero creo que no voy a tener esa suerte.

No quiero hacer sentir incómodo a Sam. Ya que es un acto involuntario, producido por el sueño. Por lo que me retiro con sigilo de la presión que me está creando su miembro. Al sentir mi retirada, pasa su brazo por mi cintura y vuelve a unirme a él.

¡La madre que lo pario!

—Sam—lo llamo—. Sam, despierta.

Nada.

Intento escapar lo mejor que puedo de nuevo, pero con más fuerza en este momento nos une poniendo una pierna encima de las mías, mientras con su nariz acaricia mi nuca.

¡Ay, madre! Esto no puede estar pasando. Seguro que está teniendo un sueño guarro con Josh. ¿No sé dará cuenta de que mi cuerpo es demasiado

menudo en comparación?

Me quedo estática, no sé que hacer, cómo reaccionar. Está soñando y no quiero que se sienta violento. Aunque, por desgracia, la que está sintiendo la situación embarazosa soy yo.

Cuando voy a retirar su brazo para poder deshacerme de su agarre. Siento como su mano derecha agarra mis partes más íntimas. ¡A tomar por culo la delicadeza!

—Sam —grito—. Despierta de una puta vez, joder —añado con un empujón demasiado fuerte que hace que caiga de la cama y se golpee.

Me levanto a su vez y empiezo a tientas a buscar el interruptor.

—Mierda. ¿Dónde están las luces en esta cosa? —me quejo. Estoy empezando a entrar en pánico al sentirme privada de la visión

—¿Te has vuelto loca?

Espera. Esa voz. Él..., él no es Sam.

—¿Jake, eres tú?

—Pues claro que soy yo. Menuda hostia me he pegado —me dice con un gruñido de dolor—. Enciende la luz, ¿quieres?

—Eso intento, pero no las encuentro —contesto desesperada.

Empiezo a dar manotazos y vueltas a mi alrededor, pero aquí solo hay paredes y ninguna llave de luz. Mierda. Menudas leches me estoy arreando.

En ese momento, se abre una puerta a mi espalda y al fin la luz hace acto de presencia. Parpadeo un par de veces para acostumbrarme al cambio.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien? —pregunta Sam, alarmado.

Me giro y ahí está mi amigo en el umbral de la puerta con semblante preocupado.

—¿Tú que haces en el suelo? —cuestiona dirigiéndose a Jake—. ¿Y tú, qué pretendías con la cara pegada a la ventanilla?

Miro a mi espalda. Anda sí, una ventana, pero sin ninguna claridad que entre a través de ella.

—Esta loca, que me ha tirado mientras dormía de un empujón.

—Porque me estabas metiendo mano y pensaba que eras él —me justifico en el mismo tono.

Sam mira de uno a otro alternativamente y acto seguido rompe en sonoras carcajadas. Me cruzo de brazos, porque la gracia aún no se la encuentro.

—¿Creías que era yo?

—¡Claro que pensé que eras tú! Cuando me dormí estábamos juntos en la cama.

—Hostia, qué risa. Carla, cariño. Siento decirte que lo que tienes entre las piernas me da asco.

—Ya lo sé, imbécil. Creí que estarías soñando. Pero..., pero, no despertabas —me justifico— y seguías dale que te pego restregando cebolleta. Sam ríe con más fuerza esta vez.

—Cómo no iba a restregarme si estaba más cachondo que una mona —se defiende Jake— y tú, deja de reírte y ayúdame. Me he hecho polvo la espalda. Mientras Sam ayuda a Jake a levantarse aparecen los demás.

—¿Qué pasa? Menudas voces —comenta Josh.

—Nada, que Jake se ha caído —me adelanto a contestar.

Busco mis botines y una vez los encuentro sin ni si quiera ponérmelos, ni mirar a nadie, salgo a la zona principal del avión. Me siento en mi butaca y cojo uno de los libros que he traído en el viaje para leer. Acto seguido, llega Jake y se acomoda en el asiento contiguo.

—¿Que me he caído de la cama? —pregunta Jake con cierta guasa.

—Cállate.

Ríe por lo bajo y me sorprende girando mi cara y plantando un sonoro beso en mis labios.

—Eres perfecta —declara mirándome a los ojos.

Y como si nada echa su asiento hacia atrás y cierra los ojos. Intento concentrarme en la lectura, pero quién es la guapa que se centra después de soltar semejante comentario. Lo miro de reojo y no puedo evitar la sonrisa que se me forma en los labios.



La estancia en Wellington es igual que en la mayoría de las ciudades en las que hemos estado hasta ahora.

Cuando acepté el trabajo pensé que eso de recorrer mundo sería enriquecedor y estimulante, que conocería países que sin esta oportunidad me sería imposible, pero nada más lejos de la realidad. Lo único que he visto en cada lugar es lo poco que puedo apreciar a través de la ventanilla en los

trayectos en coche.

No es que me queje, porque en lo profesional estoy aprendiendo a pasos agigantados y sé que la experiencia que adquiriré será excelente, pero también hay muchísimo estrés, todo son prisas. En más de una ocasión he tenido que respirar hondo y pensar fríamente dónde me encuentro y cómo debo afrontar cada situación.

Los siguientes días tras aterrizar en esta nueva ciudad, nos dedicamos cada uno a su trabajo. Mientras los chicos van de aquí para allá, promocionando el *show*, yo me afino en el estadio donde se llevará a cabo el espectáculo, junto con los técnicos.

Me he dado cuenta de que este trabajo es muy rutinario, descontando alguna que otra situación de último momento, lo demás siempre es lo mismo, pero a lo que nunca me acostumbraré es la adrenalina que se respira el día del concierto.

Todos están burbujeando energía, sobre todo los chicos de la banda y su estado de euforia llega a ser contagioso.

Es algo que hay que vivirlo para poder expresarlo. Y es mi parte favorita.

A través del pinganillo que me comunica con los jefes técnicos de cada sección, escucho a Luke, el director de gira, hablar:

—Al grupo de apertura le quedan diez minutos. Carla, avisa a los chicos, que se vayan para la plataforma.

Presiono el botón en la petaca que llevo enganchada para contestar:

—Perfecto, Luke. En cinco los tienes allí.

Como las estrellas de *rock* que son, tienen sus manías y excentricidades. Una en especial es que en cada lugar exigen que haya un camerino individual para cada uno. Supongo que cada uno tendrá su propia forma de relajarse y no querrán ser molestados por las costumbres de los demás. Tampoco quiero pensar mucho qué harán dentro de su estancia, porque mi imaginación vuela y nada bueno será.

Entro al pasillo donde se ubican los camerinos de los chicos y voy aporreando puertas a la vez que grito:

—Al punto de salida, ¡YA!

Los primeros en salir son Adam y Ronnie, que se dirigen en silencio en dirección a la posición de salida.

Intento abrir la puerta de Josh, pero esta cerrada.

—Josh, venga. Hay que prepararse.

—Enseguida vamos.

¿Enseguida vamos? Vaya, parece que tiene compañía. Y apostaría a que sé de quién se trata.

Al fin, Sam me contó el lío que se trae con Josh. Todo empezó cuando el grupo despegó al estrellato. Han sido mejores amigos desde que la memoria les alcanza. Sam desde adolescente tuvo claro su tendencia sexual. Nunca creyó que se encapricharía por uno de sus hermanos, pero en una noche de juerga, Josh se lanzó y acabaron compartiendo una noche, según Sam, en la que retumbaron hasta las paredes.

Como era de esperar, a la mañana siguiente Josh renegó de lo que había sucedido, pero poco tiempo después repitieron. Y después de cinco años, siguen en el mismo plan.

La versión de Sam es que Josh es un heterosexual de manual con deseos de experimentar junto a él otro tipo de placeres que la vida le pueda ofrecer. Según mi punto de vista es vicio. No se le puede considerar homosexual simplemente por acostarse con un único hombre, pero pienso que Josh está aprovechándose de lo que Sam siente por él y buscándolo siempre que no tiene otro plan.

Y para mi amigo va a terminar mal, ya que está enamorado de él hasta las trancas.

Los dejo que terminen lo que quiera que estén haciendo y vuelvo a llamar al camerino de Jake.

—Jake, vamos —apremio—. Luke se va a cabrear como no estéis rápido en la plataforma.

—Pasa —oigo que dice a través de la puerta.

Abro y me lo encuentro sentado en el sofá, con una pierna apoyada encima de la otra, el torso desnudo y jugueteando con el móvil.

—¿Todavía estás así?

—Relájate. Sabes que aún quedan quince minutos para que salgamos.

Es cierto, aunque los teloneros están a punto de acabar, siempre se dan unos minutos de caridad entre espectáculos para crear expectativa al público. Pero no por ello deben saltarse protocolos.

Me acerco a él y recogiendo una camiseta del brazo del sofá se la tiendo.

—Por favor, vístete. Los chicos ya están en su lugar.

—¿Por qué no aprovechamos estos minutos de otra forma? —pregunta mordiéndose el labio inferior y acariciándome los muslos.

Mierda. Cuando pone esa voz ronca y me mira con esa cara sugerente. Me derrite.

—Oh, no. No, no, no, no,...

—Venga. Prometo que será rápido.

Le doy una mirada de incredulidad y levantando una ceja, respondo:

—¿Rápido? Jake, no podrías ser rápido ni aunque te lo propusieses.

Joder, ¿por qué he dicho eso?

Levanta la cabeza y con un gesto de lo más arrogante me da una sonrisa canalla.

Me sienta a horcajadas en su regazo y sé que estoy perdiendo la batalla.

—Jake, en serio. Luke nos matará.

—Tú déjate hacer...

Y como soy débil, empezamos a calentarnos.

Me sube el vestido lo justo para que quede en mi cintura, mientras yo le desabrocho la bragueta.

Mierda. Ya está con el mástil empoderado y a punto de enfundarse.

Su rápida reacción me asombra.

Echa a un lado el tanga y estimula mi núcleo. Cuando estoy lo suficiente lubricada me embiste.

¡Me cagüen...! No me acostumbro a su tamaño.

A pesar de ser yo la que está encima, es él el que lleva las riendas guiándome por cintura.

—Jake... —jadeo, presa de las sensaciones.

—Lo sé, nena.

Encontrando el ritmo, nos movemos al unísono.

¡Vaya! Pues sí iba a ser rápido. Lo cabalgo con más fuerza, sintiendo como se acerca el orgasmo.

Es una sensación de hormigueo que empieza en mi bajo vientre, trasladándose a mi espalda baja, que recorre todo mi cuerpo.

Cuando estoy cerca de la cúspide del momento, escucho una voz a través de pinganillo.

Me quedo quieta y miro con los ojos como platos a Jake.

—¿Qué pasa, preciosa? —pregunta a mi reacción.

—Es Luke —susurro temiendo que este pueda oírnos. Aunque es imposible a no ser que pulse el intercomunicador.

—Contesta —demanda Jake.

Niego vehementemente.

—Contesta o vendrá —aclara Jake. Mierda, es cierto.

—Eres un cabrón morboso —le reprocho.

Sonríe y da una fuerte estocada.

—Dime, Luke.

—¿Dónde cojones están Jake y Josh? —vocea por el auricular.

Bueno, parece que no somos los únicos que nos estamos demorando.

Jake sigue profesándome caricias, que hace que me sea difícil mantener el hilo de la conversación.

—Oh... P-pues a Josh le quedaba nada para salir... —dejo ir un jadeo a causa de que Jake me muerde el pezón.

Es perverso. Lo está haciendo aposta el desconcentrarme mientras me invento una excusa para Luke.

—¿Y Jake? ¿Dónde demonios está?

—Jake está... —pienso, a ver dónde le digo que está—. Cagando, sí. Jake está cagando.

Al oírme decir eso, el susodicho, suelta una risita y me da una palmada en el trasero.

—Pues que venga cagando leches, nunca mejor dicho, aquí. No tiene otro momento para que le entre un apretón...

Dejo a Luke despotricando a través del *walkie*, sin prestarle atención. La palmadita que acabo de recibir ha hecho que el orgasmo que estaba conteniendo se dispare y explote como un maldito geiser.

Me arranco la petaca, no quiero más distracciones y me centro en uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Suelto un largo gemido en el que se le une Jake con un gruñido de lo más sexi al culminar él también.

Jadeamos recuperando el aliento, tras acabar. Y mirándonos a los ojos, azul hielo, contra chocolate fundido, rompemos en carcajadas.

—Por favor, señorita Sánchez. Deje de entretenerme. Ochenta mil personas esperan.

—Tendrás morro...

Tras recomponernos de un sexo rápido, pero intenso, ponemos rumbo al *backstage*.

A Jake le empieza a invadir la adrenalina al oír el bullicio creado por el público.

Antes de subirse a la plataforma en la que ascenderán directos al escenario, se gira y sosteniendo mi rostro por las manos pregunta:

—¿Dónde estamos, nena?

Es algo que se ha vuelto una costumbre en cada concierto. Sé que lo sabe,

pero es como un ritual.

—En Wellington, estamos en Wellington.

Me da un guiño, una sonrisa y desaparece para que lo comparta con miles de personas.





## Capítulo 14

—Parece que tienes ganas de volver a Los Ángeles.

—Joder, sí —contesto levantado la cabeza y mirando a Jake.

Esta tumbado en la cama, con los brazos detrás de la cabeza y observando cómo hago el equipaje. Se le ve relajado y no puede estar más apetecible.

—¡Vaya! ¿Tan rápido te has cansado de nuestra compañía?

—¿Qué dices? Sabes que no es así. Pero, no sé, todo esto puede llegar a ser...

—¿Intenso, estresante, loco...? —Se adelanta a preguntar.

—Sí —respondo con una risita—. No me malinterpretes. Todo lo que estoy viviendo es increíble, pero está pasando tan deprisa..., que llega a ser abrumador —me sincero—. Necesito volver una temporada a un entorno un poco más familiar, poder poner los pies en la tierra y tomar conciencia de todo lo que esta sucediendo a mí alrededor.

—Ya..., en las giras las cosas tienden a desmadrarse —dice apartando la mirada y centrándola en el techo de la habitación.

—Siéndote sincera, también tengo ganas de volver para ver a mis amigas. Llevamos más de cuatro meses sin vernos. Y eso es un récord para nosotras.

—Es cierto, aprovechaban el parón para pasar unos días contigo, ¿no?

—Sí. Te van a caer genial cuando las conozcas. Son un poco locas, pero unas mujeres impresionantes y divertidas.

—Bueno, si al final tú y yo no nos hemos matado, todo lo que venga seguro que es mejor.

—Oye... —me quejo lanzándole la camiseta.

La coge al vuelo, mientras ríe.

—Anda, ven aquí —dice, abriendo los brazos.

Dejo la maleta a medio hacer y me acomodo en su costado, con la cabeza apoyada en su pecho.

Siento sus latidos y me relajo entre sus brazos.

Jake inhala, respirándose y suelta un largo suspiro.

No soy una ingenua y sé que no he sido la única mujer con la que ha estado en este tiempo.

No es que me haga especial gracia imaginarlo con otras. Nunca creí que acabaría liándome con un roquero. Pero las circunstancias se dieron así y no me arrepiento. Mientras tenga claro que no habrá más de lo que hay, estaré bien.

Sin embargo, estas últimas semanas han sido maravillosas. Cada noche la hemos pasado juntos. Inclusive en las que no los he acompañado, ha terminado llamando a mi puerta.

Sé que esto puede hacer que caiga rendida y me termine enamorando de él. Tengo claro que, antes de que eso ocurra, zanjaré lo que tenemos. Jake no es material de pareja. No quiero sufrir por algo que no pueda ofrecer.

Al cabo de un rato, Jake rompe el silencio, cuando añade:

—Yo también necesito tomar perspectiva de todo lo que esta sucediendo.

Le doy un beso en el pecho, a la par que me levanto.

—Venga, ve a terminar la maleta o no llegaremos al avión.

Con una sonrisa triste, se levanta de la cama, se acerca a mí y depositándose un suave beso en los labios, sale de la habitación.

Me deja un poco descolocada su comportamiento. Tengo la sensación de que cuando hemos hablado de mirar las cosas desde otra perspectiva, no nos estábamos refiriendo a lo mismo.

Pero qué sé yo. Es tan hermético y complicado, que cualquiera lo entiende. Me encojo de hombros y me centro en terminar de recoger.



—Sigue sin convencerme el plan. Yo hubiese optado por alquilar un Cadillac descapotable y haber hecho el viaje en carretera.

—¿Tú qué te crees que eres, Thelma o Louise?

—A mí me prometieron una estancia de cine. ¡Que me devuelvan el

dinero!

—¿¡Qué dinero, ni que ocho cuartos!? Si estás pasando unas vacaciones en Los Ángeles por el morro.

—Sí. ¡Tú que me has pagado el billete, no te jode! Me veo el mes que viene comiendo sopa de sobre todos los días.

Hace una semana que estoy de vuelta en Los Ángeles. Y los últimos cinco días los he estado disfrutando con Alma y Elsa. Mañana ponemos rumbo a Las Vegas y, como no podría ser de otra forma, Alma está en plan mosca cojonera.

No me quejo, las he echado muchísimo de menos, pero cuando Alma se pone en ese plan, no hay quien la aguante.

—Anda, forajida. Vayamos a la playa, mientras Carla prepara sus cosas —comenta Elsa, intentando sacar a Alma del apartamento.

La susodicha, nos mira con una sonrisita.

—Sí, decid lo que queráis, pero anda que no hubiese molado —aclara, mientras nos dispara con los dedos—. Pium, pium..

Río porque es de lo que no hay.

Cuando escucho cerrarse la puerta, me afano en organizar todo para mi vuelta. Después del viaje a Las Vegas, volveré con el tiempo justo para incorporarme a la gira.

Estoy seleccionando que me llevaré, cuando escucho unos toquecitos en la puerta.

A ver qué se han olvidado ahora...

Estoy a punto de soltarles unas de nuestras burradas. Por suerte me contengo. Ya que quien se encuentra al otro lado, no es alguien a quien esperase.

—¡Hombre! Si es el desaparecido.

Jake me da una de sus sonrisas bajabragas. Se apoya en el quicio de la puerta e intenta poner cara arrepentida.

Levanto una ceja.

Esta semana ha estado totalmente ausente y no será porque no haya insistido llamándolo.

—Anda que vas a dar señales de vida...

—De eso se trataba, de desconectar —rebate con una sonrisa canalla—. ¿Qué?, ¿me dejas pasar?

—Claro. Pasa, pasa.

Al pasar por mi lado me da un beso en la mejilla. Madre mía, huele a alcohol que echa para atrás.

Se acomoda en el sofá, apoyando los pies en la mesa baja.

«Sí, hijo. Tú siéntete como en tú casa, no te cortes»

—¿Desconectaste? —le pregunto mientras noto el barro en sus botas, nunca he sido escrupulosa ni muy tiquismiquis, pero es que es la única mesa en el apartamento y muy higiénico no tiene que ser, ¿no?

—Estuve en San Francisco visitando a unos colegas.

—¡Vaya! Eso es genial.

—Sí. No estuvo mal —dice encogiéndose de hombros restándole importancia—. ¿Tienes algo de beber?

—Perdona, no te he ofrecido nada. ¿Qué quieres? —pregunto acercándome a la cocina.

—Whisky.

Me giro en el sitio y lo miro. «¿Whisky? ¿A las once de la mañana?».

—Eh..., no. Lo siento —le hago saber.

—¿Ginebra..., vodka..., ron...? —conforme enumera, niego—. ¿Pues que tienes?

—Pues..., eh..., agua, zumo. Quizá tenga alguna cerveza por ahí —contesto abriendo la nevera.

¡¿Pero este hombre que viene, de empalme?!

—Cerveza estará bien.

—Normalmente, tendría más para ofrecerte, pero ya que mañana nos vamos, estoy al límite de existencias —añado mientras agarro la única cerveza de la nevera.

—¿Viajas?, ¿a dónde vas?

Le tiendo la bebida y tras abrirla le da un largo trago.

—A Las Vegas —le informo mientras hago el baile de la felicidad.

Jake me mira serio, con la bebida a medio camino de su boca. A continuación, se levanta y deja la lata de cerveza de malas formas en la mesa.

—De puta madre, Carla. De. Puta. Madre.

«Pero... ¡¿Qué pasa ahora?!».

Veo como se dirige a grandes zancadas a la puerta. Cuando reacciono, acelero y lo sujeto por el brazo antes de que salga.

—Eh, ¿qué ocurre?

—Ah, no sé. ¿Dímelo tú? —pregunta cruzándose de brazos.

—¡¿Yo?! —cuestiono—. Mira, Jake, me estoy perdiendo.

—Carla, queda una jodida semana para reincorporarnos al *tour*. Sabes lo difícil que nos resulta pasar tiempo juntos rodeados de tanta gente. ¿Y decides

irte a Las Vegas los únicos días que tenemos para pasar solos?

—¿En serio me estás diciendo esto? ¿Tú? —señalo—. Te recuerdo que has estado desaparecido en combate durante la última semana y nadie te ha reprochado nada.

—¡¡Porque no eres nadie para reprocharme!! —exclama alzado la voz—. ¿Qué te crees, que porque hayamos follado unas cuantas veces tengo que rendirte cuentas? —añade con un tono beligerante que no me gusta nada—. Entérate bien, Carla. No eres mi novia. No soy hombre de relaciones. Y no me controlas.

Estoy alucinando. Y sí, cabreándome también.

—Pero... ¿De qué hablas? ¿Quién esta hablando de relaciones? Estás flipando, Jake —digo totalmente confundida—. En serio, lo tuyo no es normal. Eres tú el que se esta quejando de que me vaya a Las Vegas.

Aprieta la mandíbula y le oigo rechinar los dientes.

No se que tendrá en su complicada cabeza para que haya montado este pollo sin venir a cuento.

—Que te lo pases de puta madre —termina diciendo, antes de salir por la puerta.

El portazo que se oye a continuación, me hace pegar un respingo.

—No lo dudes —grito al vacío por si puede llegar a oírme.

Cuando llegan mis amigas, las pongo al tanto de la visita de Jake.

Ellas piensan que Jake está celoso. Yo digo que me paso sus celos por el forro. Él fue quien puso los límites. Yo simplemente me he adaptado a las circunstancias y me he dejado llevar.

No quiere nada serio, pero tampoco parece aceptar que yo este de acuerdo con la situación.

Es un maldito egoísta, que ni come ni deja comer.

Puede que me guste más de lo que debiese. Pero si cree que va a poder jugar conmigo y hacer y deshacer a su antojo, lo lleva claro.

Esta noche será la última para Elsa y Alma en Los Ángeles y hay que aprovecharla al máximo. Ningún hombre va a conseguir frustrar el tiempo con mis chicas.

Cuando entramos al Ocean's, el lugar esta abarrotado. Nos hacemos hueco en la barra y pedimos unos gin tonic. Tras conseguir nuestras bebidas, nos vamos directas a la pista.

—Oye, ¿ese que esta allí no es Tim? —pregunta Alma.

Miro donde indica mi amiga. Y efectivamente, en uno de los reservados

de la planta superior está Tim apoyado en la barandilla, tecleando en el móvil.

—Sí —afirmo—. ¿Os apetece que vayamos a esa zona?

Elsa asiente con la cabeza, a la que Alma añade:

—Sí, por favor. No veas el morbo que me da Tim.

—¿En serio?! Si es un estirado —le digo sorprendida. Oye, que tiene su aquel. Es un madurito supersexi. Será que como yo lo he tratado bastante, no veo con los mismos ojos. Es tan serio, tan obcecado con el trabajo,...

—Uy, nena, le quitaba yo el palo que tiene metido en el culo...

Me río de sus ocurrencias.

Compadezco a Tim. Como a Alma se le meta algo en la cabeza, por muy complicado que sea, lo consigue. Y si en su punto de mira está él, miedo me da. Cuando llegamos a la escalera que llevan a zona vip, uno de los de seguridad nos da el alto.

Intento desde mi lugar llamar la atención de Tim, pero no me ve. Opto por llamarlo al móvil. Veo como lo ojea. Descuelga y pregunta en tono seco:

—¿Qué?

¿En serio, un tío tan parco en palabras le gusta a mi amiga?

—Estoy en las escaleras que llevan a los reservados, ven a por nosotras.

—Lo veo girar y me ve, cuelga y se dirige hacia donde estamos.

Mientras baja las escaleras, observo como le da una mirada de interés a Alma, ha sido casi imperceptible, pero la he visto.

—¿Qué quieres?

—Bailar una sardana, no te fastidia —suelta Alma en español.

Tim frunce el ceño pero no contesta.

—Dile al de seguridad que nos deje pasar.

Vuelve a mirar a Alma. «¡Ay madre, a que va a ser miedo lo que le tiene!»  
Ja, ja, ja..., me descojono mentalmente.

Al final accedemos y escucho decirle Alma a Tim:

—Ay, Timoteo, ese encorsetamiento que tienes te lo quito yo a base de polvos.

¡Ala, que burra!

Por suerte, Tim no la entiende, ya que me pregunta:

—¿Qué dice la loca de tu amiga?

—Nada, que muchas gracias por hacer que nos dejen entrar.

Elsa se ríe a carcajadas. Mientras Alma pone su mejor cara de niña buena. Parece que Tim se lo traga, ya que posa su mano en la espada de Alma y avanza con ella al reservado.

¿Eso que he podido vislumbrar ha sido una sonrisa?

¡La madre que la parió! Si va a llevar razón y se camelará al sombrío de Tim.

Cuando estamos a unos metros, veo que allí reunidos están parte de la banda. Falta Sam, que esta pasando unos días en Puerto Rico para ver a la familia. Y Adam, que sepa Dios dónde ande. Miro a Jake, al lado de una espectacular morena.

Está sentado en el sofá con los brazos apoyados en el respaldo. Mis ojos van directos a una de sus manos y veo como con el pulgar acaricia el hombro de su acompañante.

Se da cuenta de lo que observo y en sus ojos veo desafío y quizá burla. Por las luces estrambóticas hace que sus ojos azules brillen con un aire malicioso, que me repara.

Siempre me he considerado una mujer decidida y valiente, pero su forma de mirarme me incomoda y pierdo un poco la seguridad.

Ya no me parece una buena idea haber propuesto subir. Elsa debe darse cuenta de mi incomodidad, pues muy discretamente, me susurra:

—Si quieres nos vamos.

—No, no, tranquila. Estoy bien.

—¿Segura? —Asiento. Pero, en realidad, no lo estoy.

Nos acomodamos con el grupo. Sus compañeras no reciben con buenos ojos que nos unamos, pero me la suda, la verdad.

—Carla, ¿no me vas a presentar a tus amigas? —pregunta Jake.

—Sí, claro. Ellas son Elsa y Alma. Chicas, él es Jake, el vocalista de la banda.

—Hola. Encantada —dicen al unísono mis amigas, más serias de lo normal. Deben de haber visto la actitud cariñosa de Jake hacia la chica. Y sumado a lo que les conté, sé que no les ha caído en gracia.

Jake se levanta y las saluda con dos besos. Cuando terminan las presentaciones, vuelve a su lugar junto a la morena.

—¡Vaya, ahora soy un simple el vocalista! —dice en alto.

Las chicas que están con ellos ríen como unas cacatúas.

Esto es lo que a él le gusta, que lo idolatren y elogien.

Por el contrario, los chicos intentan no seguirle el juego, pero es difícil controlar a Jake cuando quiere ser dañino.

—¿Vosotras que pensáis, chicas? ¿Soy un vocalista más?

—Eres el mejor, Jake —dice una de ellas.

—Para nada, no hay otro igual —comenta otra. «Pelotas».

—Bueno, parece que nuestra asistente de gira no piensa lo mismo. Será que ha conocido a muchos artistas de calibre. ¡Ah, no! Si se me olvidaba que es una novata —escupe con saña.

Pensé que habíamos dejado de lado mi inexperiencia en giras y que gracias a mi esfuerzo había conseguido que me respetase profesionalmente, pero parece que volvemos al Jake capullo de las primeras semanas.

El ambiente se enrarece. Hasta se podría cortar con un cuchillo. Sus comentarios malignos hacen que, menos las desconocidas, todos nos sintamos incómodos.

—Jake, déjalo, tío —le pide Ronnie.

—No estoy haciendo nada, colega. Relájate. Solo quiero saber qué piensan las señoritas. Sabemos que Carla no tiene mucho criterio en estos temas.

Me muerdo el labio inferior. Se me forma un nudo en la garganta que me impide tragar. Me está buscando, pero no pienso entrar en discusiones.

Debe de estar borracho y además colocado. Porque su comportamiento deja mucho que desear. Aun ebrio debería controlar esa lengua viperina que tiene.

—Los he visto mejores, para qué nos vamos a engañar —contesto al fin. Ya se sabe que yo callarme, ni debajo del agua.

Entrecierra los ojos sin que se le borre la estúpida sonrisa de la cara.

—No le hagas caso, Jake. No tiene ni idea —le dice la morena.

Jake gira para mirarla, la agarra de la nuca y une sus labios en un beso demasiado tórrido para estar en público.

El mazazo que siento en la boca del estómago hace que note como los ojos se me humedecen. No sé a qué está jugando.

Me duele la dureza de sus palabras, pero lo que más me daña es verlo liarse con otra en mis narices. Sé que no somos exclusivos, que tenemos la libertad de estar con quien queramos, pero hasta el día de hoy siempre ha sido respetuoso delante de mí y no había intimado con ninguna mujer. Siempre le he agradecido su discreción.

Cada vez soy más consciente de que lo nuestro no llevaba a ningún sitio. Con Jake un día estás bien y al siguiente es tu peor enemigo.

Intento pasar la noche lo mejor que puedo, pero resulta difícil con las continuas pullas que me dedica Jake y el manoseo que se trae con la chica. Si no me he ido, ha sido porque quiero que mis amigas disfruten su última noche.



¡Y qué coño! También por orgullo. Si cree que me va a amedrentar, es que no me conoce lo suficiente.

Una vez en casa, en la oscuridad de mi dormitorio, me permito derramar lágrimas silenciosas. Siento unos brazos rodearme desde ambos lados.

Mis amigas me conocen mejor que yo misma y saben que en este momento las necesito.

Me derrumbo y dejo salir toda la tensión acumulada al enfrentarme a Jake.



## Capítulo 15

Estos días en la ciudad del pecado junto con mis amigas, están resultando asombrosos. Hemos paseado por el strike, apostado en casinos, disfrutado de la piscina del hotel y alucinado en los espectáculos a los que hemos ido. Las Vegas es la ciudad de entretenimiento y me ha venido estupendamente para desconectar de todo lo que me ha pasado últimamente, incluido el encontronazo con Jake.

Avanzamos por uno de los tantos centros comerciales que hay en los hoteles cuando reconozco a alguien.

—Esperad un momento, voy a saludar a alguien —informo a Elsa y Alma.

Cuando me voy a cercando a Sídney, la veo fundirse en un apasionado beso con un hombre. Reparo un momento, no quiero interrumpir, pero cuál es mi sorpresa cuando se separan y veo que su acompañante no es otro que el famoso Liam Donovan.

¡No me lo puedo creer! ¿Qué hace Sídney con el que se ha vuelto el antagonista de su hermano?

La veo reír a carcajadas de algo que le susurra él. Cuando gira la cabeza y me ve, su cara de pánico lo dice todo.

—¡Carla! —exclama sorprendida.

—Eh... Hola —le digo desconcertada acercándome a saludarla.

—¿Q-qué haces aquí? —me pregunta en un titubeo, mirando hacia todos lados.

—He venido a pasar unos días con mis amigas —comento señalando donde se encuentran las chicas, más alejadas.

Noto cómo se relaja con mi respuesta. Supongo que teme encontrarse con su hermano o con cualquiera de los chicos.

—Uf, menos mal —respira aliviada—. Ven, quiero presentarte a alguien. Liam, ella es Carla, la asistente de gira de la que te hablé —le comenta—,

Carla él es..., bueno, supongo que sobran las presentaciones —dice un poco avergonzada.

—Eh, sí. Sé quién es. Es imposible con el trabajo que tengo no reconocerte —lo saludo más seria que de costumbre.

—Hola, encantado. Sí, cuenta que estás haciéndolo realmente bien con la banda. Enhorabuena. —Su sonrisa es sincera.

—Gracias —comento, aceptando la mano que me ofrece.

Madre mía. Menudo panorama. En este momento, Jake no es que sea una de mis personas favoritas del mundo, pero recordar la guarrada que le hizo quien era su mejor amigo hace que me mantenga recelosa.

—Y bien, ¿hasta cuando estaréis aquí? —pregunta Sídney. Se la ve nerviosa.

—Nos marchamos mañana. Mis amigas tienen que coger el vuelo de regreso a España y yo tengo que reincorporarme a la gira. Todo lo bueno se acaba —digo aligerando el ambiente.

—Si —ríe—, ¿os apetece que cenemos esta noche todos juntos? —pregunta más animada.

—Oh, por supuesto. Déjame que se lo comente a mis amigas, supongo que no habrá problema.

—Perfecto.

Llamo la atención de las chicas para que se acerquen. Una vez que llegan hago las presentaciones y les comento la propuesta. Ellas no ponen ninguna objeción.

Sídney, al ver que todos estamos de acuerdo, añade:

—De acuerdo, ¿qué os parece a las nueve en el Caesar?

—Allí nos vemos.

—Un placer, chicas —comenta Liam.

—Sí, sí. Hasta luego —me despido. Pego un ligero empujón a mis amigas para marcharnos y que dejen de comerse con los ojos a Liam. Me temo que antes de que llegue esta noche tendré que ponerlas en antecedentes y contarles la historia de cómo Liam acabo fuera del grupo.

A la hora acordada tengo que llamar a Sídney, pues hay varios restaurantes en el hotel. Cuando accedemos al correcto, ya se encuentran en una mesa, profesándose caricias.

Tomamos asiento y tras ojear la carta nos decidimos por un menú degustación, para probar un poco de todo. La velada transcurre con normalidad, pero conforme va avanzando me siento cada vez más cómoda.

Liam tiene una personalidad arrolladora. Es muy agradable, me recuerda un poco a Jake y entiendo por qué fueron mejores amigos. Intento imaginarlos juntos y me da pena cómo terminó la situación.

En ningún momento se saca el tema que creo que a todos nos apetece tocar. Pero cuando llega el postre, la cosa cambia y Sídney toma la palabra.

—Bueno, te preguntarás cómo Liam y yo estamos juntos.

—Sí, de verdad. No tienes que darme explicaciones. Con tu vida puedes hacer lo que quieras —aclaro porque no hace falta que me cuente nada, y viendo lo agradable que es Liam, deduzco que no fueron las cosas tal y como me contaron—. Eso sí, como tu hermano se entere os mata, a ambos —comento en broma, o no tanto, mirando alternativamente de uno a otro.

—Lo sé, lo sé. Pero todo se complicó tanto... —comenta, mesándose el pelo—. Aquella noche, la del accidente. No era Liam quien acompañaba a Alice en el coche. Era yo.

¡¿Quééé?! No puedo haber escuchado bien. Me quedo tan impactada a sus palabras que ni contesto, por lo que prosigue:

—Alice, nunca me gustó. No me siento bien hablando mal de los muertos, pero ella era una persona tóxica para mi hermano. Solo estaba con él por ser la estrella de *rock* que es. Mi hermano no ha sido, ni es un santo. Pero su época autodestructiva empezó cuando conoció a Alice. Empezó a coquetear cada vez más con las drogas. Sé que es el único culpable, nadie hace nada que uno no quiera. Pero si alguien que está a tu alrededor te anima e incita, en vez de ponerte freno, no es buena influencia.

»Tanto Liam como yo intentamos que se alejase de ella y le diese la patada. Total, tampoco es que fuesen una pareja seria. Pero ella sabía muy bien cómo camelarse a mi hermano y darle la vuelta a las cosas. Empezó a sembrar el mal rollo entre ellos, ya que era el que estaba más unido a Jake —miró a Liam y lo notó apesadumbrado—. Esa noche, yo estaba en la misma fiesta que Alice y escuche cómo se jactaba de que Jake Russell era un pobre ignorante, un pelele que conseguiría hacer con él lo que quisiera —percibo cómo la furia la recorre al recordar—. Mi intención no fue enfrentarme a ella, ya que mi hermano es mayorcito y si él quería ser manipulado por esa arpía, allá él, pero al ver que Alice estaba liándose con otros hombres y riéndose de mi hermano, no pude más que encararla.

»Le recriminé sus palabras y todo lo que hacía a escondidas de Jake. Ella iba muy colocada y el miedo le hizo montarse en el coche e ir a hablar con Jake antes de que lo hiciera yo. Cuando vi sus intenciones, en un acto reflejo,

monté en el lado del copiloto —se detiene y traga—. Aquella noche había llovido y no sé si por la discusión que manteníamos o su estado de embriaguez, perdió el control y caímos a la cuneta.

Me llevo las manos a la boca y veo como mis amigas están en el mismo estado de *shock* que yo. Liam se mantiene durante todo el relato en silencio, pero veo como con un gesto reconfortante acaricia la espalda de Sídney.

—Madre mía, qué lío. Pero ¿por qué se acuso a Liam de estar enrollándose con Alice? Y lo más importante, ¿por qué creyeron que eras tú el que iba en el coche? —pregunto esto último dirigiéndome a él.

Hay tantas cosas que se me escapan. Estoy tan confundida.

—Bueno, Liam sí que estaba viéndose con alguien a escondidas, pero no era con Alice, sino conmigo —aclara a mi pregunta—. Y respecto a lo otro, también soy yo la culpable.

—Sí, nena. No tienes por qué contarlo —le dice Liam.

—Sí, Liam. Lo necesito. Todo esto fue culpa mía —expresa al punto del llanto—. Todo pasó muy rápido. No fue un accidente demasiado aparatoso. Bueno, eso pensé en un principio. Yo tuve una simple contusión en el hombro. Cuando tomé conciencia de la situación y ver que Alice no respiraba..., me entró el pánico y llamé a Liam.

Veo a Elsa echarse las manos a la cabeza. No es para menos. Pero ella, como abogada, sabe más de estos temas. E intuyó por dónde van los tiros y qué ocurrió en realidad.

—No tardé en llegar, ya que estaba cerca aquella noche —empieza a relatar parte de la historia Liam—. Al ver en el estado de nervios que se encontraba Sídney, le dije que cogiese mi coche y se dirigiese a casa, que yo me encargaría de todo. Llame a la Policía y ambulancia para que se personasen en el lugar del siniestro. Cuando llegaron dije que yo acompañaba a Alice. Sé que fue estúpido de nuestra parte...

—¿Estúpido?! Fue un delito. No sé cómo serán las leyes en este país, pero como abogada te digo que eso esta penado con la cárcel. Privasteis de auxilio durante un tiempo a un herido. Aunque hubiese fallecido. Abandonaste como testigo fehaciente el lugar del accidente —dice Elsa mirando a Sídney— y tú, usurpaste un lugar que no te competía.

—¡Ya lo sé! —grita Sídney—. Me asusté y por mi culpa Liam lo perdió todo.

Rompe a llorar. Mis amigas y yo nos miramos, porque menuda historia. Le hago un gesto a Elsa para que afloje el tono. No estuvo nada bien lo que hicieron, pero no seremos nosotras las que les juzguemos. Pienso que el más

damnificado en toda esta situación fue Liam y en ningún momento le he oído quejarse.

—A ver, Sídney. Yo no estoy aquí en calidad de abogada, estoy aquí como amiga de Carla y sé que ella y tú tenéis muy buena relación, pero os digo que si esto saliese a la luz, tendríais muchos problemas.

—Lo que Elsa quiere decir es que estuvo muy mal lo que hicisteis —le digo a Sídney para tranquilizarla, ya que la veo muy alterada—. Nadie está haciendo de verdugo. Pero entenderás que la que liasteis fue gorda. —La veo asentir—. No entiendo por qué consentiste que Liam acarrease con todas las acusaciones, hasta tal punto de ser repudiado por sus propios amigos.

—Cuando todo explotó con el grupo, temí que nuestra relación saliese a la luz.

—¿Pero eso qué tiene de malo?

—Carla, no conoces bien a mi hermano —ríe sin ganas—. Si Jake se enterase de que entre Liam y yo hay algo, hubiese sido peor.

—Lo siento, pero no lo entiendo. Más bien lo veo cobardía.

—Te aseguro que si por mí hubiese sido habría contado lo que sentía por Sídney desde el minuto cero —añade Liam.

Creo que es algo que ya han hablado con anterioridad, pero que intenta respetar la decisión absurda de ella en ocultarlo.

—Fui yo la que siempre he querido ocultarlo. Entre los chicos siempre ha habido códigos. Las parejas y las hermanas no se tocan. ¿Cómo crees que hubiese reaccionado Jake al saber que Liam estaba conmigo? —pregunta—. Mal, ya te lo digo yo.

—¿No os dais cuenta de que el desenlace ha sido el mismo, pero por una causa injusta?

—Sí..., llevo un año atormentándome con la mala decisión que tomamos en aquel momento. Y no sé cómo arreglarlo. Por eso necesito que tú me ayudes a enmendar mi error —me suplica.

—¿Yo? ¿Y qué puedo hacer yo para ayudarte? No me pidas que le cuente la verdad, porque no es algo que me pertenezca hacer —contesto acelerada.

Si cree que me voy a enfrentar al león cuando el tema ni me va ni me viene, lo lleva claro.

—No, no. Nunca te pediría algo así. Sé que para mi hermano eres muy importante. Lo he visto. Solo necesito tu apoyo para suavizarlo cuando reúna el valor de contárselo.

—Bueno, no sé si te serviré de mucho. Digamos que Jake y yo no estamos

en los mejores términos en este momento. Pero si lo que necesitas es apoyo moral, eso sí puedo hacerlo.

Si cuando digo que me meto en cada jardín sin salida yo solita, no voy mal desencaminada. A ver qué pinto yo en esta situación. Pero bastantes remordimientos de conciencia tiene Síd como para negarme.

—Gracias, Carla. Sé que no entiendes por qué hicimos eso. Fue la peor decisión que hemos tomado. Pero te agradezco que hayas escuchado, sin juzgarnos duramente, aunque lo merezcamos —me agradece Liam—. Si por mí fuese hace tiempo que esto se hubiese solucionado, pero entiendo que a Síd le cueste contarlo. Después de cómo se desencadenó todo, no sabíamos cómo dar un paso atrás. No quería que los chicos pensasen que mentía por salvarme el culo. Preferí aguantar el chaparrón.

Eso no fue un chaparrón, fue una tormenta en toda regla. Me callo, porque no sé qué más decir. Les toca a ellos contar lo que ocurrió en realidad.

Todo lo que me han desvelado hoy ha hecho que vea con otros ojos a Liam. Él solo quiso proteger a la mujer de la que está enamorado, a pesar de que las consecuencias hayan sido fatídicas y perdiese su mundo tal y como lo conocía. Si eso no es una muestra de amor verdadero, no sé que más debe hacer.

Por otra parte, la reacción de Sídney la veo de una niña sobreprotegida y malcriada. Ha sido muy egoísta por su parte. Prefirió ser cobarde a luchar con uñas y dientes por un hombre que le ha demostrado que la ama más que a todo en el mundo.

No sé como acabará todo esto, pero Liam no se merece que lo hayan tratado tan mal. Empezando por su propia pareja al no dar la cara por él.



## Capítulo 16

### *Jake*

Siempre lo mismo. Fiestas, alcohol, drogas, mujeres... En resumidas cuentas desfase.

Desde mi metedura de pata con Carla, no he hecho nada más que ir cuesta abajo. No sé que se me paso por la cabeza para comportarme como un absoluto gilipollas. Bueno, sí, creo que lo sé, fue el miedo a poder perderla cuando ya me había reconocido que era alguien de quien no me podía separar.

Cuando aterrizamos en Los Ángeles para el parón de la gira, necesité poner tierra de por medio, precisaba aclarar mis ideas y poder demostrarme que era un simple encoñamiento lo que sentía por ella. Me fui a San Francisco, allí disfrute junto a unos colegas de la noche, pero en el momento que tenía una mujer lista y dispuesta para mí, había algo que me retenía y no podía continuar. Tras varios días en la misma situación, tomé la determinación, que sentía más por Carla de lo que yo me permitía imaginar. Al volver, pensé que todo marcharía a las mil maravillas entre nosotros, pero una vez más me demostró que ella no me bailará el agua, sea quien sea. En el momento que descubrí que se iría de viaje con sus amigas, un ardor con el que no estoy familiarizado me inhumó por dentro. Creo que se llaman «celos», pero qué sé yo. Nunca he tenido algo que temiese perder, como me pasa con ella.

Cabe decir que manejé mal, muy mal la situación y que la cagué a lo grande. Primero en su apartamento y más tarde con el espectáculo que monté en la discoteca. ¿Qué clase de estúpido soy que en vez de hablar con ella y disculpalme, le restriaga a su rollo en toda la cara?

Y a partir de ahí he estado viviendo a medias, pero al límite. Desde que nos reenganchamos a la gira, he ido como un cachorro tras de Carla para recoger la sobras del poco cariño que quiera ofrecerme. Ella, como la chica



inteligente que es, ha puesto distancia entre nosotros. Y yo, como el capullo que me considero, no he dejado que baje la guardia en ningún momento. Vaya donde vaya, ahí estoy yo con una disculpa silenciosa en mi mirada. Pero es dura, por eso me gusta tanto.

—Tío, eres un coñazo, cambia esa cara —me regaña Ronnie, sacándome de mis pensamientos.

—Estoy hasta los cojones de todo, colega. Yo me largo a dormir. Mañana tenemos el espectáculo —le hago saber dejando la copa en la mesa y levantándome de mi asiento.

Estamos en Italia, hoy hemos tenido promoción del concierto de mañana en una emisora. Al terminar, parte del equipo nos propuso ir a un local de moda. Cuando nos echaron de cada lugar al que fuimos por cierre, decidimos trasladar la fiesta a mi *suite*. Como no, aceptaron encantados. Conforme la noche avanzaba, los únicos que hemos seguido la fiesta rodeados de extraños hemos sido Ronnie y yo. Pero me parece que se va a quedar él en exclusiva como anfitrión de nuestros desconocidos acompañantes.

—Eres una abuela —se queja. Le saco el dedo del medio y me dirijo a mi dormitorio. El lugar está atestado de gente disfrutando y pasándolo en grande. Yo ya estoy un poco harto de todo esto.

Entro en mi habitación y aún se oye la música a todo trapo fuera. El cielo ganado se tiene en los hoteles cuando llegamos. Pero bueno, para eso nos dejamos un dineral considerable. Me desvisto, dejándome los bóxeres y me tumbo en la cama. Recojo el móvil, que está en la mesita de noche, y sacando unos cascos que enchufo, busco música para olvidarme de la juerga que hay al otro lado de la puerta. Mientras paso las carpetas, encuentro una que se lee: «Música de verdad». Me extraña ver una carpeta así, ya que yo no acostumbro a ponerles nombre. Las numero y punto, así de básico soy. Una vez que la abro, empiezan a aparecer ante mí, canciones, sobre todo, españolas. Una sonrisa se me forma en los labios, debió haberla grabado Carla en algún momento.

Selecciono todo y le doy a reproducción automática. Escuchar la música que a ella le gusta es como si nos acercase un poquito más, ahora que estamos tan distantes. Escucho canción tras canción, la mayoría no las conozco, tampoco sé muy bien lo que dicen, ya que mi español es muy pobre.

Cuando llega una de las canciones, creo que se titula *5 sentidos* de un tal Dvicio y Taburete. No sé qué me ha llevado buscar la traducción en la red, pero una vez que he entendido la letra, he sentido un pinchazo en la boca del

estómago, porque no podría definir mejor lo que siento en este instante. Cada vez que termina vuelvo a presionar atrás para volver a escucharla. Me tumbo en la cama cerrando los ojos y presto atención a la letra. Al final, terminaré aprendiéndola en español.

*«Me enamoré por primera vez.  
Nadie me avisó de que iba a suceder  
y ahora estoy tan bien aquí en el Edén contigo.*

*Tumbado en el sillón,  
solo con tu cuerpo a mi alrededor  
me voy sintiendo cada vez más vivo.*

*Luché con mis fantasmas,  
todos los que algún día me gritaban  
que renunciara a todo lo que he sido.*

*Por ti no me arrepiento,  
no tiro las llaves, practico el momento.  
Tú me alimentas los cinco sentidos.*

*Yo quiero estar borracho,  
viviendo mi vida, pero a tu lado,  
bebiendo tequila de cualquier vaso,  
rompiendo la fila si tú te vas.*

*Yo nunca he sido un santo,  
no vendo lecciones de contrabando,  
de todos mis huesos tú estás al mando.  
Me enredo contigo en este huracán.*

*Solo contigo, oh-oh  
Solo contigo, oh-oh  
Solo contigo, oh-oh  
Solo contigo, oh-oh.*

*Perdí mil trenes en la estación.  
Cambié de nivel, subí un escalón  
y ahora sé que todo lo que me faltaba apareció contigo.*

*(Bis)*

*Me enamoré por primera vez.  
Nadie me avisó de que iba a suceder  
y ahora estoy tan bien aquí en el Edén contigo.»*

Me siento absolutamente identificado con la letra, nunca me he sentido más vivo, estimulado y mejor persona que cuando he estado con ella.

¿Será esto lo que se siente al estar enamorado? No lo sé. Nunca he prestado atención a los temas relacionados con el amor.

Me duermo cuando el sol entra con intensidad a través de los ventanales de la habitación del hotel, con la única idea en la cabeza de que tengo que hacer que vuelva a mi lado. Disculparme y poder sentirme completo.



## Capítulo 17

Si creía que lo que había vivido hasta ahora había sido difícil, no sabía de lo que hablaba. Cualquiera pensaría que el descanso serviría para que los chicos volviesen más relajados; nada más lejos de la realidad. Han vuelto descontrolados. Es cierto que cada concierto esta siendo un éxito total. Pero todo lo demás se esta volviendo un caos absoluto.

No salen de un lío cuando están metidos en otro.

Intento relajarme en la soledad que me ofrecen las escaleras, en la parte de atrás del recinto. Cuando veo aparecer a Morgan.

—¿Han aparecido ya? —pregunto. Morgan niega un par de veces.

—Luke te está buscando —me informa con su característico semblante serio.

—Madre mía, Morgan. ¿Qué vamos hacer? —Resoplo, levantándome de mi rinconcito de paz y le sigo entre bastidores.

Conforme vamos avanzando noto como el equipo esta nervioso. Hay un silencio irreconocible en el lugar. Todos tienen el mismo pensamiento. Si no aparecen Jake y Ronnie a tiempo, habrá que cancelar el concierto. No es algo que nos podamos permitir con tan poco tiempo de margen. Tampoco se lo merecen los miles de fans que llevan días haciendo cola para ver a sus ídolos. Ídolos que no se merecen la devoción que les profesan.

—Carla, necesito tu ayuda —me pide Luke de manera atropellada, cuando llego hasta él.

—Tú dirás.

—Me han llamado de recepción. Di permiso para que pudiesen acceder a sus habitaciones y me han dicho que están en la *suite* de Jake. Pero a ellos no les compete decirles nada. Por lo que necesito que vayas tú.

—¿Yo? Tengo muchas cosas que hacer aún aquí. Además, Sam es su asistente personal, debería ir él, ¿no?

Estamos a pocas horas de que el espectáculo comience. Cuando estos dos descerebrados no aparecieron para el ensayo, todas las alarmas se dispararon. Intentamos llamar en multitud de ocasiones a sus teléfonos móviles, a sus habitaciones. No hubo respuesta.

—Si te lo pido, es porque Sam no da abasto.

Miro hacia Sam y lo veo enfrascado en una conversación azorada con Adam y los publicistas.

Cuando estuvimos en Múnich, Adam tuvo un altercado con el dueño del local que estuvimos tras el concierto. La cosa podría haber quedado en una simple discusión si no le hubiese dado a Adam por hacerse el gallito y hubiese soltado los puños a pasear. Ahora el hombre ha denunciado y se le acusa de escándalo público, agresión y conducta indebida.

Todo explotó y la prensa se hizo eco del suceso. Por lo que, tanto los publicistas como Sam están intentando que la cosa no vaya a mayores. Pero Adam no pone de su parte para que las aguas se calmen. Quiere estar en el foco de la actualidad. Alega que toda publicidad es beneficiosa, incluso la mala. Es algo que la mayoría discrepamos. No todo es válido para estar en el candelero.

—Está bien, iré, pero no prometo que no me los cargue cuando los encuentre.

—Gracias, Carla. Que te acerque Morgan, por si necesitas ayuda.

—¿Ayuda? Ayuda la que van a necesitar ellos cuando los tenga enfrente.

Una vez que llegamos al hotel, nos recibe el director del hotel en persona.

—Están en la *suite* del señor Russell. Yo solo cumplí órdenes de acceder con mi tarjeta a la habitación y ver si se encontraban en el lugar. Siento no haber sido de más ayuda —se lamenta.

Nos abre la estancia y cuando doy un paso dentro, el lugar da asco. Parece como si se hubiese celebrado una bacanal. Hay botellas esparcidas en cualquier parte. Cuerpos semidesnudos acostados de cualquier manera en el comedor. El lugar desprende un olor a alcohol y sexo que echa para atrás.

Miro al director del hotel y me disculpo por la situación:

—Usted ya ha hecho bastante. Siento mucho las molestias causadas —me disculpo. ¡Por Dios, qué vergüenza! Ellos como estrellas de *rock* no se sentirán avergonzados por su comportamiento, pero yo no puedo más que morirme del azoramiento que siento.

—Estese tranquila, señora.

Qué va a decir. Se dejará una cantidad desorbitante de dinero en su hotel.

Aunque por dentro no le haga ni pizca de gracia la situación.

Cuando el director se marcha, Morgan y yo vamos despertando a los desconocidos. Yo me encargo de ir desalojando a las mujeres, mientras Morgan lo hace con los hombres.

En el sofá encuentro a Ronnie, rodeado de dos asiáticas, con su culo lechoso al aire. Llamo a las chicas y amablemente les pido que se vayan, mientras les tiendo ropa que encuentro esparcida a mi alrededor.

Nadie ha puesto objeción alguna, no sé si por el pedo que aún llevan y no son conscientes de dónde se encuentran o por el mastodonte que llevo a mi lado, que intimida.

Cuando todos los desconocidos han desaparecido, me acerco a Ronnie y con toda mi mala leche le doy una cachetada, de las que pican

Se despierta de golpe del susto y poniéndose en pie exclama:

—¿Te has vuelto loca?!

—No, aún no. Pero por vuestra culpa estoy a esto —digo uniendo el índice y el pulgar— de brotar.

Está como Dios lo trajo al mundo. Cojo un cojín del suelo y se lo lanzo.

—Tápate el ciruelo, ¿quieres?

—¿No quieres una probadita, bombón? —pregunta con guasa y levanta rítmicamente las cejas

¡Me cago en todo lo que se menea! Encima con recochineo.

—Cállate. A ver si te voy a dar un par de hostias, que es lo que te mereces.

—Uhm... Toda una dama. Me gusta.

Me cruzo de brazos y como no quiero entrar en juegos infantiles, pregunto:

—¿Dónde está Jake?

—Ni idea, estará en el dormitorio. La noche la tengo un poco borrosa —dice encogiéndose de hombros.

—Que se vaya a su habitación y se pegue una ducha, mientras yo consigo lo mismo con Jake —digo girándome a Morgan.

Cuando me dirijo al dormitorio y toco el pomo de la puerta, respiro. No sé qué me encontraré cuando entre, ni si me va a gustar lo que vea.

Abro y encuentro a Jake, tendido en la cama. Afortunadamente solo. Duerme plácidamente, lo que me sorprende, ya que el sol que entra a través de las ventanas deslumbra. Me acerco hasta él y con un ligero zarandeo intento que despierte.

—Jake... Vamos, Jake, despierta.

—Mmm, Carla. Mi Carla —murmura. Se gira y me arrastra a la cama con él.

Para una persona que está en proceso de despertarse, me sorprende su rápida reacción. Pues en un simple movimiento me encuentro debajo de su cuerpo.

—Hueles tan bien —comenta enterrando su cara en el hueco de mi cuello.

—Lástima que no pueda decir lo mismo de ti —apostillo intentando zafarme de su agarre—. Vamos, Jake. Es tardísimo, os habéis perdido el ensayo y como sigas así se retrasará el concierto.

—Me da igual el concierto. Solo quiero estar así contigo. Te he echado tanto de menos...

«Mierda. Que no me haga esto, que la carne es débil».

Tras el numerito que formó antes de irme a Las Vegas y su comportamiento de aquella noche, he intentado mantener las distancias. Cosa que ha sido realmente difícil. Jake intenta que estemos en la misma sintonía que tuvimos antes, pero me niego a caer y volver a ser una entre todas. Ya he descubierto qué es lo que quiero. Y lo quiero todo o nada. Y puesto que Jake no es alguien a quien se le den ultimátum, he ido sorteando lo mejor que he podido sus acercamientos.

—En serio, Jake. No sabéis lo que es el sentido del compromiso y la responsabilidad. —Al oír mis palabras, se levanta de encima de mí. Con un resoplido se tumba en la cama y se tapa la cara con el brazo—. Entiendo que queráis disfrutar y pasarlo bien, pero siempre y cuando no repercuta en vuestro trabajo y en el de todos los demás.

No me gusta dar una charla en plan institutriz, pero necesitan que les den un buen rapapolvo. Todos dependemos de ellos y si no se toman las cosas en serio, mal vamos.

—Joder, nena. No me des un sermón. Me duele la cabeza.

—Poco te duele, para lo que te mereces —sentencio levantándome y yendo hacia el baño.

Abro la ducha para que el agua se vaya calentando. Jake me sigue y se apoya de espaldas en el lavabo, cruzándose de brazos. Le echo un rápido vistazo a su cuerpo esculpido, sus brazos llenos de tatuajes y esos bóxeres que se le adhieren tan bien...

«No, Carla. No vayas por ahí. No es tuyo. Es de todas. Pero admirarlo no me dañará, ¿no?».

—Tienes quince minutos para ducharte y arreglarte. Te espero en el salón. Cuando voy a salir, me sostiene de brazo y arrimándome a su cuerpo, susurra:

—Puede que tenga una resaca de la hostia, pero lo digo en serio, Carla. Te he echado de menos.

—Jake... —le suplico.

—Joder, nena. Me has castrado. Me he vuelto un maldito eunuco —se queja—. He intentado estar con distintas mujeres, pero me ha sido imposible —afirma sosteniéndome de la cara para que vea la verdad en sus ojos—. No pasó nada con aquella morena. —Levanto una ceja y le doy una mirada escéptica—, bueno nada más de lo que vistes.

—Suficiente, ¿no crees?

—Lo sé, lo sé —apoya su frente en la mía y me rodea por la cintura—. Me he comportado como un cabrón. Pero me asusté —declara—. Cuando volvimos a Los Ángeles, necesitaba poner tierra de por medio. Tenía que volver a mi mundo y darme cuenta de que lo nuestro era un simple encaprichamiento. No fue así. En San Francisco puse de mi parte para que desapareciese la dependencia que sentía hacia ti. Intenté estar con distintas mujeres... —sus palabras me dañan, éramos libres, pero imaginarlo con otras, duele—. No pude, Carla —sentencia—. Y así ha sido hasta ahora. Quiero volver a lo que teníamos antes de que la cagase.

—Jake, yo no puedo volver a lo de antes. Ya no me sirve. Necesito más. No soportaría saber que estoy compartiéndote con otras mujeres. Lo siento, intenté que mis sentimientos no fuesen en aumento, pero no se manda en los temas del corazón.

—No lo estas entendiendo, preciosa. Yo también necesito... No, no solo necesito. Quiero más. Este tiempo rodeado de tu presencia pero sin poderte tener esta siendo un puto infierno.

Parece tan bonito para ser verdad, pero hablamos del loco temperamental sin el sentido del compromiso, Jake. Tengo miedo. Miedo a caer rendida a él y que me haga daño.

—No sé qué tienes, pero no puedo dejar de pensar en ti. Soy una persona de excesos y ahora mi mayor vicio eres tú.

Se acerca y muy suavemente captura mi labio inferior entre sus dientes. Pasa sensualmente su lengua, acariciándome. Cuando le respondo y abro la boca, me besa, se me eriza el vello del cuerpo. Este tiempo privada de sus besos, sus caricias..., ha sido como vivir en un desierto y que tuviese a un



palmo de mi mano un oasis y no fuese capaz de acceder a él.

No quiero ser su vicio, cualquier adicción no es sana. Solo quiero una relación tranquila y normal. Aunque sé que eso con Jake es meramente imposible. Él es un torbellino de hombre, que arrasa todo a su paso. Y en este momento me estoy dejando arrastrar por él.

El beso se va tornando más apasionado, siento su miembro endurecerse en mi estómago. Si no paro ahora, sé como acabará la cosa.

—Jake, por favor.

—Nena...

—No tenemos tiempo. Necesitas estar en el estadio, como..., ayer.

—Me da igual todo. Ahora solo importas tú.

—Hablares, lo prometo. Pero, por favor, no es momento, ni lugar — claudica. Se aparta y resoplando como un potro desbocado vuelve a darme un último beso que me deja ida totalmente.

Se dirige hacia la ducha y a través de espejo observo deshacerse del bóxer. Verlo como Dios lo trajo al mundo hace que me corra un escalofrío por el cuerpo y me plantee unirme a la ducha con él.

Lo pienso mejor y salgo rápido en dirección al comedor. Cuanta más distancia haya entre nosotros, menor será la tentación.

Cojo una bolsa de basura y, para mantenerme entretenida y no pensar en el Dios griego debajo del agua, me pongo a recoger las botellas esparcidas.

No sé qué pensar de toda la confesión de Jake. Deseo con todas mis fuerzas que sean verdad sus palabras. Sé que no seré capaz de resistirme a él. A las pruebas me remito. Solo espero que este voto de confianza que le doy no caiga en saco roto.



## Capítulo 18

Al llegar al recinto y tras una reprimenda por parte de Luke y Tim, tanto Jake como Ronnie cogen sus instrumentos y hacen los ajustes necesarios.

Ya en el escenario se transforman en los profesionales que son. Me asombra el poder de reacción que tienen. Hace unos minutos parecían unos despojos humanos y ahora desprenden tal energía que abruman.

Repaso en mi mente sus palabras. ¿Será verdad que en estas semanas no haya estado con ninguna mujer?, ¿soy capaz de confiar en él? Es el mayor dilema al que me haya enfrentado jamás.

Las dos horas de concierto me las paso debatiendo conmigo misma. Cuando salen del escenario entre aplausos, Jake se acerca a mí y como hombre en una misión, declara:

—Nos vamos.

—¿Cómo dices? —le cuestiono.

—Que nos vamos —vuelve a repetir. Posa su mano en mi cintura y girándome en el sitio me guía hacia la salida.

—¿Estás loco?! ¿cómo nos vamos a ir? —le digo intentando ralentizar sus pasos—. De hecho, mírate. Vas a coger una pulmonía. —Bufa. Mira hacia ambos lados, se acerca a uno de los ayudantes e intercambian unas palabras. El chico se quita la sudadera se la ofrece a Jake que se la pone y acercándose a mí, alega:

—¿Contenta? ¿Nos podemos ir de una maltita vez? —pregunta con impaciencia.

—A mí no me vengas con ese tonito.

Lo veo respirar hondo.

—Nena, te dije que teníamos que hablar. ¿Podemos irnos, por favor? —El cambio en sus formas hace que asienta. Respira aliviado y poniéndose la capucha de la sudadera, vamos directos a la salida.

Salimos por una puerta desierta, pero al cabo de unos pasos nos encontramos con la multitud.

Me empiezo a poner nerviosa, vamos los dos solos sin escolta. Si alguien reconociese a Jake, no sé la que se armaría.

Le sostengo fuerte de la mano y le doy una mirada un tanto asustada. Él capta lo que me ocurre, por lo que pasando su brazo por mis hombros arrima su cara al lateral de la mía intentando camuflarse. Quien nos vea desde fuera pensará que somos una pareja que acaba de disfrutar del espectáculo.

No hablamos en ningún momento. Las personas a nuestro alrededor van dispersándose cada una en su dirección. Nosotros seguimos deambulando sin rumbo fijo por las calles de Roma. Cuando estamos cerca del Coliseo, Jake me hace una señal para que vayamos en esa dirección.

A estas horas de la noche, el lugar está desierto. Nos sentamos en unas largas escaleras que están frente al monumento. Lo admiro en silencio, con sus luces anaranjadas. Me encanta esta ciudad, tiene tanta historia y cada rincón para ver. Una pena que no pueda disfrutar de ella un poquito más en esta visita.

—Que preciosidad, ¿verdad? —pregunto a Jake.

—Sí —declara. Me giro a él y observo que no me quita ojo. —Carla, todo lo que te dije en el hotel es cierto.

—No se qué creer, Jake. —Me pasó las manos por la frente y me encojo en mi cazadora vaquera, por el frío de la noche.

Él parece darse cuenta y me arrima más a él pasándome sus brazos por encima y frotando.

—Nena, sé que a causa de mi comportamiento es difícil que confíes, pero, por favor, solo te pido que me dejes demostrarte con hechos lo que siento por ti —murmura con sus labios posados en la cima de mi cabeza.

Me apretujó más a él y susurro:

—Jake, no sé si estoy preparada para entrar en tu mundo y todo lo que ello conlleva.

Anteriormente, cuando simplemente manteníamos encuentros sexuales no me importaba, pero si esto va a ser algo más serio, tengo miedo a todo lo que le rodea. Prensa, fans... Tiene muchos admiradores, pero también muchos detractores. Y ponerme en el foco de atención, no sé. ¿Soportaría que todo el que quiera opine de mi relación?

Me retira unos centímetros de su cuerpo y mirándome a los ojos, declara:

—Ya sabes como es esto, Carla, pero te prometo que te protegeré.

Pienso, pienso durante unos largos minutos. Sé que no tenía elección. Es Jake, lo necesito más que mi próximo aliento.

—¿Y si, de momento, lo dejamos para nosotros solos, sin que nadie se haga eco?

—¿Eso es un sí? —pregunta esperanzado con un brillo en los ojos que nunca le he visto—. ¿Aceptarás ser mi chica?

«Su chica» Me gusta como suena. Asiento con un encogimiento de hombros y una tímida sonrisa.

Jake suelta un grito de dicha y me sienta en sus rodillas. Me besa los labios, los ojos, la cara... Está eufórico y me transmite su estado a mí haciendo que ría como hace semanas que no lo hacía.

—Joder, preciosa, me acabas de hacer inmensamente feliz. No sé cómo hacer esto de novio. Sabes cómo terminó la cosa con Alice... —Al mencionar ese tema, recuerdo a Liam. Pobre. Me quema la punta de la lengua no poderle decir qué es lo que pasó realmente. Pero como no quiero meterme donde no me llaman, callo.

—Bueno, aprenderemos juntos. Yo también soy nueva en tener como novio a una mega estrella de *rock* —confieso con un guiño.

Seguimos besándonos durante un rato. Pero el frío hace que de vez en cuando tirite.

—Mi primera misión como novio es llevarte al hotel, para que entres en calor y hacerte el amor como te mereces.

—Pensé que usted solo sabía follar, señor Russell, que no era hombre de enamoramientos —le digo haciendo referencia a la conversación que tuvimos la mañana después de nuestro primer encuentro.

Me levanto de encima de él y tiro de Jake para poner rumbo al hotel.

—Bueno, las cosas cambiaron cuando apareció una española de lengua afilada y ojos como el chocolate —contesta con un pellizco en mi trasero.

Río y pongo los ojos en blanco. Lengua afilada, dice. Este porque no conoce a Alma, que es la reina del sarcasmo. Yo al lado de mi amiga soy una simple principiante.

La llegada al hotel la hacemos como dos adolescentes impacientes entre risas y arrumacos. Al traspasar la puerta de mi habitación, las cosas se ponen más serias e interesantes.

Le deshago de la sudadera y le quito la camiseta. Recorro mis manos por su torso definido, llegando a mi objetivo. Aprieto su protuberancia por encima de los vaqueros y esta me saluda a través de la bragueta.

Jake se saca con los pies las botas y eliminó las únicas prendas que le quedan. Cuando lo tengo desnudo y a mi merced, me siento poderosa. Aún estoy completamente vestida. Le rodeo con pasos lentos y voy acariciándole con una mano a mi paso. Observo como sus nudillos se ponen blancos al apretar los puños. Se está conteniendo.

Quedo a su espalda, me pongo de puntillas, deslizo una de mis manos por su frente y agarro su miembro erecto. Este pega un respingo a mi contacto y empiezo a masajearlo con un ritmo suave y candente.

—¿Vas a ser solo mío?, ¿podré confiar en ti? —pregunto con lo que pretendo que sea un tono sensual.

No contesta, solo resopla conteniéndose. Por lo que aprieto su pene añadiendo más fuerza.

—Solo tuyo —jadea.

—Buen chico —lo alabo. No sé de dónde me ha salido esta vena dominatrix, pero me gusta.

Lo suelto y plantándome delante de él empiezo a despojarme de mi ropa. Jake intenta ayudarme para acelerar el momento, pero con un gesto de mi mano hago que se quede donde está y sea un simple espectador.

Cuando estoy totalmente desnuda me tumbo en la cama y abriéndome de piernas empiezo a darme placer a mí misma.

Jake se pasa la lengua por sus labios reseco a causa de la expectación y el numerito que le estoy ofreciendo. Con una de sus manos comienza a masturbarse.

No nos hemos tocado, pero el momento me resulta de lo más eróticos, incluso estoy cerca de llegar al orgasmo. Y no es lo que quiero. Cuando culmine será con él enterrado muy dentro de mí.

—Yo también soy toda tuya, ¿sabes? —hablo presa de lo que siento—. Así que quiero que me lo demuestres.

Esas últimas palabras son el pistoletazo de salida para que Jake se lance encima de mí y ataque mi boca.

Nos restregamos calentándonos aún más, pero al cabo de unos segundos, Jake junta su frente con la mía y maldice:

—Mierda.

—¿Qué?, ¿ocurre algo? —pregunto confusa.

—No esperaba que la noche terminase así y no tengo condones —declara abatido.

«¡Oh, vaya!».

Me sorprende a la par que me alegra que el gran Jake, alias Follaneitor no lleve consigo su arsenal de profilácticos.

—Carla, te juro que estoy limpio y no me he follado a nadie después de ti —me informa.

Me muerdo el labio inferior dudando. No sé si creerlo, pero que no estuviese preparado, sabiendo cómo es, hace que llegue a confiar en su palabra.

—Yo también estoy limpia. Me hicieron análisis antes de la gira y has sido el único desde que acepté este trabajo —por no decir en un largo tiempo—. También tomo las pastillas anticonceptivas, así que estamos cubiertos.

—Entonces, ¿puedo?

Asiento y mirándole a los ojos, susurro:

—Puedes.

Me besa, esta vez más lentamente, traspasa una de sus manos entre nuestros cuerpos, se agarra a sí mismo y va introduciéndose en mí muy despacio. No aparta su mirada de la mía en el proceso. Cuando no puede entrar más comienza a moverse con un vaivén suave.

Gimo y recorro mis dedos por su cabello. Lo siento llegar hasta el cérvix. Nunca había tenido relaciones sexuales sin preservativos y me sorprende lo que marca la diferencia una simple capa de látex.

—Dios, Carla. Te siento... —calla y arrugando sus facciones gime—, más. Te siento, más.

—Y yo...

Sus estocadas empiezan a coger más velocidad, pero sin perder la profundidad del momento. Como me prometió, me está haciendo el amor.

Tengo las emociones tan desbordadas que en una de sus acometidas, me declaro.

—Te quiero, Jake.

Por un momento, pierde el ritmo. No pienso retractarme. Me da igual que él aún no sienta lo mismo que yo. Pero no me voy a privar de profesarle el amor que le tengo.

Observo pasar mil emociones por sus ojos azul claro. Le acaricio un lado de la cara y le sonrío.

—No tienes que contestar, estoy bien.

Me vuelve a besar y sus envites se vuelven desesperados.

Cuando culmino, lo hago en un orgasmo interminable. Jake continúa persiguiendo el suyo y al terminar siento cómo se derrama dentro de mí, sin

restricciones. Caemos agotados y sin ninguna palabra apago la luz y me acomodo en su pecho.

Cuando estoy apunto de dormirme le escucho murmurar:

—Te amo, pequeña.

Cabe decir que esa noche duermo con una sonrisa perpetua en mis labios.



## Capítulo 19

### *Jake*

—¿Estás nerviosa? —pregunta Jake.

—Nerviosa, no. Impaciente.

Estamos en Madrid. Ya le comuniqué al equipo que este par de días no me hospedaría en el hotel, pues me quedaría con mi familia en el piso que comparto con mis amigas.

De ahí la pregunta de Jake. Sabe lo unida que estoy a mi gente y tantos meses separados de ellos, pesan.

—Seguro que están felices por verte.

—Sí. Yo también estoy entusiasmada.

—¿Irás luego al estadio? —me pregunta antes de traspasar las puertas de salida.

—Por supuesto —afirmo mientras le doy un beso de despedida.

Es muy reciente nuestra nueva situación como pareja, pero noto como Jake se está esforzando en no cagarla. Dice que es experto en ello. No lo contradigo, ya que he vivido en propias carnes su lado destructivo, pero me alegra que este tomándoselo en serio y poniendo de su parte para que esto funcione.

Cuando salimos, como siempre ocurre, hay cientos de fans esperando a la banda. Me quedo rezagada detrás, mientras los miembros de seguridad van abriendo camino. En un lateral apartado de la muchedumbre, distingo a mi familia.

Corro entre el gentío, como puedo y me lanzo a los brazos de mi madre.

La siento llorar, lo que hace que me emocione a su vez.

—¡Ay, mi niña! Tesoro de mi vida y de mi corazón, cuánto te he echado de menos, pollito.



—Y yo a vosotros, mamá. Y yo a vosotros —le digo separándome de ella y limpiándole las lágrimas derramadas—. ¡Papá! ¡Yaya! —exclamo al verlos en la misma tesitura que nosotras. Los acerco y nos fundimos en un abrazo a cuatro.

Cualquiera que viese la estampa pensaría que vengo de la guerra. Pero en mi familia tendemos a dramatizar. Y tantos meses sin vernos es mucho tiempo. Cuando nos separamos, después de unos cuantos achuchones y arrumacos, echo en falta a alguien.

—Y Tony, ¿no ha podido venir? —hago la pregunta con un deje de tristeza.

—No, cariño. Ya sabes cómo son los turnos.

—Jo... —me quejo con un puchero.

Mi hermano es policía nacional y trabaja a turnos. Pensé que con tanto tiempo de antelación, podría cambiarlo. Está visto que no ha sido posible.

—Carla, no es por quejarme —empieza a decir mi padre —, pero ¿siempre se forma esto cuando llegáis a una ciudad?

—Y más, papá, si yo te contaré...

—Por Dios Santo bendito, hija.

—Tranquila yaya, que no vienen por mí —les digo riendo, en un esfuerzo por tranquilizarlos.

—Me da igual. Metida en el meollo estás. ¿Y si te pasa algo?

—Ay, mamá, ¿qué me va a pasar? Llevamos mucha seguridad.

—No lo veo, Carla. No lo veo —niega mi padre observando el acoso al que están siendo sometidos el grupo.

—Anda, vayamos al piso. Aquí llevan para rato, con los fans.

Me giro y busco con la mirada a Jake.

La verdad es que para alguien que no esté acostumbrado, impresiona ver tanta gente alborotada. Pero es cierto que gracias al equipo de seguridad que llevan, nunca ha habido ningún problema.

Cuando Jake encuentra mi mirada, le hago un gesto de que luego nos vemos, él asiente imperceptiblemente mientras se toma *selfies*.

Al llegar a mi piso, está desierto, supongo mis amigas estarán en el trabajo. Necesitaba volver a mi mundo. Voy directa a mi habitación y me embarga un sentimiento de nostalgia.

Está todo tal cual lo dejé. Es como si el tiempo no hubiese pasado. Cuando en realidad, en estos meses he vivido demasiadas cosas.

—Cariño, he traído salmorejo, que tanto te gusta —comenta mi madre

entrando a la habitación.

—Gracias, mami. En cuanto me dé una ducha y me cambie, me lo como. Tengo que ir al estadio a trabajar.

—¿Tan pronto?, si acabáis de llegar —se queja.

—Lo sé, pero este trabajo es así, mamá. Descansas cuando puedes.

—Ay, Carla. Sé que eres adulta y para ti esto es un sueño. Pero hija, esta vida no es sana. Siempre de allá para acá. Mal comiendo, sin apenas descansar...

Como cualquier madre, la mía es sobreprotectora. Entiendo su preocupación, la vida en gira, es extremadamente agobiante. De ahí que sea una vez cada par de años. No hay cuerpo que aguante este ritmo.

Me acerco a ella y abrazándola, le digo:

—Estoy bien, mamá. Ya quedan pocas semanas para acabar, pero estoy viviendo algo increíble.

—Solo te digo que no tienes necesidad de tener un trabajo así, con Megan estabas muy bien y no recorriendo mundo. ¿No ves que estás más delgada? —añade mientras me da un repaso de arriba abajo.

—Anda ya, pues no será de no comer. Sabes que tengo buen saque. —Arruga el morro, pero lo deja estar. Sabe lo cabezona que soy y, al fin y al cabo, haré lo que me dé la gana.

—Bueno, mientras te arreglas le diré a la yaya que prepare unas tortillitas de patatas y te las llevas.

—Mamá, que allí tenemos comida de sobra. —bufo.

—Pero no será como la que hace tu abuela.

No discuto, porque ahí, lleva razón. Las tortillas de mi abuela son únicas.

Cuando llego al estadio, tras pasar un ratito con mi familia, están preparando todo para el concierto de mañana. He visto que ya hay bastante gente fuera haciendo cola para el evento y se respira nerviosismo.

Con tortillas incluidas, me acerco al escenario. Jake, al verme llegar, les pide un descanso a los chicos y saltando desde el escenario, se acerca a mí.

—¿Qué tal tu familia?

—Asustados, no están acostumbrados a toda la atención que movéis —le comento—. Pero muy bien. Me han cargado con un aperitivo —digo alzando la bolsa con las tortillas.

—Uhm, qué bien huele —dice recogiendo la bolsa con una mano mientras que con la otra tira de mí hacia bastidores.

—Espérate a probarlo. Te vas a chupar los dedos.

Todos los del equipo son conscientes de la relación entre Jake y yo. Pero le pedí, que por favor, cuando estuviésemos trabajando, fuésemos lo más profesionales posible. No quiero ser la comidilla y piensen que por estar juntos me vaya a escaquear de mi trabajo.

Él discrepa y le da igual lo que piensen, pero para mí es importante. Me costó ganarme el respeto. No quiero perderlo por estar con Jake.

Cuando hemos hecho buena cuenta de la comida y tras alabanzas para mi abuela, cada uno empieza a centrarse en sus funciones.

Esa noche, al llegar a casa, estoy molida. Aun así nos dan las tantas de la madrugada, a mi familia, mis amigas y a mí, de ponernos al día, entre risas y anécdotas.



## Capítulo 20

### *Jake*

—Bájale un poco la intensidad al amplificador de Adam —le digo al encargado de efectos y sonido.

—¿Por qué? Yo lo escucho de puta madre —comenta Adam.

—El sonido de tu guitarra se come el tema. Apenas se oye a Josh en la batería.

Adam se quita de malas formas la guitarra y sale, mosqueado, del escenario.

—Sí, será mejor que descansemos —murmuro para mí mismo y haciendo un gesto a Josh y Ronnie.

Últimamente, Adam me esta tocando los cojones de más. Tras el escandalo que causó en Alemania va cuesta abajo y sin frenos.

Ninguno somos unos santos. Pero él se esta descontrolando de tal manera que no es beneficioso para el grupo. Cada cosa que hace corrobora que nos equivocamos en elegirlo como sustituto de Liam.

—Colega, este tío cada vez va a peor —comenta Josh, leyéndome el pensamiento.

Sale tras la batería y, acercándose a mí, le pega un trago a la botella de agua.

—Como no espabile se va a ir a tomar por culo, Jake —dice Ronnie, uniéndose a nosotros, en el borde del escenario.

—Joder. ¿Y qué queréis hacer? ¿Buscar otro guitarrista? Eso no es bueno para la banda —añado exasperado. Sujeto la púa con los labios y me paso las manos por el pelo agobiado.

Mierda. Todo era tan sencillo antes de la marcha de Liam. Maldito sea, que tuvo que joderlo todo.

—No lo sé, Jake. Pero así no podemos seguir. Se le esta yendo la pinza. ¿No lo ves, tío? Todo se la suda —comenta Ronnie.

Cada vez lo tiene más atragantado y es algo que ni si quiera intenta esconder.

—Hablaré con él, ¿de acuerdo? —les digo para que se calmen.

No les falta razón. Adam es buen guitarrista. Sin embargo, no se toma en serio su trabajo, está demasiado centrado en las fiestas y el postureo de ser una estrella de *rock*, que en hacer bien su trabajo.

Nosotros buscamos alguien que roce la excelencia y él dista mucho de llegar a ello.

Por el rabillo del ojo distingo a Carla. La veo correr a toda prisa por la pista y lanzarse a los brazos de un hombre que me es desconocido. Eso hace que tenga mi total atención.

«¡Me cago en todo lo que se menea!».

Entre la situación con Adam y ver como el tipejo ese se toma confianzas, con mi chica, que no le corresponden hace que esté a punto de perder el control y liarme a golpes.

—¿Quién es ese? —pregunta Josh a mi espalda.

Eso quisiera saber yo, ¿quién demonios es ese?

Me bajo de un salto del escenario y enfilo al centro del estadio, donde se encuentran riendo y tonteando.

Cuando Carla me ve, corre por la pista seguida del desconocido. A tal ímpetu llega que cuando está a pocos metros de mí, tropieza y se cae al suelo. Me alarmo y me apresuro a ayudarla, pero con la misma rapidez que cayó, se levanta de un salto, como la mejor de las gimnastas.

—Estoy bien —asegura sacudiéndose las rodillas.

—¿Te has hecho daño? —le pregunto preocupado. Pero por la sonrisa que tiene pintada parece que ha sido cosa de poco. Distingo al tipo que la sigue como se acerca hasta llegar a nosotros descojonándose de risa. Eso hace que me encabrone más y endurecer la mandíbula. Le doy un vistazo, midiéndome con él. Es unos centímetros más alto que yo, pero misma compleción. Concluyo que no es rival, con la mala hostia que gasto en este instante.

—Jake, quiero presentarte a alguien —comenta Carla al llegar a mí.

«Estoy deseándolo», pienso de forma sarcástica.

—Tony, él es Jake —le dice al desconocido—. Jake, él es mi hermano, Tony.

«Espera, ¿ha dicho su hermano?»

—Encantado, tío. Soy un gran seguidor de vuestra música —me dice con un apretón de manos, el cual le devuelvo como un autómeta.

—Eh, igualmente. Y..., gracias. —Toda la tensión que sentía, se me esfuma de repente. «Su hermano» me repito aliviado.

—Mamá me dijo que no habías sido capaz de cambiar el turno —le dice Carla, con un golpe en el hombro a su hermano.

—¿Cómo pudiste pensar que me iba a perder un concierto en primera fila y encima gratis de DarkChord?

—Vaya, gracias por, ya de paso, querer ver a tú hermana.

—Un extra añadido. Soy un tipo con suerte.

—Serás zoquete...

Los veo interactuar entre bromas. Al tener la oportunidad de fijarme más de cerca, compruebo que tienen un cierto parecido. Su piel es igual de morena y comparten el mismo tono, marrón chocolate, de ojos. Aunque los de Carla, son más vivarachos y expresivos.

—Pero bueno, si es el hermanísimo... —oigo como dice Sam, al llegar a nuestro lado.

—Por fin nos conocemos en persona, ¿qué pasa, tío? —responde Tony. ¿Por qué Sam sabe de la existencia de el hermano de Carla y yo no?

—Bombón, viendo a tu hermano, tengo que decirte que te tocaron los peores genes en la familia.

—No te lo tomaré en cuenta, ya que no eres objetivo.

Ríen mientras yo sigo confuso. Empiezo a ser consciente de que apenas conozco nada de la vida de Carla.

¿Qué clase de novio pretendo ser si ni si quiera sabía que tenía un hermano, joder? Como siempre, me he centrado en lo que necesito yo y no he prestado atención a cosas banales, pero que para que lo nuestro funcione, son importantes.

—Si no os importa, mientras trabajáis, me llevaré a Tony para que vea los entresijos de una gira —propone Sam.

—Por mí estupendo. Nos vemos luego, pollito —dice Tony, posando un beso en la frente de Carla—. Ha sido un placer, macho. Mucha mierda, para lo de esta noche.

—Gracias. Espero que lo disfrutes.

Cuando veo como se alejan. Giro hacia Carla y pregunto, arqueando una ceja:

—¿Pollito?

—Como se te ocurra llamarme así, te corto la lengua. A ver cómo eres capaz de cantar después —me dice en plan matona, pero sin lograrlo.

Me río y la estrecho en un abrazo. Mierda, por un momento casi pierdo el control a causa de los celos.

La muy bruja, sin hacer nada, va a terminar por volverme loco.

—No sabía que tenías un hermano —digo retirándome unos centímetros. Poso mis manos en sus hombros y la miro a los ojos.

—Nunca has preguntado —responde restándole importancia.

—*Touché.*

Me vuelvo a cuestionar dónde demonios he tenido la cabeza metida todo este tiempo.

—¿Esta noche volverás a irte a dormir a tu piso?

—Sí. ¿Te molesta? —pregunta agarrándome por la cinturilla de los vaqueros y uniéndome más a ella.

—No, no es eso. Solo que te echo de menos —confieso, recorriendo con mi nariz su cuello. Siempre tengo ganas de ella—. Me he acostumbrado a dormir a tu lado y me cuesta conciliar el sueño.

—Me alegro de ser un buen somnífero para usted, señor Russell — comenta soltando un ligero gemido a mis caricias.

—Oh, nena. Ya me entiendes.

—Lo sé, lo sé —suspira y se aparta de mí—. A mí también me haces falta, pero tenemos todas las noches para estar juntos. Solo puedo disfrutar de los míos unas horitas. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo, preciosa. Pero tenía que intentarlo —respondo presionando un beso en su cabeza.

Volvemos al escenario y descubro que a Adam ya se le ha pasado el berrinche, por lo que proseguimos con el ensayo.

Me fijo en Carla, como da órdenes al resto del equipo y no puedo evitar endurecerme, me pone tan cachondo verla tan mandona... Aún no entiendo qué hace una mujer tan maravillosa como ella con alguien como yo.

No sé gestionar los sentimientos tan fuertes que siento, hacen que afloren inseguridades, de las que antes carecía.

Tengo miedo a no ser suficiente para ella, o que un día aparezca alguien mejor que yo, y se dé cuenta de que no merezco la pena.

Aparto esos pensamientos negativos, que cada vez me atormentan más, y me centro en no perder la melodía que estoy tocando. Lo que tenga que ser, será.



Cuando llega la hora del concierto, como cada noche, lo bordamos. En este en especial me dejo la piel, pues mi chica está en primera fila, disfrutando de la actuación, junto con sus seres queridos.

Apenas soy capaz de sacarle los ojos de encima. Verla tan desinhibida y feliz me gusta.

Al acabar el *show*, la fiesta se traslada al *backstage*. Esta noche no hemos ofrecido pases vip a los fans. La disfrutaremos única y exclusivamente junto a la familia y amigas de Carla.

—¿Tienes frío? —le pregunto al oído a Carla.

Estamos sentados uno al lado del otro, pero por respeto a su familia guardamos la compostura. Me resulta difícil mantenerme alejado de ella, por lo que, disimuladamente, en cada oportunidad que tengo le hago una caricia. De ahí que se estremezca y su piel se erice.

—Eres un demonio, ¿lo sabes? —contesta ella entre dientes.

—¿¿Yo??

—Te recuerdo que mi hermano es policía, si quisiese, estarías en su punto de mira.

—Tu hermano está demasiado entretenido hablando de percusión con Josh para prestarnos atención.

—Sí, pero mi padre no —canturrea.

Miro hacia donde se encuentra el señor Sánchez y descubro como no me quita los ojos de encima. Trago y me enderezo retirándome un poco de Carla. Ella ríe por lo bajo y le doy un pellizco en el culo. Lo cual hace que pegue un respingo.

—Alma, enseñemos a los americanos cómo es una fiesta española —anima Tony a la amiga de Carla.

Lo veo como empieza a tocar las palmas. Enseguida se le unen los demás a seguirle el compás. Alma empieza a entonar la canción *A mi manera*, de Fran Sinatra, en versión flamenco.



Según me cuenta Carla, es una canción de un grupo que se llama *Siempre Así*.

Descubro que Alma, tiene una voz increíble. He oído a cantantes bastante famosos, cantar peor que ella. No sé qué demonios hace trabajando en un banco.

Cuando Carla se anima y se arranca a bailar, solo tengo ojos para ella. Se mueve tan bien...

Estoy embobado admirándola cuando siento que alguien se sienta a mi lado.

—¿Qué te traes con mi niña? —pregunta en español el padre de Carla.

—¿Perdone? —pregunto a su vez atragantándome de la impresión de tener al suegro enfrente.

—Mira, *picha*. Sé que mi niña es mayorcita y estará con quién le salga del potorro. Pero quiero que sepas que te estaré vigilando, y como le hagas daño... Ni la fama ni todo el dinero del mundo, va a impedir que te las veas conmigo.

No tengo ni idea de qué me habrá dicho, pero intuyo que ha sido una advertencia, por lo que asiento un par de vez. Parece convencerle mi reacción, ya que sonrío y me da unos golpecitos en la espalda.

Se me han puesto de corbata.

Es la primera vez que conozco a los padres de una pareja, ya que nunca antes he estado en una relación. Y puedo decir que Antonio es un hombre extrovertido, pero qué serio, acojona.

La noche transcurre entre cantes y algarabía. Los españoles tienen fama de gente alegre y divertida. Y hoy he podido comprobar que razón no les falta.

Ha sido una *postparty* muy diferente a la que estamos acostumbrados, pero en la que no han faltado música, risas y felicidad a raudales.



## Capítulo 21

Las siguientes semanas pasan más rápido de lo que hubiese imaginado.

Estamos en Nueva York, esta noche ha sido el último concierto de la gira de DarkChord.

Tengo sentimientos contradictorios. Por una parte estoy feliz por el trabajo bien hecho y no perder la cabeza en el camino. Sin embargo, otra parte de mí se siente triste. Han sido seis meses de gira en los que he compartido todo mi tiempo con las personas que componen la gira. Y a partir de mañana, nada de eso volverá a suceder.

Tras el espectáculo, nos trasladamos a una discoteca conocida en la ciudad. El ambiente es festivo, todo el mundo está alegre por la acogida que ha tenido el *tour*.

El sonido del champán siendo descorchado me saca de mis pensamientos y hace que vuelva a la realidad.

—Por fin hemos acabado, bombón. Por un trabajo bien hecho —comenta Sam cuando se acerca a mí con unas copas de champán.

Me ofrece una, que acepto gustosa. Brindamos y me la bebo de un trago. Las burbujitas me cosquillen en la nariz.

—Sí... —afirmo melancólica.

Sam denota mi falta de entusiasmo.

—Hey, ¿y esa cara a qué viene? —pregunta.

—Es que..., ya mañana todo será diferente. No más reuniones con los técnicos, no más vuelos interminables con la banda, no más risas, no más...

—¿Eh? Espera, espera. Para ahí, señorita —me interrumpe Sam—. Ha acabado esta gira —recalca—, pero vendrán otras muchas más.

Sacudo la cabeza repetidas veces y niego:

—No lo entiendes, Sam. Sé que habrá más giras, no me cabe la menor duda. Pero yo ya no estaré en ellas, como hasta ahora.

—¿Por qué dices eso? —cuestiona extrañado—. Creí que te había gustado la experiencia como para repetir.

Sam se cruza de brazos y apoya la cadera en la barandilla a mi lado, prestándome atención. Giro la cabeza para mirarlo y la emoción me embarga. Puf, qué de menos lo echaré a él también.

—Sam, mi contrato era única y exclusivamente para esta gira a causa del embarazo y maternidad de Karen. Cuando el grupo vuelva a sacar disco y esté preparado para la siguiente gira, estará de vuelta.

—Mierda, es cierto. —Se rasca la nuca cabizbajo—. No sé, quizá necesite ayuda. Algo se podrá hacer. No puedes abandonarnos. No puedes dejar a Jake —aclara—. Nunca lo he visto tan bien como cuando está contigo.

La simple mención del hombre que ha sabido ganarse mi corazón, hace que rompa en llanto y me convierta en un mar de lágrimas.

—Oh, mi niña. Ven aquí. —Me cobijo en los brazos de Sam y me derrumbo.

—Sam, no sé qué va a pasar a partir de ahora entre nosotros —me cuesta hilar palabras entre los hipidos.

Estas últimas semanas no he querido darle demasiadas vueltas, pero no por ello paran de surgirme dudas. Hasta ahora hemos estado viviendo un cuento de hadas. Pero no sé qué sucederá cuando en unos días tenga que volver a España.

—¿Tú qué crees que va a pasar? —pregunta y sin dejarme contestar, continúa—: Yo te lo diré. Follaréis como conejos, sin interrupciones. Lo vas a dejar sequito, bombón.

Sonrío sin ganas a las ocurrencias de Sam. Me retiro de su abrazo y me limpio las lágrimas que me resbalan por la cara.

—Sam, no seas tonto. La gente no puede mantener una relación estable cuando se encuentran a miles de kilómetros.

—Uy, si yo te contase lo que se puede hacer a través de una *webcam*... —añade con cara de viciosillo.

—No seas cerdo —le regaño, dándole un manotazo que hace que ría.

Cuando ve que no le encuentro la gracia, se pone serio y añade:

—¿No habéis hablado de lo que ocurriría entre vosotros cuando todo esto acabase?

Niego, apartando la mirada.

—Mierda, Carla. Esto os va a destrozar.

—¿Crees que no soy consciente de ello? —pregunto exasperada—. Todo

ha ido tan bien desde que retomamos lo nuestro..., no quería explotar la burbuja.

—¿No has pensado quedarte a vivir en Los Ángeles?

—Sam, se necesita un trabajo para vivir en esa ciudad. No es barata precisamente, que digamos.

—Bueno, por suerte dinero a Jake es lo que le sobra.

—No —niego tajante—. No quiero su dinero. Necesito mi independencia y libertad económica. No voy a ser ninguna mantenida.

—Está bien, está bien. Pero algo se podrá hacer, está lleno de contactos. Seguro que hay un trabajo adecuado para ti.

—No lo veo, Sam. También echo de menos mi país, a los míos. No es algo que me haya planteado, el mudarme.

—Carla, Jake no es conocido por ser paciente —me avisa con una mirada de lastima.

Sé a qué se refiere. Jake no es de los que esperan. Y en qué lugar nos deja eso. ¿Yo en España y él en Los Ángeles? Podría venir a verme de vez en cuando y yo aprovechar fiestas y vacaciones para hacer lo mismo. Pero ¿cuánto tiempo aguantaríamos en esa situación? Sin contar la vida a la que está acostumbrado. No sé si confío lo suficiente en él para mantener ese tipo de relación. Hasta ahora no ha habido muestras para que desconfíe, pero es porque hemos pasado todo nuestro tiempo juntos. Separados a miles de kilómetros... No, no estoy preparada para darle mi absoluta confianza.

Nos sumimos en silencio. Analizo la conversación que acabamos de mantener. Ambos sabemos que cuando vuelva a España esto habrá acabado.

Se me vuelven a encharcar los ojos y Sam pasa su brazo por mi espalda en un intento de reconfortarme, pero no hay consuelo para mi pena.

En esa tesitura nos encontramos cuando se acerca Jake.

—Hey, ¿qué le haces a mi chica para que esté tan triste? —pregunta a Sam apartándolo de mí y rodeándome con uno de sus brazos.

—A mí que me registren —contesta Sam intentando hacer una broma alzando los brazos para aligerar el ambiente.

—¿Estás bien, nena? —pregunta, buscando la respuesta en mis ojos.

—Sí, sí. Tranquilo. Solo estoy un poquito emocional por el fin de gira. —Lo sé, soy una cobarde, pero no quiero abordar un tema tan importante en este momento.

—Esto es una fiesta. Nada de lamentos, ¿me oís? —nos pide mirando entre Sam y yo alternativamente.

Sam y yo asentimos con una sonrisa forzada. Al mirar hacia mi amigo veo en su mirada incertidumbre.

—¿Qué demonios?!

Siento a Jake tensarse a mi lado. Miro hacia donde se pierde su mirada, pero no sé qué ha podido ponerle en este estado de alerta.

Me suelta y sin ningún otro comentario enfila hacia el fondo del local.

Veo que llega al lado de Adam en la barra y tambaleándose se tropieza contra la chica que está a su lado, haciendo que la copa que sostiene caiga y se rompa en mil pedazos.

Sam y yo nos miramos extrañados por el comportamiento de Jake. No había notado que estuviese tan borracho.

La chica, al ver el estado en que se encuentra Jake, sale disparada, mezclándose entre la multitud. Jake pasa un brazo sobre los hombros de Adam y se marchan.

¿En serio, tan poco le importo que ni se preocupa porque me encuentre mal y prefiera seguir de juerga?! Pues me va a oír. Este hoy come arroz con voces, como que me llamo Carla Sánchez.

Me dirijo hacia donde los vi desaparecer. Sam me sostiene por el brazo y pregunta:

—¿Dónde vas?

—¿Que dónde voy? Ya ves lo que le importo a tu amigo.

Me retiro de malas formas de su agarre y continúo avanzando. Sam, como el cotilla que es, vine pisándome los talones.

Cuando giro por uno de los pasillos, lo que encuentro me para automáticamente en el sitio. Jake está encima de Adam moliéndolo a golpes.

«Pero ¿qué narices ha ocurrido?».

Mi amigo se adelanta corriendo y sujetando a Jake por los hombros intenta apartarlo de encima de Adam.

—Eres un cabrón, hijo de puta —brama Jake a centímetros de la cara de su presa.

Salgo de mi estupor e intento ayudar a Sam a controlar al desquiciado en que se ha convertido Jake.

—Por favor, Jake —suplico—. ¿Te has vuelto loco? Lo vas a matar.

Es tal la furia que desprende que ni el agarre de cuatro brazos consigue que cese en su empeño.

En una bocanada de aliento de Jake, Adam consigue escabullirse de la paliza que esta recibiendo.

—Ven aquí, cabrón —escupe Jake.

Conseguimos controlarlo como mejor podemos, pero es difícil, pues en varias ocasiones se zafa de nuestro agarre y vuelve arremeter contra Adam.

—¿Me queréis explicar qué demonios ha pasado? —grita Sam a ambos.

—Es un violador. Vi como le echaba algo en la bebida a una mujer —confiesa Jake, resoplando.

Me quedo impactada de la acusación que acaba de soltar.

Sabía que Adam no era trigo limpio, pero ¿esto? ¿Con qué clase de psicópata hemos estado tratando? Dios mío, me creo a Jake al cien por cien, sé que no inventaría ni jugaría con algo de tal magnitud. Y más teniendo en cuenta que siempre es el que ha sacado la cara por Adam cuando los demás le increpaban su comportamiento.

—Adam, ¿eso es cierto? —En el tiempo que conozco a Sam, nunca lo he visto con el semblante tan serio.

—Es mentira —grita Adam, limpiándose la sangre que le chorrea de la ceja.

—Esto es el colmo, ¿quieres que pidamos al gerente las cámaras de seguridad? —pregunta Jake a voces.

Adam empieza a ponerse nervioso, se siente acorralado.

—Y qué más da. Igualmente hubiese acabado en mi cama —intenta restarle importancia. Pero es algo muy grave lo que ha hecho.

Su confesión hace que una furia irreconocible me traspase todo el cuerpo y lanzándome a él le suelto tal hostia que la cabeza le gira hacia un lado.

—Eres un maldito enfermo —escupo en su cara.

—Y tu qué eres, ¿eh? Eres la puta del grupo —me increpa.

Jake intenta golpearlo de nuevo al oír el insulto. Vuelvo a retenerlo, no merece la pena.

—Da por muerta tu carrera, miserable. Me encargaré de que no vuelvas a tocar en tu puta vida, ¿me oyes? —blasfema Jake.

—Lárgate, gilipollas. Espero, por tu bien, que no vuelvas ha acercarte a nosotros —sentencia Sam.

Cuando Adam desaparece, intentamos serenarnos.

—Cariño, deberíamos ir a curarte esto —le digo a Jake tocando sus nudillos ensangrentados.

—No teníais que haberme parado —murmura con los dientes apretados—. No merece irse de rositas, Carla. ¿A cuántas mujeres no se lo habrá hecho delante de nuestras narices?

—Jake... —suspiro. Es la misma pregunta que me estoy haciendo yo desde que me he enterado—. No podemos atormentarnos. En cuanto has visto lo que ocurría, has actuado —intento serenarlo.

—¿Y quién lo parará a partir de ahora?

—Lo denunciaremos, ¿sí?

No le convence lo que digo, lo veo en sus ojos, pero claudica. ¿Qué más podemos hacer? No podemos tomarnos la justicia por nuestras propias manos.

Volvemos a la fiesta, pero a nosotros tres se nos han ido las ganas de festejar.

Avisamos a Josh y Ronnie de que nos acompañen al hotel. Es necesario que sepan lo que ha ocurrido y estén al tanto de que Adam esta fuera de la banda.

En el hotel, tras relatarles los hechos, Josh no da crédito, mientras Ronnie entra en cólera.

—¿Por qué cojones no me avisasteis? Lo hubiese matado. Hijo de puta...

—Cálmate, Ronnie. Bastante teníamos Carla y yo con sujetar aquí a Hulk.

Miro a Jake. Me preocupa su silencio. Desde que llegamos no ha abierto la boca si no es para beber un whisky detrás de otro.

No sé qué se le pasará por la cabeza, pero conociéndole, debe de estar flagelándose internamente. Él fue el que más apostó por Adam, el que intentó poner paz entre los miembros del grupo cuando empezaron las rencillas.

—Jake, ¿estás bien? —murmuro acariciando su espalda.

Me da una mirada distraída y asiente. Se levanta de su asiento y va directo a la barra de bar que hay en la *suite*. No le saco los ojos de encima. Parezo un halcón siguiendo sus movimientos. Por eso, cuando veo que esparce polvo blanco en la superficie y se hace una raya de cocaína, me acerco como un rayo.

—¿Qué crees que estas haciendo? —pregunto apartándolo del sitio.

Sé que cada vez que tiene oportunidad, consume drogas, pero no será delante de mí y mucho menos con lo atormentado que se siente en este instante. Conociéndolo, sé que empezaría y no sabría cuándo parar.

—Déjame, Carla. Lo necesito.

—No, Jake. No lo necesitas. Solo empeorará la situación.

—¿Tú que sabrás? —me suelta de las formas.

—Por favor... —suplico sosteniendo su antebrazo—. Por favor.

Me mira con la mandíbula apretada. Se pasa la mano por la cara exasperado. En un movimiento violento, barre con el brazo todo cuanto hay

encima de la barra.

—Joderrrrr... —su grito hace que los chicos que seguían discutiendo en los sofás queden en silencio y nos presten atención.

Tras ese arrebató, sale disparado directo al dormitorio, cerrando la puerta tras su paso en un fuerte portazo.

Me muerdo el labio inferior aguantando las ganas que tengo de llorar.

—¿Carla? —pregunta tanteandome Josh.

Me siento de nuevo en mi sitio. Levanto la mano en un gesto de ahora no. No puedo articular palabra o lloraré a moco tendido.

Me duele ver como Jake tiene que recurrir a sus vicios para alejarse de la realidad cuando sabe que me tiene para desahogarse hablando conmigo de todo lo que le agobie.





## Capítulo 22

### *Jake*

No sé qué diablos estoy haciendo. Hoy se marcha Carla a España y en vez de disfrutar de los pocos días que nos quedaban juntos, he tenido metida la cabeza en mi propio culo, como poco.

Tras el encontronazo con Adam, me he mantenido distante con todos los que me rodean, incluida mi chica. No se merece mi comportamiento, pero no sé gestionar mejor todo cuanto ha sucedido.

Cada vez que recuerdo que yo le di alas a ese malnacido y lo apoyé, incluso enfrentándome a mi gente, me destroza. Me siento engañado, vapuleado y asqueado por haber tenido cerca de mí a un ser tan despreciable con una mente tan enferma como es Adam.

Estos últimos días, los pensamientos me han estado atormentando. ¿De verdad no he sido capaz de darme cuenta de lo mezquino que podía llegar a ser?, ¿habrá drogado y abusado de alguna mujer delante de mis narices?

Ninguno de nosotros somos unos angelitos, pero hay algo que ni el más loco de todos puede sobrepasar. No puedes engañar ni forzar a una mujer para que termine contigo. No es no, punto.

—¿Tienes todo preparado? —pregunto a Carla para no seguir el hilo de mis pensamientos.

En la última hora la he visto deambular de allá para acá, guardando sus pertenencias. Yo, como el gilipollas que soy, me he dedicado a sentarme en su sofá y observar, en vez de pedirle lo que más deseo: que es que se quede en Los Ángeles conmigo.

—Sí, creo que está todo —responde distraída.

Da una mirada al apartamento por si dejase algo. Cuando sus ojos se posan en mí, noto la tristeza en ellos.

Durante mi encierro interno, ella ha sido paciente dándome mi espacio. Una vez más me demuestra que es demasiada mujer para una mierda como yo.

—Voy a echar de menos este sitio, a pesar de no haber vivido en él mucho tiempo —comenta sentándose a mi lado.

—Carla...

—¿Sí? —pregunta esperanzada.

—¿A qué hora sale el vuelo? —Mierda, no tengo el valor de pedirle que abandone todo y apueste por mí.

Veo como sus ojos vuelven adquirir ese aire de decepción que le ha acompañado estas últimas horas.

—Eh, a las diecinueve y cuarenta. Aún quedan cuatro horas —responde al fin—. No creo que Morgan tarde en llegar. Todo ese equipaje me llevará un tiempo facturarlo.

—Bien...

«¿Cómo que bien? Gilipollas».

Soy un estúpido, nada está bien. Ese equipaje debería ir directo a mi casa. No a un avión que la separe de mí a miles de kilómetros de distancia. Pero qué puedo hacer. ¿Qué vida puedo ofrecerle cuando me siento a la deriva?

—Jake, no tienes que acompañarme al aeropuerto si no quieres.

—Claro que quiero, ¿por qué dices eso?

La veo tragar y apartar su mirada de mí. No me gusta cuando se intenta esconder de mí. Se centra en las maletas esperando en la puerta y un silencio incomodo nos envuelve.

—He estado pensando —comienza a decir al cabo de un rato—, esto no creo que funcione, Jake.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto acojonado.

—Míranos —nos señala—, apenas somos capaces de mantener una conversación coherente. ¿Qué va a pasar cuando en unas horas estemos en continentes distintos?

—Nena, no. Yo en unas semanas iré a verte, tú cuando puedas también vendrás. Ya lo hemos acordado así.

—Jake, ¿es que no lo ves? Desde hace unos días no te reconozco. Te has encerrado en ti mismo y no dejas que penetre en esa coraza que has interpuesto.

—Yo...

—No, déjame acabar —me pide sentándose de lado para verme mejor—. Estos meses han sido un sueño, pero es hora de que vayamos despertando y

volvamos a la realidad, Jake. Tú no estás preparado para una relación y lo que ello implica. Y yo no tengo ni ánimos ni fuerzas para tirar de los dos.

—Carla, no digas eso. Sé que estos días he estado distante, reconozco que el tema de Adam me dejó tocado, pero se me pasará.

—Tengo miedo. —Veo como sus ojos se encharcan y la sostengo en un abrazo.

—Yo también estoy asustado, pero no te des por vencida, Carla, no termines lo mejor que me ha pasado en la vida.

Capturo su dulce boca y la beso lentamente. Odio las despedidas, pero esto solo es un hasta pronto. Tengo que reorganizar mi cabeza y una vez lo consiga iré a por ella y la traeré donde pertenece. A mi lado, siendo la reina de mi lugar.

Carla se sienta en mi regazo sin apartar sus labios de los míos. Pasa sus pequeñas manos por mi pelo, nos separa unos centímetros y mirándome a los ojos, pide:

—Hazme el amor, Jake. Quiero sentirte antes de marcharme.

—Eso sí puedo hacerlo, preciosa.

Nos desnudamos el uno al otro, cuando nuestros cuerpos se encuentran sin barreras, la tumbo en el sofá. Me poso encima de ella y de una estocada certera la penetro hasta el fondo.

Estar dentro de ella es el mejor puto sitio en el que estaré. Me complementa a la perfección. No tendré vida suficiente para agradecer que la pusiese en mi camino. Soy un hombre complicado, pero por nada del mundo puedo perder algo tan valioso como es Carla para mí.

Sus ruidos me excitan y empiezo a moverme con brío.

La miro a esos ojos del color chocolate fundido que me transmiten todo el amor que siente hacia mí.

—Te amo, Carla. Nunca olvides que eres lo más preciado que tengo — declaro. Ya no es una palabra extraña para mí.

—Yo también te amo, Jake.

—Encontraremos una solución a esto, te lo prometo —le juro.

—Sí... —afirma entre gemidos.

La beso con ansia, con pasión. Un calambre que reconozco empieza a formarse en mi espalda baja. Introduzco una mano entre nosotros y con la punta de mis dedos le masajeo el clítoris. No quiero acabar antes que ella, por lo que con la otra mano estímulo su orificio trasero. Eso hace que sienta como su coño estrangula mi polla. Está cerca, por lo que acelero el ritmo. Al cabo

de unos segundos, Carla grita llegando al clímax.

Su belleza me abruma y consigue arrastrarme a un orgasmo demoledor. Me derramo dentro de ella y caigo rendido en su pecho, entre jadeos.

Siempre he disfrutado follando, pero desde que le declaré mis sentimientos a Carla supe lo que es hacer el amor. Y puedo decir que es una sensación de plenitud en la que nada más importa.

—¿Estás bien, nena? —pregunto apartándole el pelo de la cara.

Sonríe picara y contesta:

—Esto sí es una despedida en condiciones.

Soltamos una carcajada al unísono y la vuelvo a besar.

Joder, ¿qué voy hacer sin ella a mi lado? ¿Cómo sobrellevaré la distancia? Solo el tiempo lo dirá.



Hace tan solo un semana que Carla voló a Madrid y ya se me hace un putito su ausencia.

He intentado estar entretenido, saliendo con la moto, componiendo o haciendo ejercicio, pero nada ha servido para que la eche de menos. Pienso que va a ser más duro de lo que creí en un principio.

Llaman al timbre, me levanto de sofá, donde estoy jugando a la consola y abro a un Ronnie sonriente y lleno de energía.

—¿Qué haces, cafre?

—Hola a ti también, capullo.

Entra como si estuviese en su propia casa y va directo a la cocina a por una cerveza. La abre y de un trago se la bebe entera, por lo que coge otra.

—¿A qué has venido, a acabar con mis suministros? —pregunto cruzándome de brazos y arqueando una ceja.

—Estaba seco, tío.

—Ya veo...

—Hay un nuevo local que inauguran en Hollywood Hill, venía a ver si te apetecía sacar tu culo de nenaza y ver qué tal.

—No sé, tronco. Sabes que tengo mis horas para hablar por videollamada con Carla.

—No me jodas. Pues llámala ahora.

—Ronnie, hay una diferencia horaria de ocho horas. Allí deben ser las... —me miro el reloj—, cuatro de la madrugada.

—Calzonazos...

Sé que él no lo entiende, pero si tuviese a una mujer tan maravillosa como Carla, también estaría perdido.

Pienso que una noche con los colegas es lo que necesito, si no, terminaré volviéndome loco.

—Está bien, iré. Pero espera que me cambie.

—Cojonudo. Mientras, yo compartiré tiempo con esta —comenta agitando la lata de cerveza.

Mientras subo a mi dormitorio a pegarme una ducha, escribo a mi chica. A las muy malas estaré de vuelta justo cuando ella se haya levantado.

El nuevo sitio, como dijo Ronnie, no deja indiferente. Está decorado como si fuese una selva, incluso han recreado un volcán en mitad del local rodeándolo de una barra circular llena de camareros.

Nos acercamos a ella y pedimos un whisky. Entablamos conversación con unos conocidos cuando con unos toquecitos, Ronnie llama mi atención.

—¿Ese de allí no es Liam?

Miro donde señala y efectivamente es él. Llevo más de un año sin verlo. Un nudo se me forma en la boca del estómago. Aún no he superado su traición.

Veo que está con una mujer, la cual está de espaldas a mí. Pero en un movimiento que hace la chica, me quedo tan impactado que creo que es una puta broma.

—¡Me cago en la puta!

Avanzo furioso, seguido de Ronnie. Una vez que llego donde se encuentran, sostengo a Sídney del brazo y le doy la vuelta.

—¿Qué cojones haces con este, Sídney? —pregunto a mi hermana, apartándola de Liam.

—¡Jake! —La noto asustada—. ¿Qué haces aquí? No sabía que vendrías.

—Pues ya ves que sí. Contesta a mi pregunta, Sídney, ¿qué haces con Liam? ¿Te está molestando? —vuelvo a preguntar interponiéndome entre ellos dos y encarando a mi examigo.

Percibo como Liam no se amilana. «Oh, tío. No me jodas o estarás perdido».

Ronnie se pone a mi lado protegiendo a Sídney también. Al vernos a los dos, Liam se cruza de brazos, saca pecho y sonrío como la mierda que es.

—Largo si no quieres que te saquemos nosotros —le amenaza Ronnie.

—¡Estáis tontos o qué os pasa! —exclama Sídney.

—Hermanita, tranquila. Nosotros nos encargamos —la calmo.

—De qué te vas a encargar, estúpido. No me está molestando. Es más, he venido con él —confiesa.

Sale de nuestra protección y se acerca al lado de Liam. Veo como entrelazan sus manos y no puedo estar más descolocado.

—¿Qué estas intentando decir, Sídney? —pregunto lo más controlado que la situación me permite, que no es mucho, la verdad.

—Eres listo, Jake. No creo que tenga que deletreártelo —responde envalentonada.

—Sídney, vayámonos a casa antes de que termine de cabrearme —advierdo, porque no me gusta por dónde van los tiros.

—Hazle caso a tu hermano, nena. Más tarde hablamos —le dice Liam a ella lo suficientemente alto para que me entere.

Espera. ¿Ha dicho nena?

—Se acabó. Nos vamos. —Engancho la mano libre de Sídney y tiro de ella, pero como buena hermana mía, es una cabezota y no da su brazo a torcer.

—No, Liam. Se acabó el escondernos. Estoy harta de esta situación —dice mirando a Liam, gira su cabeza y fijándose en mí, declara—: Jake, Liam y yo estamos juntos.

—Bajo mi cadáver que lo estás —le grito, la gente a nuestro alrededor nos mira. Pero están acostumbrados a este tipo de situaciones, que vuelven enseguida a sus conversaciones—. Deja de decir gilipolleces y no me toques las pelotas.

—Sídney, haz caso a tu hermano antes de que le partamos la cara a tu amiguito —le aconseja Ronnie.

—¿Tú y quién más, capullo? —pregunta Liam mientras se encara a Ronnie. Los veo medirse nariz con nariz, mientras yo le doy una mirada de muerte a mi hermana.

—Donovan, por esta vez lo pasaré, pero aléjate de mi hermana o cualquier miembro de mi familia. Una vez aviso, la segunda actúo.

—Me tienes hasta aquí, Jake —Sídney hace un gesto con su mano en su cabeza—. Te estás comportado como un auténtico gilipollas con Liam y no se lo merece.

—¿Que no se lo merece? —pregunto entre dientes a mi hermana—. ¿Quieres que te refresque esa cabecita? Este hijo de puta, dejó morir a una persona importante para mí, Síd. Lo que me duele es verte con esta chusma —concluyo con una mirada asqueada.

Nunca imagine que Síd se aliase a alguien que me ha apuñalado por la espalda.

—No fue él, Jake. Liam no iba en el coche esa noche. Era yo —grita al fin, Sídney.

Sus palabras se entremezclan con el ruido del local y la música elevada. Pero las oigo a la perfección, el problema es que no las quiero entender.

—No, por favor Sídney, no es necesario —le suplica ahora Liam.

—¿Qué quieres decir, pequeña? —pregunta Ronnie totalmente descolocado.

Agradezco la pregunta de mi amigo, pues a mí no me salen las palabras. Solo miro totalmente decepcionado a mi hermana.

Síd comienza a llorar si apartar su vista de mí. Veo la verdad en sus ojos, pero no quiero creerlo. Veo como mueve sus labios, pero no registro lo que dice. No hace falta, acabo de entender la situación. Mi corazón se congela.

Más de un año, más de un maldito año me ha estado mintiendo. Viendo como todos hemos sufrido con la supuesta traición de Liam, con su marcha de la banda. Intentando recomponernos. ¿Por qué? Porque tenía miedo de mi reacción, según dice.

Me alejo unos pasos. Mi hermana intenta acercarse, pero la aparto. No quiero que me toque, la quiero muchísimo, pero en este momento no puedo ni mirarla a la cara.

Me giro y apartando a la gente que disfruta de una noche de fiesta, salgo como alma que lleva el diablo del local.

Sídney siempre ha sido una chica caprichosa, malcriada, pero de buen corazón. Nunca imaginé que su puto egoísmo llegase afectarme a mí directamente.



## Capítulo 23

Vuelvo a pulsar el nombre de Jake en el teléfono. Nada. Apagado o fuera de cobertura. Me estoy empezando a poner nerviosa. La última noticia que tuve de él fue el mensaje que vi cuando me desperté.

Son las diez de la noche, no he querido ser muy insistente a lo largo del día, por si por la diferencia horaria estuviese durmiendo. Y más teniendo en cuenta que me informó de que saldría con los chicos, pero no es propio de Jake que ni si quiera me escribiese cuando llegó o me informase que más tarde hablaríamos.

—¿Aún no sabes nada? —pregunta Elsa, asomándose a mi cuarto.

Niego y dejo el teléfono móvil en la mesita comprobando que esté a tope de volumen.

—No te preocupes, Carla. Estará durmiendo la mona. Ya sabes cómo son cuando salen —intenta tranquilizarme.

—Sí, supongo —contesto no muy convencida.

Sé como se las gastan, se habrá bebido hasta el agua de los floreros. Aun así, me sigue pareciendo extraño su silencio.

Sigo a Elsa a la cocina, allí esta Alma tomándose un Colacao.

—¿Quieres que te prepare una leche calentita? Te ayudará a dormir mejor —ofrece Elsa cuando traspasamos el umbral.

Asiento. Me apoyo en la encimera de la cocina y mirando a las chicas pregunto:

—No le habrá pasado nada, ¿no?

—Sí, que tendrá una resaca de la hostia —responde Alma con la boca llena de magdalenas—. De verdad, Carla. Tú mejor que nadie sabes las juergas que se corren estos tíos.

—Ya..., pero no sé. Tengo un mal presentimiento todo el día —les informo tocándome el estómago.



—Serán gases. Cuatro pedos bien tirados y como nueva, nena —suelta Alma. Se levanta de la mesa, aclara su vaso y lo mete en el lavavajillas.

Pongo los ojos en blanco. A lo lejos oigo la melodía de mi móvil. Salgo disparada a mi dormitorio y sin ni si quiera mirar quién es, contesto:

—¿Jake?, ¿hola?...

—Carla.

—Ah, hola Sam. Pensé que serías Jake. ¿Qué tal? —pregunto un poco desanimada.

—Escúchame, Carla. Ha sucedido algo.

—¿Cómo?, ¿qué ha pasado? —pregunto alarmada.

—A ver, esto...

—Sam déjate de rodeos dime qué pasa, es Jake, ¿verdad?

—Sí. —afirma. Lo sabía, sabía que algo no andaba bien—. Carla, Jake ha sufrido una sobredosis y esta ingresado en el hospital.

Me quedo helada a sus palabras. Las piernas comienzan a temblarme, por lo que me siento en la cama. Debo de haber oído mal a Sam. ¿Una sobredosis? No. No puede ser.

—Me estás mintiendo. Dime que es una broma de la tuyas, por favor —suplico con la voz tomada.

—Carla, cariño. ¿Crees que bromearía con algo así?

—¿E-está bien? Dios mío, Sam... —empiezo a llorar desconsoladamente. Eso hace que las chicas acudan a mi habitación.

Al verme en tal estado, Alma me arrebató el teléfono y mantiene una conversación con Sam, mientras Elsa me abraza. Me cobijo en ella y niego intermitentemente.

—No puede ser. No puede ser posible —repito sin descanso.

Lo que a partir de ese momento ocurre, pasa como un borrón. No recuerdo bien cómo preparé el equipaje o ni si quiera sé si llevo equipaje. Solo sé que estoy sentada en un avión rumbo a Los Ángeles.

Todo el camino me lo paso rezando. Alma me contó lo poco que le ha dicho Sam. Lo encontró su hermana en su casa inconsciente a causa de mezclar cocaína con fentanilo.

¿Qué demonios es el fentanilo? Busqué en la red y leí que es un opioide cincuenta veces más potente a la heroína y superior a la morfina. «Virgen Santa, Jake. ¿Qué has hecho?»

Tras nueve largas horas, aterrizamos en el aeropuerto LAX. Nada más traspasar la puerta de embarque, encuentro a Sam. Corro a su encuentro y me

sostiene en un fuerte abrazo.

—¿Cómo está? —Es lo que más preocupada me ha tenido todas estas horas incomunicada en el vuelo.

—Bien, está bien. Por suerte, lo encontraron a tiempo y los médicos le hicieron un lavado de estómago y pudieron estabilizarlo.

—¡Gracias a Dios! —exclamo un poco más aliviada—. ¿Qué más?, ¿está consciente?, ¿habéis podido verlo, hablar con él? —pregunto atropelladamente mientras vamos dirección al aparcamiento.

—Sí, está consciente. Pero muy atontado —me informa—. Carla, ha estado cerca de irse al otro barrio —me confiesa, lo que hace que la sangre se me hiele aún más—. Te aviso, porque no quiero que te pille de improviso. No sé cómo, pero la prensa se entero rápidamente y el lugar está atestado de reporteros. Escucharás todo tipo de especulaciones, pero por suerte está fuera de peligro y no ha dañado ningún órgano —concluye.

Todo me da igual. Solo quiero llegar y verlo con mis propios ojos. Que le den a la prensa.

Aún no salgo de mi estupor. Sabía que Jake podría consumir drogas, no es algo que aprobese. A causa de ello hemos discutido en más de una ocasión. Lo que nunca imaginé es que fuese asiduamente. ¿Tan ciega he estado?

Tras montarnos en el coche, vamos directos al hospital. Como bien me ha avisado Sam, está atestado de medios de comunicación intentando saber más de lo ocurrido. Por suerte, vamos directos al aparcamiento subterráneo y evitamos cualquier encontronazo con ellos.

En el ascensor dirección a la planta en que se encuentra Jake, mi nerviosismo aumenta. Ha pasado casi un día desde que me dieron la mala noticia, pero aún no se me ha ido el susto del cuerpo.

Cuando salimos, encuentro en el pasillo a Ronnie, Josh y Tim. Los saludo con un simple gesto de mano y entro a la sala de espera. Allí están, Peter, el padre de Jake, Sídney y ¿Liam? Ahora comprendo por qué el grupo no está en este cuarto.

Me acerco rápido a Sídney, es a la que más conozco y la que encontró a Jake. Necesito saber de primera mano en qué circunstancias estaba. Ella, al verme, se levanta y llorando empieza a decir:

—Es culpa mía, Carla. Yo soy la culpable de que a Jake le haya ocurrido esto.

La abrazo e intentando que se serene, contesto:

—Sí, ¿por qué dices eso? Aquí el único culpable es él y su mala cabeza.

—No, no. Fue mi culpa. Lo encontré en una fiesta. Nos pilló juntos a Liam y a mí. La cosa se descontroló y acabé confesando qué ocurrió la noche del accidente. Se marchó muy enfadado, por eso a la mañana siguiente fui a su casa —me informa sorbiendo y sin parar de llorar.

Una rabia incomprensible me corroe entera. Joder, ha tenido más de un año para contárselo. Ya que ha esperado tanto, debería de haberlo preparado. Sabía que esto acabaría mal. Intento controlarme y no estallar contra ella. Como le he dicho, el único culpable es Jake.

—Te vuelvo a repetir que él es mayorcito para saber gestionar los problemas de otra manera —le hago saber retirándome de ella.

—Gracias, Carla. Gracias por tu comprensión.

—No me las des, estoy muy enfadada contigo, Sídney. Deberías de haber resuelto mejor toda esa situación —la censuro acercándome a su padre.

—Hola, Peter —le saludo con un abrazo que me devuelve.

—Hola, preciosa.

Tiene los ojos enrojecidos a causa del cansancio, pues tiene un semblante preocupado.

—Me gustaría, si es posible, ir a verlo.

—Por supuesto. Solo dejan a un familiar en la habitación con él. En este momento está su madre. Seguro que se animará con tu visita.

Asiento y lo sigo hacia la habitación de Jake.

Cuando nos paramos en una puerta, llama con sutileza con los nudillos. Una mujer rubia y preciosa nos abre de inmediato. Debe de ser Danna, la madre de Jake. Al encontrarse con mi mirada veo reconocimiento en sus ojos.

—Oh, cariño. Debes de ser Carla —dice saliendo de la habitación y envolviéndome en un abrazo—. Tenía tantas ganas de conocerte.

—Encantada, señora Russell. Ojalá y hubiese sido en otras circunstancias.

—Llámame Danna y sí, llevas razón. Por suerte ha quedado en un susto —comenta aliviada—. Pasa, está medio dormido, pero seguro que se alegrará mucho de verte. No ha parado de hablar de ti.

Sonríó sin muchas ganas, pero no quiero ser descortés. Cuando paso a la estancia, está en la semioscuridad, solo hay un punto de luz en la parte superior de la cama donde esta postrado Jake.

Desde mi posición lo miro a conciencia, lleva un camisón de hospital azul claro, el pelo lo tiene pegado a la frente, y veo en su brazo derecho una vía conectada a unas bolsas de medicamento o suero en lo alto de su cabeza.

Suelto un suspiro al verlo vivo. Se me han pasado miles de cosas por la cabeza hasta llegar aquí.

Con paso lento, me acerco a una silla al lado de la cama, cuando estoy a punto de sentarme, veo como abre sus ojos azul claro. Noto que están apagados. Tiene ojeras debajo de estos.

Está hecho una piltrafa. Verlo en semejante estado me hace ver la magnitud de la situación. Parpadea repetidamente y con la voz más ronca de lo normal, murmura:

—Carla...

—Te voy a matar, Jake. —No era eso precisamente lo que pensaba decirle nada más verlo, pero he estado tan asustada hasta llegar a él, que es lo único que me sale.

Jake cierra los ojos avergonzado.

—Nena, no me tortures tú también. Ya he tenido bastante con el sermón de mi madre. —Su voz esta rasposa a causa de los tubos que tuvieron que meterle en la garganta.

Lo miro en silencio durante unos largos segundos, pero tenerlo delante y ver que se encuentra bien, hace que suelte toda la tensión acumulada y, tapándome la cara con las manos, suelto todo lo que llevo dentro.

Las lágrimas me empañan la cara y las manos. Necesito soltar todo lo que siento. Jake, al verme en esa tesitura, maldice.

—Joder, nena. Por favor, no llores.

—No puedo parar —digo entre balbuceos—. No vuelvas hacerme pasar por algo así o te juro que seré yo la que acabe contigo —confieso intentando controlar el llanto.

Con el brazo izquierdo, Jake se tapa la cara y resopla. Sé que está pensando en lo cerca que ha estado de morir y lo que esta situación supone para todo los que le queremos.

Me levanto de mi sitio y me tumbo en la cama a su lado. No debería de hacer eso, pero necesito sentirlo cerca. Saber que lo tengo aquí.

Al notar mi cuerpo junto al suyo, pasa su brazo y aferrándome a su costado me pega a él. Nos sostenemos a la vez. Apoyo mi cabeza en su pecho. Escucho los latidos de su corazón y eso me basta para encontrar un poco de paz.

Oigo como sorbe por la nariz, levanto la cabeza y veo como una hilera de lágrimas se deslizan de sus ojos perdiéndose en la almohada. Me inclino y limpiándole la cara, le doy un suave beso en sus labios resecos.

—¿Por qué, Jake? ¿Por qué has llegado a este punto? No sabía que tuvieses tal adicción —pregunto con la pena que me embarga.

—No soy un adicto, Carla —aclara. Algo en lo que yo discrepo—. Simplemente mezclé lo que no debía y se me fue la mano. —La mano le voy a echar yo al cuello, como se le ocurra volver a meterse algo—. Tras enterarme de lo de mi hermana... No sé, dolía demasiado. Solo quería adormecer un poco todos los demonios —dice tocándose el pecho, como si aún sintiese ese dolor—. He estado haciendo todo mal, nena. Primero con Liam, después Adam. Y ya la gota que colmo el vaso fue la confesión de Sídney —se sincera. Dejo que prosiga. Prefiero que saque todo lo que le duela y solucione sus problemas hablando. No que se le enquisten y termine así—. Me comporté como un cabrón con mi mejor amigo, cuando él solo estaba protegiendo a mi hermana. ¿Tan ogro creen que soy para no sincerarse en aquel momento? —pregunta melancólico.

—Sídney tenía miedo, cariño, pensó que su relación con Liam rompería vuestra amistad, pero lo que hizo terminó por romperla igualmente —le comento—. No la estoy justificando, estuvo mal. Cuando me lo contaron les dije...

—¿Tú lo sabías? —me corta de inmediato a lo que asiento—. Mierda, Carla. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Jake, no era quién para contar algo que no me incumbe.

—¿Desde cuándo? —pregunta molesto.

—Cuando fui con mis amigas a Las Vegas.

—Joder, eso fue hace un siglo. No tenías derecho a ocultármelo —acusa enfadado.

—Oye, encima no te cabrees conmigo. Yo en este tema no pinto nada —le digo retirándome.

—Lo siento, lo siento. Es cierto —claudica sosteniéndome antes de que me aparte del todo—. Ven aquí. No te levantes.

Me vuelvo a tumbar a su lado. Cuando siento que se ha calmado, comento:

—Ahora no pienses en nada de eso. Intenta recuperarte. Ya mantendréis una conversación los tres. Pero creo que Liam merece una disculpa tanto por tu parte, como de los demás.

—Sí... —murmura.

—Descansa, cariño —le pido bostezando a la vez. He estado más de 24 horas sin dormir. Y el agotamiento ahora que se que esta bien, va haciendo estragos.

- No te irás, ¿no? —pregunta un tanto asustado.  
—No. Me quedaré a tu lado.  
—¿Siempre? —pregunta.  
—Sí —susurro siendo alcanzada por los brazos de Morfeo.



## Capítulo 24

—Creo que deberías hacer caso de la recomendación del médico, Jake.

—No voy a ir a un loquero, Carla. Fin de la discusión —sentencia Jake mientras se afeita.

—¿Quién esta discutiendo? —pregunto desde mi posición sentada en el inodoro, mirándolo a través del espejo—. Pienso que has vivido una situación traumática y deberías rodearte de expertos. Los terapeutas y psicólogos están especializados para ayudarte. No es ninguna deshonra acudir a ello. Es más, creo que es algo necesario.

—¿Qué no has entendido de que yo no tengo ningún problema?

—Jake, si no tuvieses ningún problema, no estaríamos aquí, en primer lugar.

—Joder, nena. Se me fue la mano. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Llevamos más de una semana en el hospital y hoy por fin le dan el alta a Jake. Cuando esta mañana pasó el médico y, tras una larga charla, le sugirió que sería conveniente que viese a un terapeuta experto en drogadicción. Claro está que Jake se negó en rotundo. En una de las visitas, el doctor Brown nos dijo a los padres de Jake y a mí, a solas, que si por él fuese lo mandaría directo a rehabilitación, pero conociendo el carácter de Jake ha suavizado la situación y simplemente ha optado por recomendarle visitar a un especialista en estos temas.

Si preguntan mi visión de la situación, concuerdo con el doctor. Me da igual que consuma esporádicamente y no lo necesite a diario. Pienso que tiene un problema tanto con las drogas como con el alcohol. Hay muchas clases de adictos, no solo lo son los que recurren a ellas con asiduidad.

—Se te fuese o no la mano, solo sé que casi estiras la pata, Jake. Así que no me vengas con que no hay ningún problema —añado mosqueada saliendo del baño.

Recojo la ropa de encima de la cama, que le traje su madre y vuelvo al baño. La dejo en la taza y lo miro aclararse la espuma restante de la cara. Tiene el entrecejo fruncido. Entiendo que esta situación no es fácil para él. Pero tampoco lo es para nadie que le rodea. No hay más que desee en el mundo que no necesitase ayuda, pero por desgracia no es el caso. Pienso que tiene que coger las riendas de su vida y tener claro qué quiere en ella. Porque por mi parte no voy a permitir esa actitud autodestructiva.

Puede que por su condición de estrella de *rock* o el mundo en el que se mueve, pueda casar a la perfección ese tipo de adicciones, pero no todos los roqueros son unos alcohólicos o drogadictos. Creo que eso va en la persona, no en el estilo de vida.

Termina de asearse, se da la vuelta y apoyándose en el lavado, confiesa:

—Nena, no te das cuenta que mi mejor cura es tenerte a mi lado.

«Mira que es zalamero», pienso poniendo los ojos en blanco.

—Cariño, me siento halagada, pero has pasado por mucho últimamente. En serio, pienso que sería bueno si lo hablastes con alguien.

—Ya lo hablo contigo —comenta como un niño pequeño.

Cabeceo y con una sonrisa me acerco a él. Enredo mis brazos alrededor de su cuello y le propongo:

—Hacemos una cosa, yo te acompaño a la primera sesión y si te sientes incómodo o crees que será una pérdida de tiempo, prometo no insistir.

Lo veo dudar. Esparzo pequeños beso por su rostro. Uhm, me encanta su olor. Es una mezcla entre loción de afeitar más Jake.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo? —«Bueno, eso ya es algo» pienso—. Preciosa, no sigas o te subiré al lavabo y te follaré como estoy deseando hacerlo. Llevo un par de semanas sin estar dentro de ti y eso sí que es un puto infierno.

Desliza sus manos a lo largo de mi espalda y posándolas en mi trasero me aprieta a él. Siento su protuberancia a través de la toalla, dura y lista. Gimo mientras escondo mi cara en el hueco de su cuello respirando hondo e intentado deshacerme de la calentura que me causa estar pegada a él.

Mete su mano por la parte trasera de la cinturilla de mi pantalón y me masajea las nalgas desnudas. Cuando siento su mano descender e ir a un lugar prohibido, lo doy el alto:

—Jake, para.

—Vamos, nena, uno rapidito —susurra en mi oído.

—No, aquí no.



—¿No te pone hacerlo en un hospital? —pregunta sugerente—. Podrías ser mi enfermera sexi.

—Sí. Y tú el enfermo escalabrado del mamporro que le voy a dar —contesto zafándome de sus avances.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —cuestiona confundido.

—¿Enfermera sexy? Qué básicos sois los hombres, de verdad —le reprocho saliendo a la habitación.

Jake me sigue y añade:

—Tiene su morbo.

Le doy una mirada levantando una ceja. En ese momento se abre la puerta y entra una enfermera bajita y de avanzada edad con pinta de mala leche.

—Señor Russell, aquí tiene su parte de alta. Cuando se haya adecentado es libre de marcharse. Y espero, por su bien, que sea más inteligente y no volverlo a ver por aquí en las mismas circunstancias —le reprende con una mirada desdeñosa.

Veo como Jake es intimidado por la pequeña enfermera. Me hace gracia ver a un hombre que ha visto y hecho demasiadas cosas para su corta edad, cómo se amedrenta por una mujer que podría ser su abuela.

—Espero que le hagas caso a tu enfermera, cariño —le digo poniendo especial énfasis en la penúltima palabra.

El capta mi indirecta, pues veo como un escalofrió le recorre el cuerpo, temblando ligeramente. Creo que acaban de desaparecerle las fantasías de la enfermera sexi de un plumazo.

Una hora más tarde, Morgan nos lleva a casa de Jake. Allí se encuentra la banda al completo y su familia.

Todo el mundo saluda a Jake con especial alegría, pero noto como Sídney sigue sentada en uno de los sillones, frotándose las manos con nerviosismo. Cuando Jake termina de recibir las muestras de cariño de todos, se acerca al lugar donde se encuentra su hermana y se agacha frente a ella en cuclillas.

—¿Qué pasa hermanita, tú no te alegras de verme? —le pregunta con una sonrisa ladeada.

—Oh, Jake..., perdóname —le suplica Sídney lanzándose a sus brazos, lo que hace que pierda el equilibrio y terminen los dos en el suelo.

Jake, le da un beso en la cabeza y estrechándola en un fuerte abrazo, le pide:

—No, pequeña. Perdóname tú a mí. También necesito disculparme con ese novio tuyo. —Y mirando a sus amigos y compañeros de grupo, añade—:

Es más, creo que todos le debemos una disculpa.

Todos asienten y agachan la cabeza avergonzados.

Me embarga un sentimiento de orgullo hacia ellos, al saber rectificar su error. Conozco a Liam de a penas dos encuentros, pero creo que es el más damnificado en toda esta situación. Lo mínimo que se merece es una disculpa y volver al lugar al que pertenece como miembro de la banda.

Me seco un par de lagrimillas que se me escapan cuando siento que alguien se acerca a mí.

—Carla, estoy muy agradecida de todo lo que estas haciendo por mi hijo —me dice la madre de Jake emocionada.

—El mérito es solo suyo, Danna. Yo no estoy haciendo nada.

—Sí, cariño. Estás haciendo lo único que mi hijo necesitaba. —La miro extrañada y agrega—: Amarlo. Y eso hace que Jake aprenda a ser mejor persona.

Presiona mi mano en una señal de gratitud y afecto, que le devuelvo encantada.

Los chicos de la banda han traído todo lo necesario para hacer una barbacoa. A pesar de estar a últimos de noviembre, la temperatura es agradable y podemos disfrutar en el jardín.

Percibo como Jake está feliz rodeado de los suyos, sin presiones de sentirse cuestionado. Una de las veces me pilla en mi escrutinio y me dedica un guiño, que le devuelvo con una esplendida sonrisa.

Cuando ha anochecido, la familia de Jake se marcha, no ocurre lo mismo con los chicos. No es que los quiera echar, pero tengo ganas de descansar. Ha sido una semana durmiendo en un sofá, en el hospital, que por muy cómodo que sea, no es una cama.

—Chicos, es muy grata vuestra compañía, pero yo me voy a acostar —les comunico levantándome de la mesa y recogiendo lo poco que queda.

—Uhhhh —me abuchean a coro Ronnie, Josh y Sam.

—Ya habéis oído a la señorita, va siendo hora que os piréis —les informa Jake haciendo el amago de levantarse.

Poso mi mano en su hombro impidiendo que se levante y añado:

—Por mí no tienen que irse, tú quédate. Yo es que no doy más de mí. — Conforme lo digo se me escapa un largo bostezo.

Acepta y retoman la conversación.

Entro en la cocina y dejo todo en la encimera. Bah, ya se limpiará mañana. Subo a la habitación de Jake, donde dejé mi pequeña bolsa de viaje,

con las prisas, cuando recibí la noticia de la sobredosis de Jake, apenas me dio tiempo a preparar lo indispensable. Saco el pijama y me voy directa a darme una ducha.

¡Dios, creo que me voy a quedar dormida de pie!

Me desvisto y cuando el agua esta a la temperatura perfecta, entro en la gran ducha.

Me recreo debajo del agua, cuando llevo un rato relajándome, siento unas manos que me sostienen por las caderas a mi espalda. No tengo que girarme para saber que es Jake. Me inclino hacia su cuerpo apoyándome en él. Ahora sí estoy en la gloria.

—Pronto te has deshecho de los chicos —murmuro con los ojos cerrados.

—¿Crees que sabiendo que estás aquí, iba a preferir pasar el rato con esos cafres? —pregunta lamiendo mi cuello.

Estira una de sus manos, alcanza el gel y se echa un poco en la mano. Las frota entre sí hasta que hace espuma y las empieza a pasar suavemente por mi cuerpo.

A pesar de estar el agua templada, un escalofrío me recorre todo el cuerpo al sentir sus caricias. Baja su mano derecha y me lava entre mis piernas. Mete uno de sus dedos con facilidad y suelto un gemido, que a pesar del ruido de los chorros de agua, Jake escucha.

—¿Te gusta, preciosa?

—Sí..., sigue —jadeo a punto del éxtasis.

Comienza a masturbarme despacio, pero necesito más.

—¿Jake?

—¿Sí, nena?

—Fóllame —le ordeno.

Había pensado tomar las cosas con calma, ya que Jake puede estar aún convaleciente. Pero a hacer puñetas, necesito sentirlo.

—Joder, Carla. Me vuelves loco —contesta.

Pasa su miembro por mis nalgas, mientras su mano continúa dándome placer. Con la mano libre, me abre las cachas del culo y pasa un dedo por mi agujero. Eso hace que me tense. Nota mi cambio y susurrándome al oído, dice:

—Te quiero toda entera. Quiero estar dentro de cada centímetro de tu cuerpo, llegar donde ningún otro ha estado.

«¿Lo estoy entendiendo bien?, ¿quiere desvirgarme el ojete? ¡Ay, madre! Que yo soy muy moderna, pero no sé si tanto».

—Jake, no sé si...

—Shsss —me silencio—. Llegaremos hasta donde puedas, si es demasiado para ti, paramos.

No las tengo todas conmigo, pero como quiero probar todo tipo de experiencias con él, asiento.

—Está bien, pero si duele, no sigas —le advierto.

—Si se hace bien, no tiene por qué doler.

Añade un dedo más en mi vagina, mientras con el pulgar me masajea el clítoris. Por mi retaguardia sigue acariciando el anillo de terminaciones nerviosas donde de vez en cuando introduce su dedo con más facilidad.

Se me encoge el culo, literalmente hablando.

—Cada vez que yo intente entrar debes de relajarte y flexionar tu músculo, como si quisieses rechazarme.

«En qué quedamos, ¿me relajo o lo expulso? Qué contradictorio es esto del sexo anal, de verdad».

Me inclina hacia delante y apoyo mis manos en las baldosas de la ducha. Siento la punta de su pene en la entrada, intentando abrirse paso.

—Ahora, empuja hacia fuera.

Hago lo que me pide y noto como su miembro avanza hacia el lado oscuro.

—Muy bien, preciosa —me felicita—. ¿Te duele? —pregunta con un deje de preocupación.

Niego. Porque sorprendentemente así es, siento presión, pero no dolor.

Por un rato, él sigue dando pautas y yo acatándolas, como una buena chica. Estoy tan concentrada en no cagarme de tanto empujar, que me sorprende las siguientes palabras de Jake:

—Mierda, nena. Estoy totalmente dentro. Estás tan apretada.

«¿Cómo? ¿Ya ha entrado? ¡La leche jodía! ¿Y ahora qué hago?».

Me quedo estática, parezco una estatua. Jake empieza a moverse muy lento. Siento una sensación rara, que no incómoda. Poco a poco empiezo a relajarme, gracias a que sigue estimulándome con sus dedos por delante. Me siento totalmente llena por ambas partes.

Voy cogiendo confianza a la situación y empiezo a ser parte activa. Me muevo con más fuerza de la que Jake emplea. Él me sostiene de la cintura y dice:

—¡Carla, no seas bruta!

—Si no me duele...

—Confía en mí, mejor tomémoslo con calma.

Tras varios empujones controlados, siento como un calor que reconozco comienza a surgir dentro de mí.

—Jake, me corro...

—Sí..., eso es, nena. Lo quiero todo de ti.

Grito al llegar al éxtasis y las piernas me tiemblan.

Escucho rugir a Jake a mi espalda, sale de mi cuerpo y se corre en mis nalgas. Cuando termina, se apoya en mí, me abraza por la cintura y susurra:

—Te amo tanto.

—Yo también —le digo de vuelta—. Aunque como mañana necesite un flotador para sentarme, no sé si te querré tanto.

Jake suelta unas sonoras carcajadas, enterrando su cara en mi nuca.

«No entiendo qué le hace tanta gracia, cuando hablo totalmente en serio, vamos».



## Capítulo 25

Cuando despierto, me encuentro que estoy sola en la cama King size de Jake. Me giro y el despertador digital marca las doce de la mañana. ¡Vaya, pues sí que se me han pegado las sábanas!

Me levanto y noto una ligera incomodidad en el culo. Me visto con unos *shorts* y una camiseta de manga larga y voy en busca del perverso que tengo como novio. Al bajar a la planta de abajo lo encuentro sentado en una de las tumbonas alrededor de la piscina, tocando la guitarra.

Desde mi lugar en las puertas correderas, escucho la armonía que sale de sus dedos. No reconozco la canción, pero es una melodía demasiado triste. Me acerco con pasos lentos para no desconcertarlo, me encanta verlo en su elemento. Cuando llego a su lado, Jake alza la cabeza y me dedica una sonrisa ladeada.

—Buenos días, ¿has descansado bien? —pregunta dejando de tocar la guitarra y dando toquitos para que me siente a su lado.

—Como un bebé —contesto tomando asiento en el hueco que me ofrece.

Al sentarme, hago una mueca, que Jake no pasa por alto.

—¿Todo bien? —pregunta con una sonrisilla.

—Mejor no preguntes —le digo haciendo un mohín.

—Te dije que no fueses tan bruta.

Pongo los ojos en blanco y descarto su comentario con mi mano. Y como no quiero seguir hablando de cómo tengo el anillo de Sauron, pregunto:

—¿Qué estabas tocando?

—*Hurt*, de Johnny Cash —me informa.

Jake nota mi desconocimiento, por lo que vuelve a recoger su guitarra y esta vez toca la canción entonando la letra.

Conforme la va cantando, voy traduciendo en mi mente.

*«Hoy me hago daño  
para ver si sigo sintiendo.  
Me concentro en el dolor,  
la única cosa que es real.  
La aguja hace un agujero,  
el viejo pinchazo de siempre.  
Intento acabar con ello del todo,  
pero me acuerdo de todo.*

*¿En qué me he convertido,  
mi más dulce amigo?  
Todas las personas que conozco,  
al final se van.  
Y podrías tenerlo todo,  
mi imperio de basura.  
Te decepcionaré,  
te haré sufrir».*

Lo observo cantar con los ojos cerrados, es como si sintiese cada palabra que sale de sus labios. Trago el nudo de emociones que se me forma al entender de qué trata.

*«Llevo esta corona de espinas,  
sobre mi trono de mentiroso.  
Lleno de pensamientos rotos  
que no puedo arreglar.  
Bajo las manchas del tiempo,  
los sentimientos desaparecen.  
Tú eres otra persona,  
yo todavía sigo estando aquí.*

*¿En qué me he convertido,  
mi más dulce amigo?  
Todas las personas que conozco,  
al final se van.  
Y podrías tenerlo todo,  
mi imperio de basura.  
Te decepcionaré,  
te haré sufrir.*

*Si pudiera empezar de nuevo,  
a millones de millas de aquí,*

*me mantendría alejado del resto,  
encontraría una manera».*

Cuando acaba la canción y abre los ojos, es como si volviese de un viaje doloroso. Sus ojos están tristes y me ha contagiado esa aura melancólica que le envuelve.

—Oh, Jake..., es muy triste —le hago saber acercándome a él y cobijándome en sus brazos.

Necesito sentirlo cerca y que sepa que estoy a su lado.

—Es solo una canción —murmura. No sé si para tranquilizarme o para convencerse a él mismo.

Sigo aferrada a él y llego a la conclusión de que no es una simple canción. Ya sabemos la forma que tiene Jake de afrontar los problemas. Me dejó muy claro cómo gestiona él situaciones que salen de su control. No quiero volver a pasar por eso porque puede que la próxima vez no corra con tanta suerte.

—He estado pensando que en las vacaciones de Acción de Gracias, podíamos hacer una escapada a la nieve.

—¿Eh? —Me retiro de su abrazo y me acomodo mejor en mi sitio. Menudo cambio radical de conversación.

—¿Qué te parece? Suena bien. Nos merecemos alejarnos de todo lo que ha ocurrido últimamente. Sería un buen viaje antes de que comiencen las Navidades. Aquí suelen ser unas fechas un tanto locas, donde asistimos a varias fiestas. Sería una buena forma de reponer fuerzas —comenta formándose el plan en la cabeza—. No sé, podríamos ir a Yosemite. Conozco unas cabañas en mitad de la montaña que están genial. ¿Qué me dices? Tú, yo y la naturaleza. —Lo noto embalado y entusiasmado con la idea.

Así es Jake, un momento está perdido en las profundidades de su mente y al otro es un torbellino de hombre que bulle energía por cada poro de su piel.

—A ver, espera Robinson Crusoe —le digo para que mantenga la calma—. Jake, tengo que volver a mi país. Este viaje no estaba previsto, si ni si quiera tengo apenas ropa para cambiarme....

—Eso no es problema. Iremos de compras —agrega levantándose de la tumbona. Se acerca a la mesa en el porche y se enciende un cigarrillo.

Me levanto y me acerco a él. Los rayos del sol hacen que sus ojos, emocionados, adquieran un azul cristalino.

—No necesito ropa nueva, cariño. Tengo suficiente en mi casa. En España.



—Bueno, haremos que alguien te la envíe, pero mi oferta sigue en pie.

A ver cómo le explico yo que no necesito comprar ni que me manden ropa. Sino volver a mi casa.

—Sabes que en algún momento tendré que volver, ¿verdad? —le aclaro pasando mis brazos por su cintura y aferrándome a él.

—Pero ¿por qué? ¿No estás a gusto aquí? —pregunta confuso.

Es inevitable que no se me forme una sonrisa. Es tan lindo a veces. Tiene esa pinta de chico malo, pero en otros momentos, como ahora, parece un crío perdido.

—Por supuesto que estoy feliz de estar a tu lado, cariño. Pero ¿no crees que vamos un poquito de prisa?

—Y qué más darán los tiempos. Es nuestra relación, podemos hacer lo que nos dé la gana —apaga el cigarro en uno de los vasos de tubo que aún se encuentra sin recoger de la noche anterior. Y sosteniéndome del rostro, declara —: ¿No te das cuenta de que cuando estamos juntos, somos mejores?

En eso lleva razón, desde aquella noche en Roma en que formalizamos nuestra relación, no ha habido ningún problema entre nosotros. Y para una vez que me alejo de él, mira cómo termina la cosa.

—No sé... —dudo y Jake, que es listo y ve una grieta por donde meterse, continúa.

—Bueno, tú piénsatelo hasta después de Navidades, ¿sí? —propone agachándose para estar a mi altura.

—Para eso queda más de un mes, Jake.

Se encoge de hombros, me dedica una espléndida sonrisa y con un sonoro beso en mis labios, se marcha hacia el interior de la casa.

«Bien, me ha hecho el lío», pienso entrecerrando los ojos y mirando por donde ha desaparecido. No he afirmado, pero como tampoco me he negado, sabe que se ha salido con la suya.



## Capítulo 26

¿Has tenido alguna vez la sensación de que tu vida es idílica y perfecta? ¿Sí? Vale, pues no es mi caso.

Hubo un corto espacio de tiempo, que así me sentí. Pensé que no había nada que pudiese enturbiar la relación entre Jake y yo. Qué equivocada estaba.

Para variar, Jake se salió con la suya y terminamos yendo a Yosemite. Decir que es un lugar increíble es quedarse corto. Es lo que se denomina la Sierra Nevada de California. Los dos primeros días, además de descansar en una cabaña de ensueño, hicimos caminatas en la nieve y salimos a esquiar. A Jake parece que todo se le da bien, en cuanto a mí, mejor no preguntéis.

Al tercer día, el humor de Jake empezó a cambiar. No sé si el no estar rodeado del bullicio de la ciudad le afecta, pero su actitud se volvió irascible. Tanto, que al cuarto día decidimos dar por concluida la espada y volver a Los Ángeles.

A partir de ese momento, hemos ido cuesta abajo. Él no para de salir de fiesta, alegando que son compromisos de su carrera profesional. Al principio, le acompañaba algún que otro acto, pero mi cuerpo no está preparado para traspasar 24/7. Y opté por quedarme en su casa.

Y así hemos pasado las tres últimas semanas. Él saliendo cada noche, mientras duerme la mona durante el día. Por lo que a duras penas lo veo unas pocas horas en la tarde.

Decir que me siento muy sola, sería quedarse corta. He intentado ocupar mi tiempo paseando por los alrededores de la urbanización en la que vive Jake, en Malibú; leyendo e incluso nadando. Pero cada vez estoy más agobiada.

Salgo de la piscina después de hacer unos largos, me envuelvo en una toalla y me relajo con la estampa que ofrece las vistas. A lo lejos se aprecia la ciudad de Los Ángeles. A pesar de estar rodeada de lo mejor, siento como si

estuviese en una cárcel de cristal. Cierro los ojos y dejo que el sol caliente mi rostro, cualquiera diría que estamos a días de que comiencen las Navidades.

—¿Carla? —oigo como me llama Jake desde la puerta que conduce al interior de la casa. Me giro y lo encuentro listo para salir, ootra vez—. Tengo que asistir a una presentación de un nuevo grupo, espero regresar en un rato —ya, me conozco yo sus ratos.

También se ha visto afectada nuestra vida sexual. No puedes mantener demasiada intimidad con alguien que siempre está ausente. Los pocos encuentros que tenemos siguen siendo satisfactorios, pero me falta la chispa que surgía entre nosotros cuando estábamos juntos.

—Me cambio y te acompaño, hoy me apetece salir. —Para nada. No tengo ni pizca de ganas. Pero viendo en qué condiciones llega cada noche, hace que me haya vuelto una desconfiada y opte por acompañarlo y así controlarlo un poco.

—Te vas a aburrir, estas cosas luego son un coñazo —me intenta convencer.

Entrecierro los ojos con sospecha. Si cree que no voy a ir, lo lleva claro. Se acabo el quedarme en casa esperando que llegue dando tumbos.

Mi desconfianza es tal que he llegado a rebuscar en los bolsillos de su ropa por indicios de que haya vuelto a consumir drogas.

Como imaginaba, no he conseguido encontrar nada, Jake es listo, no lleva las pruebas consigo. No por ello, pienso que ha vuelto a las andadas.

—Oh, no te preocupes, más me aburro metida aquí todo el santo día —le digo entrando a la casa y dirigiéndome al dormitorio a cambiarme.

Cuando me estoy arreglando, Jake no para de merodear a mí alrededor intentando disuadirme de mi decisión.

«Que siga, que siga, que no lo va a conseguir», pienso siguiendo a lo mío.

Al final, se rinde. Sabe que a cabezona no me gana nadie y cuando estoy lista nos montamos en el coche, dirigiéndonos a la fiesta.



¡La madre que lo parió! Que iba a ser un coñazo, decía.

El local donde se está llevando a cabo la presentación, está en mi antiguo barrio Venice Beach. Hay una zona *chill out* preciosa, varias barras por todo el lugar. Y una hilera de luces amarillentas sobre nuestras cabezas que hacen el lugar íntimo y acogedor. Desde el momento que llegué, me enamoré de la decoración.

El nuevo grupo es de género *indie*, entiendo que Jake estuviese invitado. Que alguien como él esté en el debut le da más prestigio al evento.

—Voy a hablar un momento con el grupo, enseguida estoy aquí —me dice Jake al oído para hacerse oír, con la música.

—Perfecto, yo voy a la barra a pedir algo —contesto señalándole dónde me dirijo.

Encuentro un taburete libre y tomo asiento. Me pido un San Francisco, sin alcohol, porque conociendo a Jake, sé que me tocará conducir a mí a la vuelta.

Transcurrido un tiempo, la banda comienza la actuación. Son buenos, no es que entienda mucho de este género, pero sus temas son pegadizos.

Van tocando canción tras canción y no hay rastro de Jake, por lo que me empiezo a impacientar. Dos horas después, cuando la actuación llega a su fin, tengo los hocicos que me llegan al suelo.

—¿No te ha gustado el *show*? —Escucho que me preguntan de repente.

Miro hacia donde viene la voz y descubro a un chico unos años más joven que yo, apoyado en la barra sonriente.

—¿Perdona?

—Que si no te ha gustado el grupo.

—Ah, sí. Han estado muy bien —contesto al fin.

—Bueno, te estado observando y no parecía que estuvieses disfrutando.

Levanto una ceja y le doy una mirada condescendiente.

—Lo siento. Dylan McAllen —se presenta.

Miro su mano y me cruzo de brazos a la defensiva. El desconocido nota mi cambio de actitud y aclara:

—No es que sea un acosador ni nada por es estilo. —Pues lo pareces, majo—. Soy el baterista de The Commanders, el menos visible, lo que me da tiempo de observar al público. —Se explica—. Y he visto que no estabas disfrutando mucho —concluye encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—¡Oh! —exclamo—. Disculpa, pero mi actitud no tiene nada que ver con vosotros. Habéis estado fantásticos —le felicito—. Soy Carla —me presento ofreciéndole mi mano.

—Encantado, Carla —dice aceptando mi mano y guiñándome un ojo.

Es un chico atractivo y risueño. Mantenemos una conversación animada hablando de música, en la que me saca un par de risas y teniendo en cuenta el estado en que me encontraba hace unos instantes, tiene mérito.

Sigo charlando con mi nuevo amigo y en un momento lo veo abrir desmesuradamente los ojos. Giro para ver que es lo que ha captado su atención y veo aparecer a Jake, que por la cara de mala leche que trae, no le hace mucha gracia encontrarme hablando con Dylan.

¡Que se fastidie! A ver si se cree que va a estar toda la noche desaparecido y yo no voy a poder hablar con nadie.

Cuando llega a mí, me da un beso en los labios y dice:

—Te he estado buscando. —«Ya, claro, es tan grande el lugar que en más de dos horas no ha sido capaz de encontrarme».

—Pues no me he movido de aquí —le contesto seria, sin apartar mis ojos de él.

Jake no es capaz de aguantar mi mirada, por lo que le presta atención a Dylan.

—Gran actuación, chaval.

—Muchas gracias, Jake —agradece Dylan entusiasmado—. No sabes lo que significa para nosotros que estés aquí.

—No es nada. Yo también estuve donde estáis vosotros —agrega Jake, sin darse importancia.

No quiero romper este momento entre ídolo y admirador, pero como siga mordiéndome la lengua, terminaré envenenándome.

—Ha sido un placer conocerte Dylan. Os deseo mucha suerte, aunque después de lo que he visto, no os hace falta —me despido de Dylan sonriente y mirando a Jake pregunto—: ¿Nos vamos?

Él asiente y con choque de manos y una palmadita en el hombro, se despide del batería.

Ando con decisión unos pasos por delante de Jake, dirección al aparcamiento. Cuando llegamos donde está aparcado el coche, no aguanto más, me giro y lo encaro con un cabreo monumental.

—¿Tú quién te has creído que eres? —pregunto presionando mi dedo en su pecho.

Jake respira hondo y, sin mirarme, comenta:

—Carla, creo que será mejor que regreses sola a casa.

—¿Cómo dices? —No creo haberlo escuchado bien.

—Lo que oyes, que yo me quedo —me informa con parsimonia, como si la cosa no fuese con él.

—¡Me cago en todo lo que se menea, Jake! —maldigo exasperada—. ¿Me dejas tirada toda la noche y ahora quieres que me marche para seguir la juerga?

—Te dije que no vinieses. Aun así, no vi que estuvieses pasándolo muy mal con tu amiguito —suelta con inquina.

—No sé qué cojones te pasa últimamente, pero que sepas que no voy a consentir este comportamiento. —Oigo como le llega un mensaje a su teléfono móvil. Lo saca del bolsillo de su pantalón y veo como responde tecleando. Esto es el colmo—. Sabes, Jake, cualquier día, cuando llegues de una de tus fiestas, puede que no me encuentres en tu casa.

Eso hace que tenga su total atención. Me mira serio sin decir nada y vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo. Se acerca al lado del conductor del coche en silencio, abre la puerta y declara:

—Haz lo que te dé la gana, me la suda.

Una bofetada no me hubiese dolido tanto. Lo miro con toda la decepción que siento en este instante y, sin articular palabra alguna, me monto en el coche y salgo directa a casa de Jake.

Todo el trayecto lo hago intentando controlarme, pero me resulta difícil. El labio inferior cada vez me tiembla más, pero no pienso llorar. No se merece que derrame una lágrima por él.

Al llegar a mi destino, entro en el dormitorio de Jake. Una vez me cambio de ropa y me pongo el pijama, voy hacia una de las habitaciones de invitados. Si cree que me va a encontrar en su cama cuando llegue, no sabe con quién se ha topado.

Elijo la más alejada posible, me tumbo en cama. Enciendo el móvil, busco entre mis canciones y selecciono a Manuel Carrasco. Comienza a sonar la canción *Déjame ser*, me concentro en la letra y tarareo bajito. No quiero pensar en nada, necesito mantener la mente en blanco, pero es meramente imposible. Ya que paso una noche de perros, pensando en qué decisión tomar en cuanto a Jake y yo.



## Capítulo 27

### *Jake*

Entro de nuevo en el local y me pido un Jack Daniels doble. Ni si quiera he sido capaz de ver cómo desaparecía Carla en mi coche. Una vez que me sirven, me lo bebo de un trago, por lo que pido otro.

Últimamente no he sido la mejor compañía ni me he comportado como el mejor de los novios. Sé que mi comportamiento está llevando a Carla al límite. E inconscientemente me estoy preparando para el momento en que me pegue la patada, por gilipollas.

En realidad no sabría explicar qué es lo que me ocurre. Tras mi salida del hospital, tuve mucha energía e imaginé infinidad de planes que hacer con mi chica. Estaba feliz. Pero el irnos a Yosemite, me vino grande. Comencé a sentirme inquieto y fuera de mi elemento. Y qué mierda, necesitaba una botella de whisky como el comer. También deseaba un buen tiro de farlopa, para qué engañarnos. No considero que tenga un problema con las drogas, pero es a lo que siempre he recurrido cuando sentía que me hundía en el abismo. Estar rodeado de silencio y naturaleza, me abrume.

Al volver a Los Ángeles, retomé mis salidas. Me sentía vivo, eufórico. Cuando salgo y me coloco no tengo preocupaciones. Me siento libre, aunque los remordimientos aparecen con el bajón de la resaca. Pero como el cabrón egoísta que soy, en cuanto me proponen un plan, acepto sin tener en cuenta que ya no estoy solo en mi vida.

Carla está teniendo una paciencia infinita conmigo, pero llegará el día que vea lo podrido que estoy por dentro. De ahí mi forma de actuar como un capullo. No llevo bien el rechazo. A veces pienso que es como si buscara con mi actitud que me deje. Cuando pienso eso, un miedo atroz se me instala en el cuerpo.

Empujo esos pensamientos al fondo de mi mente y me concentro en disfrutar de la noche. El alcohol corre a raudales, la cocaína le acompaña. Nos cambiamos de local. A penas conozco con los que voy, pero qué más da. Estoy pasándomelo de puta madre, que es lo que importa.

Ha amanecido, nos echan del lugar, no nos importa. Esto es Los Ángeles, siempre hay una fiesta a la que acudir. No sé qué hora es, ni me importa. Siento que floto. Mi visión, de vez en cuando, se emborriona. Necesito otra raya. Esnifo. Bebo. Río. Bailo....

Me siento poderoso, esta sensación me encanta. No hay problemas, no hay remordimientos. Soy invencible.

¿Dónde estoy?, ¿qué hora será? Una chica a mi lado me dice algo. La miro, no distingo sus palabras, solo escucho su risa estridente, que hace que me retumbe la cabeza. Me levanto del sofá, estoy mareado. Me adentro en un pasillo, voy dando tumbos. Me apoyo en la pared para no caer. Me paso la mano por el pelo. Lo siento pegajoso. Miro mi mano, mis movimientos son lentos, descoordinados. Muevo los dedos de mis manos.

¡Vaya! Qué interesante. Así me tiro un rato. Los alejo, los acerco. Menuda paranoia.

Busco un aseo. Abro puertas, descubro que estoy en un apartamento. Choco con gente, me disculpo, o eso creo. Encuentro mi objetivo. Me desabotono el pantalón, me apoyo con una mano a la pared de enfrente y echo una meada.

Siento unas manos apoyarse en mi pecho desde mi espalda. Me incomoda que me toquen. Echo una ojeada por encima del hombro, distingo a la mujer de la risa estridente de antes. No quiero que me toque. Solo Carla puede hacerlo. Mi Carla... Me alejo de la mujer lo más rápido que me permiten mis movimientos. Ella se queja, no la entiendo, sale enfadada del baño.

Noto como me viene una arcada, vomito. Me acerco al espejo. ¿Ese soy yo? ¿Es sangre lo que tengo pegado a la camiseta?

Necesito despejarme un poco, me echo abundante agua por la cara, por el pelo. El agua fresca me reconforta. Vuelvo a mirar al espejo. Me sigo dando asco a mí mismo. Lleno mis manos de más agua y la lanzo contra el cristal. Mi imagen se distorsiona. Ahora es cuando me reconozco. Veo mi verdadero yo. Un hombre sin rostro, un hombre perdido. Salgo del baño, en mi camino agarro una botella de licor, no sé qué será, pero bebo directamente de la botella. Necesito más droga. Inhalo. Me relajo. Los pensamientos negativos desaparecen.



Me siento caer. Estoy cayendo y no sé si seré capaz de volver a salir de las profundidades en las que me estoy sumergiendo. Veo alucinaciones. Y creo ver a Carla enfrente de mí. Se la ve triste. ¿Por qué está tan triste?

—Nena... —articulo a mi espejismo.

Distingo a Sam y Josh, detrás de ella. Se les ve enfadados. No lo entiendo, ¿qué hacen ellos en mi visión? Solo tengo ojos para mi chica. Sus ojos se le inundan de lágrimas. No me gusta verla así. Me lanza una camiseta. ¿Tendré algo en la cara? Me limpio.

—Esto se acabó, Jake. Creí ser fuerte y que juntos podríamos con todos. Me equivoqué.

No es una alucinación, es real. No, no puede estar pasando esto. Mi corazón se salta un latido. Lo siento desquebrajarse. Sabía que llegaría el momento que Carla abriese los ojos y me dejase.

Veo como se marcha. Josh me retiene para que no la siga. Está loco si piensa que no lo haré. Grito, le suelto un puñetazo, pero estoy tan puesto que termino en el suelo. Reparo en cómo Sam y Josh me ayudan a levantarme. Estoy abatido. Al final arrastré a Carla a mi mundo de oscuridad.



## Capítulo 28

Me levanto y al salir de la habitación veo la puerta del dormitorio de Jake cerrada. No pienso montarle un numerito, dejaré que duerma la borrachera con la que seguro llegó anoche y cuando esté despejado, mantendré una seria conversación con él.

Deambulo por la casa toda la mañana. Cuando termino de comer, me siento a leer un rato. A las cinco de la tarde empiezo a preocuparme, Jake no ha dado señales de vida en todo el día, y yo aún sigo en pijama. Ya que toda mi ropa está en su habitación.

Me dirijo hacia el dormitorio y al abrir la puerta me sorprendo de encontrarme la cama hecha y sin rastro de Jake. ¡Será cabrón!

Vuelvo al comedor y agarrando mi teléfono móvil, lo llamo.

Sale desconectado. Lo tiro contra el sillón y subo los escalones de dos en dos para cambiarme.

Me va a oír cuando lo encuentre, porque en este instante voy a recorrerme Los Ángeles hasta dar con él.

He estado gran parte de la tarde y la noche, recorriendo los sitios en los que creía que podía estar Jake. Al final, llamé a Sam, para que me diese ideas de dónde podría haberse metido. Como es natural, no me dejó sola en la búsqueda y vino con refuerzos. Gracias a su ayuda y la de Josh he tenido acceso a lugares donde sola hubiese sido imposible entrar. Son cerca de las dos de la mañana y noto el cansancio arrastrándose por mi cuerpo. Subimos en el ascensor hacia una fiesta privada que se está celebrando en un penthouse.

Es el último lugar en el que buscaré. Si no está, desisto. Tengo un cúmulo de sentimientos que no me deja pensar, siento miedo de imaginar dónde estará y en qué condiciones. Lleva un día sin dar señales de vida y no quiero pensar en que le haya podido pasar algo. Por otra parte, también siento mucha rabia. Rabia por ni si quiera tener la consideración de avisar si está bien y tenerme

tan preocupada. Tengo el presentimiento de que está bien, pero eso hace que me cabree el doble. Una persona normal no desaparece así si no es para pegarse la fiesta del siglo. Y eso confirma todas las sospechas de que Jake ha vuelto a caer en las drogas. Aunque quizá realmente nunca las dejó del todo.

—Chicos, quería agradecerlos que me ayudéis a buscar al descerebrado de vuestro amigo. Sola no habría sabido ni por dónde empezar —Josh y Sam me dan una sonrisa pesarosa.

—Todo lo que necesites, cariño —expresa Sam acariciando mi mano.

Josh se limita a apretar la mandíbula y pasando un brazo por mis hombros me da un beso en la coronilla.

¡Joder! Estoy al límite y, tanto ellos como yo, sabemos que al final el vaso se ha llenado y no soy capaz de aguantar mucho más esta situación.

La música se escucha a todo trapo en el rellano, no sé cómo los vecinos pueden soportar tal escándalo. Encuentro la explicación al apreciar que solo hay una puerta en esta planta.

Pasamos a la fiesta y busco con la mirada a Jake a través de la multitud. No hay rastro de él y me desinflo ante la idea de seguir buscándolo. Tenía puesta todas mis esperanzas en encontrarlo aquí. Cuando me doy la vuelta para irme, escucho una risa familiar en la habitación contigua. A pesar del volumen de la música, reconocería esa risa ronca en cualquier parte.

Al entrar en el salón, mis peores sospechas se hacen realidad. Jake está inclinado esnifando lo que deduzco que es cocaína. Llevaba tiempo con la mosca detrás de la oreja por su comportamiento, pero en mi interior deseaba tanto que fuesen producto de mi imaginación, que al corroborar que son ciertas, no sé cómo actuar.

Me quedo plantada en el quicio de la puerta. Él aún no es consciente de mi presencia y veo como esnifa un par de tiros seguidos.

—Carla..., vayámonos —susurra Sam dándome un pequeño apretón de consuelo en el hombro.

—No —le expreso. Y con la confianza que no siento, pero sí con mucha rabia, enfilo hacia donde está sentado Jake.

Me paro en seco al llegar a su altura. Al final se percata de mi presencia. Sus ojos están idos, lo noto confundido y quizá también asustado. Hace bien en temerme porque en este momento está despertando mi fiera interna. La visión que tengo enfrente es una que aborrezco de inmediato. Este no es mi Jake. O puede que siempre haya sido así y nunca lo haya querido ver. Dicen que el amor ciega.

Debe de haber estado todo este tiempo disfrutando de todos los excesos habidos y por haber. Tiene el semblante demacrado, los ojos inyectados en sangre, la ropa con la que salió ayer hecha un asco y un hilillo de sangre le resbala por uno de sus orificios nasales.

Me produce pena y asco a partes iguales. Pena por haber llegado a esta situación y asco por todo lo que representa en este momento, que sabe que es lo que más odio.

—Nena... —dice sorprendido—. N-no es lo que pa-re-ce. —Debe ir muy colocado, porque no hila bien las palabras.

—¡Ah, ¿no?! ¿Me vas a desmentir que te he visto con mis propios ojos, que no te estas poniendo hasta el culo? —formulo con los dientes apretados.

—Estás triste. —¡Pero qué habla este loco!

—Por lo menos ten la decencia de reconocerlo. Y haz el favor de limpiarte, la sangre no te queda bien —le asevero con todo el asco que me produce, lanzándole una camiseta que encuentro tirada a un lado.

Se limpia como le he pedido y mira los restos de su desfase, incrustados ahora en la camiseta.

—¿Sabes qué? Ya no quiero ningún tipo de explicación. —Me presiono el puente de la nariz y cierro momentáneamente los ojos. No me gusta formar numeritos rodeada de extraños, por lo que bajo tanto como puedo mi tono de voz para que se entere la menos gente posible—. Durante este mes creí que estaba paranoica y veía fantasmas por donde no los había. —Estoy al borde del llanto. Noto como se me llenan los ojos de lágrimas, pero trago el nudo que siento en la garganta. No le voy a dar el gusto de ver como me derrumbo. Lo que voy hacer a continuación es lo más difícil que haré en la vida. Pero no puedo seguir así, me estoy perdiendo por el camino y, me estoy convirtiendo en una persona que no me gusta—. Lo he intentado Jake, bien sabe Dios que lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero no puedo vivir con el miedo de que cada vez que salgas, pensar en que condiciones volverás o si vuelves. —Suelto un hipido del llanto que no quiero que salga y le digo lo que tanto me cuesta—. Estoy se acabó, Jake. Creí ser fuerte y que juntos podríamos con todo, pero me equivoqué.

Veo en su cara el momento en que registra mis palabras. Si crees que no puedes oír un corazón romperse, te equivocas. Escucho hacerse mil pedazos su corazón o ¿puede que sea el mío? No lo sé. Lo único de lo que soy consciente es que ambos estamos sufriendo. No termino la relación porque lo haya dejado de amar y creo que él me ama tanto como yo lo hago, sino que la termino

porque sus adicciones son mucho más fuerte que nosotros juntos y es algo contra lo que no puedo luchar.

Salgo del lugar aguantando la angustia que experimento por dentro. A lo lejos, escucho a Jake gritar mi nombre. Al final, ha sido inevitable no montar un escándalo. Estoy agradecida porque Josh lo retenga pidiéndole que me dé mi espacio. Son unos segundos que me dan de margen para desaparecer. Lo que menos quiero en este momento es hablar con alguien y mucho menos con él.

Bajo en el ascensor mordiéndome los labios, sé que de un momento a otro me derrumbaré. He aguantado entera esta situación tan difícil, pero no resisto más. Al salir a la calle, mi primer instinto es correr a mi derecha. Lo pienso mejor y opto por girar a la izquierda y meterme en el primer callejón que encuentro. Sé que al ser un sitio tan cercano es el último donde me buscará, porque sé que lo hará.

En la intimidad que me dan los contenedores me agacho, uniendo las rodillas al pecho, y por fin lloro.

Lloro con tal pena que me falta el aliento. Me encuentro en una situación peor que cuando llegue a Los Ángeles al enterarme de la sobredosis que sufrió Jake, y ya es decir. Pero en aquella ocasión, a pesar de estar muerta de miedo, era optimista y estaba convencida de que aprovecharía la segunda oportunidad que le brindaba la vida. Esta vez, sin embargo, es distinta. Tiene todo cuanto quiere: salud, éxito en su trabajo y amor. Y lo está echando a perder por la maldita adicción que tiene a las drogas y no querer ponerle remedio.

No sé el tiempo que paso tirada en el callejón, regodeándome en la pena, pero debe de haber sido uno largo. Soy consciente de que no es un lugar muy seguro para estar sola de madrugada.

Me levanto y estiro mis músculos. Estoy hecha polvo tanto física como psicológicamente. Es hora de ponerme las bragas de chica grande y volver a casa de Jake para preparar mi equipaje. Y esta vez será la definitiva.

Al bajar del taxi, ando el camino hasta la casa. Este corto recorrido lo hago pensando en qué me deparará tras las puertas. No sé si Jake estará en casa, buscándome por la ciudad o habrá retomado la juerga. Mis dudas se disipan al llegar a la puerta y aparecer un Jake con mejor aspecto que cuando me marché del Penthouse. Aunque lo noto muy enfadado.

Debe de haber tomado una ducha antes de que llegase, pero aun así es imposible borrar los estragos de tantos excesos.

—¿Te has vuelto loca?! ¿Dónde has estado?! ¿Sabes lo preocupado que

estaba?! —me reclama preso de los nervios.

—Bueno..., ahora te harás una ligera idea de lo que ha sido mi vida este último tiempo —le suelto con voz pausada, pasando por su lado dirección al comedor. Al darme la vuelta, veo que por lo menos tiene la decencia de sentirse avergonzado.

—*Touché* —expresa con la cabeza baja y mirada arrepentida.

—Jake, tenemos que hablar.

—Déjame que te explique Carla, por favor. Ha sido cosa de una vez. Te prometo que no volverá a ocurrir —especifica con suplica en su tono.

Niego cansada. Es lo que hacen los adictos. Prometen. Hacen promesas que nunca son capaces de llevar a cabo.

—Jake, creo que ninguno ha sabido gestionar bien esta situación —comienzo a decirle—. Hasta que no tomes conciencia de que tienes un problema y solo tú quieras ponerle remedio, esto volverá a repetirse una y otra vez. —Estas horas me han dado mucho para pensar. Y he llegado a la conclusión que ambos lo hicimos mal desde el principio. Nadie puede curarse si realmente no lo desea. No debe de hacerlo ni por mí ni por nadie. Porque siempre recaerá. Hasta que no desee limpiarse para sentirse bien consigo mismo, de nada servirá.

—Solo estoy un poco agobiado. Ya verás, esto es un simple bache.

—Ojalá y sea verdad, Jake. —Y lo digo de corazón, es lo que más desearía—. Pero yo no estaré aquí para verlo, lo siento.

—Entonces, ¿huyes? ¿Así es como afrontas tú los problemas? —cuestiona enfadándose—. De qué me extraña. Eres como todas las demás, cuando las cosas se ponen difíciles, desapareces.

«Vaya, apareció Dr. Jekyll y Mr. Hyde». Hemos pasado de súplicas y sentirse dócil a sacar su temperamento y enojo. Típico de Jake, cuando le dicen lo que no quiere oír o se siente amenazado. Ataca.

—No. No estoy huyendo. Solo te estoy informando de que me marchó —le hago saber lo más calmada posible. No me quedan fuerzas ni para discutir. De hecho, tampoco quiero que nuestro último recuerdo sea malo. Por lo que intento no entrar en su dinámica.

—Ja, ja, ja... Tú siempre tan correcta. —Se ríe de forma sarcástica—. ¿Sabes qué te digo? Que te jodan. ¿Quieres irte? Largo. ¡¡¡Largo de aquí!!! —comienza a gritar—. Vuelve a tu perfecta vida. Ya has vivido una aventura con una estrella de *rock*, ¿no? Qué más da lo que destroces por el camino —lo dejo que se desahogue. Sé que lo que dice no lo siente. Es su forma de

escudarse de lo que le hace daño—. Si piensas que voy a ir corriendo en tu busca es que no me conoces.

Respiro hondo soportando sus ataques. Le doy una mirada de lástima, que hace que se encienda más. Lo noto por sus nudillos apretados, pero es inevitable sentir lástima por como hemos llegado a esta situación. Podría confiar en él y ver si es capaz de no volver a consumir drogas, pero sé que sería cuestión de tiempo que volviese. Él es su peor enemigo. Y si me quedo, estaré fomentado ese comportamiento y seré consentidora y cómplice de sus adicciones. Así que la mejor solución es alejarme, aunque me mate.

Puede parecer una decisión cobarde por mi parte, pero no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Y si él no quiere salir de ese pozo, no voy a estar yo ahí para que al final me arrastre con él.

Subo al dormitorio y con todo el dolor que siento, empiezo a preparar el equipaje.

Las dudas me asaltan. Es el mayor dilema al que me he enfrentado. Haga lo que haga, será doloroso. Si me marcho, me alejaré del amor de mi vida y lo dejaré luchando solo con sus problemas. Y si me quedo, estaré con él pero ¿a qué precio? ¿Viendo como se destroza y ser incapaz de hacer nada? No, no podría resistirlo. Acabaría quemada y echándole en cara muchas cosas.

Me reafirmo en mi decisión, prefiero irme amándolo con todo mi ser y con el recuerdo de los buenos momentos que hemos vivido a quedarme y convertirnos en unos extraños que se aborrezcan.

Escucho a Jake como sigue en el comedor despotricando y rompiendo cosas a su paso. Sabía que no lo tomaría bien, pero el que yo esté tan calmada y serena no significa que sea fácil para mí.

Después de comprar el billete que me llevará de vuelta a España esta misma noche y haber terminado de preparar el equipaje, entro en el baño para darme una ducha e intentar deshacerme de la desazón que he vivido este último día.

Tras secarme y vestirme, salgo al dormitorio y me encuentro a Jake abatido. Está sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas, observando las magníficas vistas que ofrece el balcón.

—Hemos vivido momentos buenos, ¿verdad? —musita en un susurro.

Se me parte el alma verlo tan hundido. Subo a la cama y me coloco a su espalda abrazándolo.

—Por supuesto —confirmo apoyando mi cabeza en el hueco de sus omoplatos.

—Y aun así te vas, ¿no?

Se me contrae la cara al borde del llanto.

—Oh, Jake. No me hagas esto —le suplico.

—Tranquila. En el fondo te entiendo —afirma apretando mis manos y llevándolas a su pecho a la altura de su corazón—. Tú eres luz y al final te acabaré apagando con mi oscuridad.

Las lágrimas que no sabía que tenía me resbalan por las mejillas. Creí que había llorado lo suficiente, que no me quedarían más. Me equivoqué.

—Solo quería que supieses que estos meses junto a ti han sido los mejores de mi vida. ¡Y eso que he tenido una vida muy movidita! —intenta hacer una broma, de la cual ninguno reímos—. Discúlpame que no este aquí cuando te marches, ni te acompañe al aeropuerto. Las despedidas no son lo mío.

Me incorporo y me deslizo por su frente sentándome en su regazo. Lo cojo con ambas manos de la cara y lo obligo a que me mire. Cuando nuestras miradas se encuentran, me reconozco en sus ojos llenos de lágrimas. Siente el mismo dolor yo.

—Te amo —me confieso dándole un suave beso en los labios—. Nunca olvides que eres el amor de mi vida. Y que si me marcho es para no empañar todo ese amor que siento por ti —le digo limpiándole una lágrima solitaria que se le escapa—. Si me quedo, sé que acabaré odiándote por no elegirme sobre todas las cosas.

—Me demostraste que era capaz de amar —dice rompiéndosele la voz—. Sé que no te he merecido, pero lo siento, soy egoísta y no me arrepiento de que tu corazón sea para mí, como el mío siempre te pertenecerá.

Me atrae hacia sus labios y nos fundimos en el beso más sentido y a la vez más amargo de mi vida. Es un beso de adiós. Lleno de promesas incumplidas.





## Capítulo 29

Intento que mi vida posJake vuelva a la normalidad, pero resulta francamente difícil. Pensé que me comería las uvas en Los Ángeles, pero no fue posible y regresé antes de lo esperado.

Soy la sombra de la Carla que un día fui. No sabía que recuperarse de una ruptura sería tan complicado, pero lo es. Los días después de mi llegada a Madrid los pasé lamiéndome las heridas en mi habitación.

Cuando regresé al concluir la gira lo hice llena de ilusiones y con la esperanza de que mi relación con Jake fuese hacia adelante. Siempre temí que la distancia fuese lo que nos separara. Nunca imaginé que compartir el día a día fuese lo que lo echase a perder.

Estuve a punto de construir una vida junto a la persona que amaba. Al que, a pesar de todo, sigo amando, pero todo se echó a perder por la maldita adicción al alcohol y las drogas de Jake. Si hubiese sido más frívola, podría tener una vida llena de lujos, viviendo en una mansión en Malibú, pero siendo una persona que se rige por sus principios, no pude.

Entre en un círculo vicioso insano, a mi vuelta, todas las noches me metía en internet y buscaba nuevas noticias de Jake. Lo veía a través de las imágenes en muy malas condiciones, siempre enganchada una mujer diferente en el brazo y no podía nada más que maldecirlo.

A las pocas semanas leí que entró en rehabilitación. Cabe decir que llame a Sam enfadada por no avisarme. Y tomé la decisión de ir a apoyarlo en ese momento tan duro. Sam intentó disuadirme, que me esperase, decía. A los pocos días de mi conversación con Sam, me llegó un *email* desde una cuenta desconocida y mi mundo se tambaleó al leer una carta escrita por Jake.

*«Querida Carla:*

*Para una persona que se gana la vida escribiendo canciones, no te haces*

*una idea de lo difícil que me resulta encontrar las palabras adecuadas en esta carta. Me han comentado que quieres venir a Los Ángeles. No lo hagas, por favor. Bastante complicado me está resultando no mandarlo todo a la mierda para encima saber que te tendría cerca y no poder estar a tu lado. Tengo que mirar de frente a mis demonios y encararlos solo.*

*Ahora lo entiendo, creí tener el control de mi vida, pero no he sido consciente de que he ido a contracorriente. No sabía lo que era el amor, yo que siempre he predicado que el amor te hacía vulnerable, que no lo necesitaba en mi vida y gracias a él, me has salvado. En estos momentos complicados eres mi tabla de salvación. Recordarte es lo que me hace continuar adelante, pero también me enseña que no soy merecedor de ti. Casi te arrastro al mundo oscuro en el que mi mente se encuentra, y es algo que no me perdonaré en la vida. Suerte que siempre has sido una chica lista y supiste ver lo que yo no era consciente y tomaste la mejor decisión de todas, alejarte.*

*No quiero que sientas remordimientos por tu decisión, gracias a ella ha sido el toque de atención para encauzar mi vida. No sé si lograré superar esta enfermedad, porque es lo que es: una enfermedad que yo solo me he buscado. Me enseñaste lo que era sentirse amado y te estaré eternamente agradecido por dejar que, aunque sea una vez en la vida, haya sentido que pertenezco a algo, a alguien. No sé si nuestros caminos se volverán a cruzar, creo que estarás mucho mejor sin mí, sobre todo para tu estabilidad emocional. Solo te pido que intentes recordar los buenos momentos que vivimos, yo los atesoro como el mayor logro en mi vida.*

*Espero que seas feliz y recuerdes con una sonrisa a este loco enamorado que un día paso por tu vida.*

*Tuyo Siempre, Jake».*

Tras leer sus palabras lloré. Lo entendía, pero no por ello dolía menos. Saber que no me quería allí me dolió en el alma. Y me atormenta por dejarlo cuando más me necesitaba.

Hablé con mis amigas, incluso con Sam. Me sentía la peor persona del mundo por dejarlo luchar solo con sus demonios. Todos ellos me dijeron lo mismo. Hasta que él no estuviese preparado, no iba a ponerle remedio. Y parece ser que ahora por fin ha abierto los ojos. Aunque no quiera que esté allí para apoyarlo en este viaje.



—Carla, ¿me dejas el vestido de flores de media manga? —me pregunta Alma entrando a la habitación, envuelta en una toalla.

—Grrr —gruño tapándome con las sábanas hasta la cabeza.

—Se acabó —sentencia tirando de mi escondite improvisado—. No puedes seguir así. Llevas tres semanas recluida en estas cuatro paredes... ¡Hija, que pareces un fantasma! Ni si quiera sé cuándo te alimentas o incluso si te duchas. Porque te ducharás, ¿verdad? —pregunta mientras abre mi armario y saca el vestido que me pidió—. Mira, me duele ser yo la que te lo diga, pero aquí huele a zorruno que no veas...

—¡Claro que me ducho, payasa! —le digo lanzándole uno de los cojines que tengo a mano—. Será ahora por tu culpa, que te bañas en colonia.

—¡Tendrá valor! Si huelo a rosas, chiquilla —se defiende mientras se deshace de la toalla y empieza a vestirse.

—¿No te vas a poner bragas, cerdi?

—Ahora cojo unas de mi habitación. Aunque he de decirte que ir con el potorro al aire es de lo más comodito —comenta tomando asiento en mi cama. Me da una mirada de lástima y niega—. Ya en serio, Carla. ¿No has pensado aceptar tu readmisión en MEY? Megan esta siendo muy insistente. Pero todo el mundo tiene un límite. No desaproveches la oportunidad.

—Sí. Había pensado pasarme a verlos ahora que han pasado las fiestas y estarán más relajados. Aunque quiero tomarme las cosas con calma. Ahorré bastante como asistente —le digo estirándome en la cama—. Puede que le proponga ir media jornada. —Es algo a lo que le estado dando vueltas últimamente.

—¡Alabado sea el señor! —proclama en plan plegaria, levantándose—. Bueno, por algo se empieza. Por lo menos te distraes y sales de la cueva—. Nos vemos, petarda.

A pesar del disgusto que arrastro, es imposible que Alma no consiga sacarme una sonrisa. Gracias a mis amigas no he entrado en una depresión profunda. Siempre están proponiendo un nuevo plan. No es que coopere

mucho, la verdad, pero agradezco su apoyo incondicional.

Cuando Alma se marcha al trabajo, me dirijo a la ducha. «Oye, pues es verdad que soy yo la que desprendo un ligero tufillo»,. Me percaté de que estoy sola en el piso. Supongo que Elsa se habrá ido ya. Tras una larga ducha, me arreglo y me dirijo a mi antiguo trabajo.

Meg y Nando se alegran de verme. Por suerte, en ningún momento mencionan a Jake. Ya que la herida está aún abierta y con la simple mención puede que siga sangrando.

Como le comenté a mi amiga, le propongo a Meg si le viene bien reincorporarme a media jornada. Ella acepta encantada, ya que toda ayuda, por poca que sea, es bien recibida. Y al siguiente lunes, comienzo en mi antiguo puesto.

Poco a poco voy resurgiendo de mis cenizas, cual ave fénix. Tengo que retomar mi vida tal y como fue antes de aceptar el trabajo de asistente de gira.

La de cosas que han pasado desde aquel momento. Ha habido de todo. Pero no quiero que lo malo empañe todo lo bueno que viví allí, por lo que intento ser positiva y rememorar todo lo maravilloso que me pasó en este último año.

Conforme van pasando los meses, vuelvo a ser la chica optimista, divertida y enérgica, de siempre, pero eso no quita que por las noches, cuando mis amigas duermen, me meta en internet para saber qué tal le está yendo a Jake. Sé que no me hace bien y que no es sano, pero es inevitable.

Hablo a menudo con Sam, Josh, Ronnie y, por supuesto, con Sídney y Liam. Tras mi marcha precipitada no pude despedirme de ellos. Lo entendieron. Pero tengo que reconocer que los echo de menos. Se convirtieron en unos buenos amigos.

Siempre evitamos sacar el tema de Jake, saben que me duele.

Retomé las charlas y salidas con las chicas. No he sido la mejor amiga que se diga a mi regreso, pero, por suerte, lo enmendé a tiempo.

Un fin de semana sube mi hermano Tony con unos amigos suyos. Y decidimos salir todos de fiesta. No se me pasa inadvertido el tonteo que existe entre Elsa y mi hermano.

Le hice el tercer grado a Elsa, pero ella me dice que estoy loca, que mi hermano es un tocapelotas, que la saca de sus casillas. Ahí lleva razón, lo de tocapelotas digo, ya que lo llevamos en los genes. Pero a mí no me la da, aquí hay tema que te quemas.

Los sucesivos meses pasan lentos, pero no por ello desagradables. Entre

trabajo, tiempo con mis amigas y el haberme apuntado a clases de baile ha ayudado a adquirir una rutina que me mantiene distraída y motivada.

—¿Vas a ir así vestida? —pregunta Elsa, cuando salgo del dormitorio.

—Sí ¿qué tiene de malo? —Llevo unos vaqueros rotos por la rodilla, un jersey calentito beige y unas botas de media caña marrón de tacón ancho.

—Ah, no sé. Si fueses a cenar con nosotras, irías perfecta. Informal y cómoda, pero vas a una cita con un hombre. Así no seduces a nadie, Carla.

—Punto uno —enumero—, no voy a ninguna cita, solo he quedado con un cliente para aclarar algunos detalles del evento y, puesto que estamos fuera del horario laboral y lo hago como favor personal, voy como me da la real gana. Y punto número dos —le digo sacando un segundo dedo—. ¡No quiero seducir a nadie!

—Ya..., lo que tú digas, pero que sepas que te hace ojitos y el quedar a estas horas es una mera excusa para que os veáis fuera del trabajo —comenta como si nada.

No contradigo a Elsa, puede ser que no esté muy receptiva que digamos, pero es cierto que he notado los continuos intentos de coqueteo de Raúl hacia mí.

Soy la encargada de preparar la fiesta de jubilación de su padre. Es una empresa muy prestigiosa que se dedica a las telecomunicaciones. Por eso, estos dos meses hemos estado quedando asiduamente.

Es un hombre joven, emprendedor, agradable y muy atractivo, aunque un poco encorsetado para mi gusto. Ya sabemos que a mí me van más los chicos malos... Puede que sea hora de cambiar de registro, porque mira cómo me han ido las cosas.

Paso de las insinuaciones de Elsa, recojo mi portafolio, mi bolso y salgo hacia el restaurante. Voy con el tiempo justo.

Al llegar al italiano donde he quedado con Raúl, lo encuentro sentado en una mesa al fondo. Como el caballero que es, se levanta nada más verme.

—Muchas gracias por aceptar que nos veamos tan tarde, Carla. Con todo el lío que tengo encima con la nueva gerencia de la empresa, me ha sido imposible hacerte un hueco —dice Raúl apurado.

—Tranquilo, no pasa nada. De hecho, creo que ya no harán falta muchas más reuniones. Tengo todo listo para la fiesta de tu padre.

Pedimos de cenar y le explico todo lo que he organizado para el evento, según las pautas que me dio. He podido explayarme a la hora de elegir todo, pues me dijo que contratará lo mejor, ya que el dinero no es un problema para

ellos.

—Me parece fantástico todo lo que has preparado. Eres una gran profesional —me alaba felicitándome.

—Gracias. Intento hacerlo lo mejor que sé —contesto agradeciendo sus palabras.

—Lo digo en serio. Aparte de ser una mujer inteligente, eres divertida, cercana y preciosa. —Me remuevo incómoda en la silla—. Carla, aunque hayas terminado de organizar la fiesta, me gustaría seguir viéndonos y conociéndonos un poco más.

—Raúl, me siento muy halagada. Eres un hombre encantador, con el que me encuentro muy a gusto y todo un caballero...

—¿Pero...? Porque me da que hay un pero —dice con desilusión en la mirada.

—Sí, hay un pero —le comento con una sonrisa triste—. Voy a ser sincera porque se te ve buena persona y no quiero ponerte excusas. Hace unos seis meses que salí de una relación... intensa, por llamarlo de alguna forma. No terminamos por que nos dejásemos de querer o por terceras personas, fue por otro tipo de problemas. Eso lo hace más difícil y que no esté preparada para conocer a nadie aún —le hago saber con la mayor delicadeza posible—, pero yo también me lo paso muy bien contigo y, si te sirve de algo, te ofrezco mi amistad.

—Bueno... —suelta un suspiro y prosigue—. No es lo que tenía en mente, pero me conformo con ser tu amigo —dice dándome una sonrisa sincera.

Después de aclarar este asunto, he de decir que me siento mucho más relajada a su lado. Como le he dicho, es un buen hombre y se merece una mujer que se entregue a él por completo.

Esa noche, al acostarme, me encuentro feliz. No creo que retome, en un futuro próximo, el mundo de las citas. Pero ha sido la primera vez que he podido hablar de cómo acabaron las cosas entre Jake y yo sin que me duela tanto el corazón. Pienso que es un gran paso para mi mejoría. Quizá llegue el día que recuerde nuestra historia con una sonrisa en los labios, como algo maravilloso que me pasó en la vida pero por circunstancias se acabó.

Lo que no sabía en ese momento es que unos días después mi mundo volvería a tambalearse con una visita inesperada.



## Capítulo 30

### *Jake*

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? No sé, quizá te estés precipitando —comenta Sam.

Este tío es tonto. Precipitando, dice. Si hubiese querido precipitarme no habría esperado seis meses para ir en busca de Carla.

—Déjalo, colega. ¿No ves que es un hombre con una misión? —le reprende Liam desde su posición, tumbado en mi cama, lanzando al aire un balón de rugby.

Lo miro y le doy un guiño por el apoyo. Sigo preparando el equipaje de mano, sin prestar atención a las absurdas preguntas de Sam.

Han pasado más de seis meses desde que Carla volvió a su país. Si por mí hubiese sido, habría ido en su busca ante, pero cuando se marchó estuve unas semanas metido en un agujero profundo del que no creí ser capaz de salir. Suerte que en uno de los pocos momentos de lucidez que tenía, me di cuenta de que o ponía remedio a mis adicciones o me perdería de tal forma que no habría retorno.

Al final tomé la decisión de entrar voluntariamente en rehabilitación para tratar mi adicción al alcohol y las drogas. Los tres meses que pasé en la clínica desintoxicándome fueron un infierno. Más de una vez tuve la tentación de mandarlo todo a la mierda. Lo único que me impulsó para seguir fue el recuerdo de una Carla abatida y sin fuerzas por luchar por lo nuestro. Es una imagen que me ha atormentado todos los días y que haré todo lo que esté de mi parte por no volver a ver. Quiero a la mujer chispeante y llena de vida que siempre ha sido. No en la que por mis malas decisiones se convirtió.

Si creí que fue difícil estar encerrado liberándome de toda la mierda que me corría por el cuerpo, me equivoqué. El verdadero infierno surge cuando

sales y te enfrentas a la vida de vicios de la que te has rodeado. Para mí ha sido lo peor de todo. Estar tentado en todo momento a recaer ha sido un suplicio. Pero hasta que no pasase una temporada esa prueba de fuego, no iba ir en su busca.

El que ha sido adicto lo será de por vida. Pero desde que salí de rehabilitación hace casi tres meses estoy más limpio que una patena y no pienso recaer. Como me repito cada noche al acostarme y se ha convertido en mi mantra: «Un día más, un día menos».

Lo primero que hice al salir de la clínica fue ir en busca de Liam. Le debía una disculpa por haber desconfiado de él y hacer que se marchase de la que era su banda. Fue una conversación difícil para ambos, en la que salió mucha mierda acumulada. Pero por suerte puede recuperar a mi mejor amigo y ahora cuñado, aunque esto último siga sin hacerme demasiada gracia.

Y ahora es momento de recuperar lo que es mío. Estoy decidido a reconquistar a Carla, cueste lo que cueste. Y esta vez le daré la vida, llena de amor, confianza y entrega que debí darle la primera vez.

—Quién sabe, lo mismo ha rehecho su vida. Ha pasado mucho tiempo, Jake —insiste Sam.

Esa última pregunta hace que deje lo que estoy haciendo y tenga toda mi atención.

—¿De qué demonios hablas? ¿Tú sabes algo? ¿Está Carla saliendo con alguien? —le pregunto al punto del infarto.

—No. Bueno, no lo sé —dice dudando.

—Dime qué sabes —le exijo nervioso invadiendo su espacio.

—A ver, solo sé que de vez en cuando queda con un tipo. Un director de una empresa o algo así. Pero vamos, no sé si habrá algo entre ellos —agrega esto último para intentar tranquilizarme. Lo cual no consigue.

—¡Joder, Sam!, ¡¿cuándo pensabas decírmelo?! —pregunto alterado. Veo como Liam se incorpora por si tiene que intervenir—. Ahora más que nunca tengo que ir a verla y conseguir que me acepte antes de que otro se me adelante.

Guardo todo lo que necesito sin orden alguno en la maleta y le pido a Liam que me acerque lo antes posible al aeropuerto. Mi vuelo no sale hasta dentro de cuatro horas, pero estoy tan impaciente que me encontraré más tranquilo allí e intentaré no perder la cabeza este tiempo.

Cuando llegamos al aeropuerto, Liam estaciona en la puerta de entrada y quitándose sus gafas de sol, me mira serio y añade:



—No la cagues, Jake. —Le doy un choque de mano despidiéndome y entro al aeropuerto dirección a los mostradores de la compañía de viaje que me llevará a España. De vuelta a mi chica.



Creo que he acabado con las existencias de botellines de agua del avión. Esto de llevar una vida sana está resultando difícil y si encima no puedo disfrutar del único vicio que aún me queda, como es el tabaco, peor. Las nueve horas de vuelo se me hacen eternas. He intentado dormir la mayor parte del vuelo, pero en el estado de nervios que me encuentro, ha hecho que sea imposible.

Cuando aterrizo en Madrid y llego al hotel, dejo el poco equipaje que llevo en la *suite*. No me paro a descansar, así me será más fácil adaptarme al *jet lag*.

Sé por Sam que Carla trabaja solo de mañanas y adaptando el reloj a la diferencia horaria que hay en España, me percató de que, a lo sumo, me queda una hora antes de que termine su jornada laboral.

Me monto en el coche que ha dispuesto el hotel para mí y le doy al chófer la dirección del trabajo de Carla. Aún no sé qué le diré cuando la vea, he imaginado tantas veces ese escenario que al final dejaré que la situación fluya a raíz de su actitud.

Una vez que llego a mi destino, me bajo del coche, me acerco a la oficina y la veo a través de las cristaleras que dan a la calle. «¡Joder! Esta preciosa». Se encuentra inclinada en el escritorio tecleando en el ordenador. No ha pasado un día en el que no haya rememorado su recuerdo en mi mente. Pero verla en persona hace que me quede sin aliento.

Al tenerla a tan pocos metros de mí, se me despierten las dudas de si habré hecho bien en volver a irrumpir en su vida. Me acobardo y vuelvo a donde está aparcado el coche, me apoyo en él y me enciendo un cigarrillo. Decido esperarla a la salida, no quiero desestabilizarla con mi visita irrumpiendo en su puesto de trabajo.

Unos cuarenta minutos más tarde, sí, los he contado, la veo salir acompañada de sus compañeros de trabajo. Ríe de algo que la mujer le comenta y eso hace que aparezca en mi rostro una sonrisa. Su sola presencia, a pesar de encontrarse a unos metros de distancia, hace que tenga claro que estoy donde debo estar. Al despedirse de sus compañeros, se da la vuelta, anda unos pasos y al levantar la cabeza es cuando se percata de mi presencia. Su cara de asombro me inquieta, no sé si será una buena o, por el contrario, una mala sorpresa el encontrarme aquí.

Sigo con una pose relajada, apoyado en el coche, con los pies cruzados uno encima del otro y las manos dentro de los bolsillos de los vaqueros. Pero mi actitud no corresponde con lo que realmente siento por dentro. He de decir que estoy cagado de miedo.

Da unos pasos titubeantes hasta estar frente a mí y me mira como si fuese un fantasma. Sin dar crédito a que en verdad esté delante de ella. Cuando toma conciencia de la realidad, la barbilla le empieza a temblar y hace un precioso puchero, inundándosele los ojos de lágrimas. No resisto verla tan vulnerable, por lo que me enderezo y le digo:

—Oh, nena..., ven aquí. —La atraigo a mi pecho y la rodeo con mis brazos.

El corazón me martillea en el pecho a gran velocidad. He deseado tanto tiempo este momento que me encuentro verdaderamente nervioso. La siento aferrarse a mí con la misma desesperación que yo la sostengo.

Inhalo su aroma y es como si me encontrase de nuevo en casa. Ella es mi hogar y por nada del mundo voy a dejar que desaparezca una vez más de mi vida. La necesito para sentirme completo. Este último tiempo ha sido muy duro, pero si consigo que esté de vuelta, habrá merecido la pena.

Nos mantenemos en esa posición durante unos largos minutos, que a mí me saben a poco, cuando Carla, sorbiendo por la nariz, se aparta de mi abrazo e intentando mantener la compostura, pregunta descolocada:

—Pero ¿qué haces aquí? —Se aferra al asa de su bolso para mantener sus manos ocupadas, ya que se la ve nerviosa.

—¡Sorpresa! —exclamo con un encogimiento de hombros—. Si has terminado de trabajar, te invito a comer, ¿qué me dices? —le pregunto, a lo que ella me da un asentimiento.

Suelta una risita fruto del nerviosismo que es música para mis oídos. Es tan dulce.

—Por supuesto —acepta al fin.

Abro la puerta trasera del vehículo y le ofrezco el paso, cuando monta, me subo justo a su lado. Le doy la orden al chófer, que nos lleve de vuelta a mi hotel. Prefiero que comamos en mi *suite* y así tendremos la intimidad que esta conversación merece. No quiero que nadie interrumpa nuestro reencuentro.

—Bueno, ¿qué te cuentas?

—Te ves preciosa.

Hablamos los dos a la vez, lo que hace que riamos de la situación.

—Perdona, tú primera —ofrezco.

—Pues eso, ¿qué tal va todo? —La noto incómoda y no me gusta. Es como si le hablase a un desconocido, cuando ella creo que es de las personas que mejor me conoce en el mundo.

—Bah, ya sabes, un poco de esto, de aquello —contesto sin dar ningún detalle del infierno que ha sido mi vida.

Carla levanta una ceja con sospecha, sin decir nada. Joder, qué difícil está resultando el encuentro. Siento las palabras atascadas en mi garganta siendo incapaz de expulsarlas.

—¿Dónde vamos a comer? —conforme hace la pregunta, su teléfono comienza a sonar. Lo saca del bolso le echa un vistazo y tocando el botón lateral lo silencia. Pero no ha sido lo suficientemente rápida, ya que me ha dado tiempo a leer en la pantalla el nombre de Raúl.

¿Quién demonios es Raúl?, ¿será su novio?! Joder, espero que no. Un ardor me sube por el estómago y se me instala en el pecho. Los celos no son buenos compañeros y ahora yo estoy siendo inundado por ellos.

—Cógelo si quieres, por mí no hay problema —le comento más arisco de lo que pretendo.

—Ah, tranquilo, ya llamaré más tarde —responde con una despreocupación fingida. Es lo que tiene conocer a la gente, que sabes qué quiere decir por su lenguaje corporal y el de Carla en este momento es uno tenso.

—¿Para qué? ¿Para cuando estés a solas con tu novio mofaros de tú ex, la estrella de *rock* con problemas de drogadicción? —pregunto en un tono mordaz.

Observo como Carla se aferra a su bolso y se lo coloca en el pecho a modo de escudo, me mira y pregunta:

—¿A qué has venido realmente, Jake?

—Joder ¿a qué voy a venir? He venido a por ti, Carla, pero ya veo que no cumples tus promesas —le digo subiendo el tono de voz. Mierda, saber que

hay alguien en su vida me está volviendo loco—. Dijiste que siempre me amarías, ya veo qué pronto me has suplantado.

—Quiero bajarme —dice con la vista puesta al frente.

—O sea, que no lo niegas. Es tu pareja —afirmo más que pregunto.

—No creo que tenga la obligación de darte explicaciones, y mucho menos con la actitud que estás teniendo. —Sigue sin mirarme y eso me altera más aún, necesito ver en sus ojos si ya es demasiado tarde para nosotros.

—Nena, mírame. Lo siento —le suplico.

—Por favor, pare el coche —le dice en este caso al chófer. Este me da un vistazo a través del espejo retrovisor y niego de manera imperceptible—. Si no para, me bajaré con el coche en marcha —amenaza.

La creo capaz, así de cabezota es. Por lo que, claudico y le doy al conductor la dirección del piso donde vive Carla.

—Está bien. Deja que por lo menos te lleve a tu casa. —Ofrezco. Eso hace que se relaje y apartándose lo máximo de mi lado gira la cabeza y observa el tráfico por la ventanilla del coche.

¡Me cago en todo! No hemos cruzado más de tres frases y ya la he cagado. ¿Cómo pretendo recuperar su confianza y que me acepte si no paro de meter la pata?

El trayecto lo pasamos en un silencio incómodo. Cuando el coche estaciona enfrente del portal de Carla, se dispone a bajar. Es mi último cartucho, por lo que intento que me escuche:

—Carla, te lo ruego, perdóname. Cena esta noche conmigo.

Se gira en su asiento y con la mirada cargada de decepción, añade:

—Me alegro de verte tan bien, Jake, pero sigues siendo el mismo hombre inmaduro de siempre. Adiós —se despide saliendo del coche y corriendo a su edificio.

La observo rebuscar las llaves dentro del bolso. Una vez que las tiene, con manos temblorosas abre la puerta y desaparece.

Cómo he podido ser tan sumamente gilipollas.

—¿A dónde, señor Russell? —pregunta el conductor.

Estoy por decirle que me lleve al primer bar que encuentre. Lo que daría por beberme una copa. Por el contrario, respondo:

—Vuelva al hotel, por favor.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo de mi asiento. Doy unas cuantas respiraciones profundas, un mecanismo que me enseñó mi terapeuta cuando tuviese ansiedad. Cuando la presión que siento en el pecho empieza a

disminuir, pienso en lo estúpido de mi comportamiento.

—Pare el coche —le pido al chófer. Cuando me dispongo a salir, añado —: Si le necesito, ya le llamaré.

Salgo del coche y empiezo a correr con todas mis fuerzas en dirección al piso de Carla. Cuando llego, pulso con insistencia el botón de su piso. Sin ninguna palabra, la puerta hace el ruido característico de abrirse. Entro al edificio y por la impaciencia que llevo, paso del ascensor y subo los escalones de dos en dos hasta el tercer piso. Al llegar a su rellano, me encuentro una puerta abierta y a Alma, la amiga de Carla, con las manos en la cintura en una pose bélica. Pensarás que para ser una mujer tan pequeña no intimidada, pero te equivocas. Parece el típico caniche que no para de ladrar.

—Cinco minutos —dice poniéndole énfasis con una de sus palmas abiertas—. Cinco minutos te han bastado para volver hacerla llorar.

—Necesito hablar con ella —digo jadeando a causa de la carrera.

—¿Y si no te dejo? —pregunta en actitud chulesca cruzándose de brazos.

—Alma, te lo suplico. —Si hiciese falta, estaría dispuesto a pedírselo de rodillas.

—Si es que soy una blanda... Anda, pasa —dice al fin. Se echa a un lado y antes de que se arrepienta traspasa el umbral—. Segunda puerta a la izquierda —aclara—. Te estaré vigilando, Jacobo —me advierte señalándose los ojos y después a mí.

«La madre que trajo al caniche. Me apiado del hombre que dé con ella». Pienso mientras me dirijo hacia la habitación de Carla.



## Capítulo 31

Escucho el insistente sonido del portero automático. No hay que ser muy listo para saber de quién se trata.

—A lo mejor es el cartero —comenta Alma levantándose de mi cama.

Al verme aparecer en el estado en el que me encontraba, solo me hizo falta decir su nombre para saber qué es lo que me ocurría.

—Ya, claro —le digo de manera escéptica. Cojo un pañuelo de la cajita que tengo en la mesita y me sueno los mocos.

Alma se dispone a salir al pasillo, mira a través de la cámara de telefonillo y grita para hacerse oír:

—Llevas razón, es Jacobo.

—Por Dios, Alma. No lo llames así —le amonesto dirigiéndome donde se encuentra.

—¿Por qué? —pregunta tan pancha.

—Porque se llama Jake —aclaro apartando mi mirada de la pantalla donde se ve a Jake insistiendo para que le abra y me centro en mi amiga.

—A ver, lista, ¿y Jake en español como se dice? Jacobo —me dice de forma evidente, como si fuese tonta. Niego porque es imposible rebatir algo con ella, para todo tiene una contestación—. Bueno, ¿qué hacemos? Mira que como siga así nos funde el portero y yo no quiero líos con la comunidad.

Dudo por unos segundos, al fin acepto, porque conociendo a Jake sé que no se marchará hasta que hayamos hablado. Por mi parte también necesito que esta herida empiece a cicatrizar de una vez por todas, por lo que no voy a desaprovechar la oportunidad escuchar lo que tenga que decir para que esta etapa de mi vida se cierre para siempre.

—Déjalo subir —claudico.

—¿Estás segura? —me pregunta Alma con preocupación.

—No, pero cuanto antes hablemos, antes se terminará todo.

Asiente, me doy la vuelta y entro en mi habitación cerrando la puerta a mi paso.

Cuando esta mañana me levanté, lo último que esperaba es encontrarme a Jake a la salida del trabajo. Fue tal el *shock* que me produjo, que creí estar teniendo uno de los tantos sueños en los que él aparecía. Al sentir como sus brazos me rodeaban y oler su característico aroma, me di cuenta de que era muy real. No sabía cómo actuar con él. Estaba feliz de tenerlo frente a mí, pero a la vez me sentía cohibida en su presencia. Era mucho para asimilar. Le faltó poco para sacar su temperamento y dejarme echa un completo lío.

Maldito Sam. Seguro que le fue con el cuento de que quedaba con un amigo, porque Raúl es lo único que es para mí. Un buen amigo, pero a saber la forma que tuvo Sam de contárselo, para que terminara presentándose de esta forma.

Me hubiese encantado que no tomase la decisión de volver movido por los celos. Pero por su actitud, me demuestra que sigue siendo un hombre caprichoso al que no le gusta perder.

Oigo de fondo la voz de Alma y Jake, pero no distingo lo que dicen. Segundos después, la manija de la puerta se mueve y por un momento me quedo sin aire en los pulmones.

—¿Puedo pasar? —pregunta asomándose por el hueco de la puerta el causante de mi desdicha. Asiento y entra con un gesto dubitativo.

Lo observo cómo evalúa mi habitación y recuerdo que nunca ha estado en ella. Hubo tantas cosas que no nos dio tiempo a hacer cuando estuvimos juntos. Imagino distintos momentos que vivimos, buenos y malos, pero como la ñoña que soy, siempre gana mi parte emocional a la racional. Intento mantenerme estoica en mi posición lo más alejada posible de la puerta y espero a que sea él el que tome la iniciativa a la hora de hablar, pero todo se va al traste cuando, con pasos lentos, avanza hasta el chifonier y recoge el marco que hay encima. Es una fotografía de nosotros dos. Por la calidad, no es de las mejores, pero para mí es la más significativa. Nos la hicimos con mi teléfono móvil la mañana después de formalizar nuestra relación. En ella solo se nos ve las caras de sueño, ya que aún estábamos en la cama, pero la sonrisa que expresamos es lo que hace que sea tan especial. Se nos ve felices y llenos de ilusión.

—No recordaba esta fotografía —murmura e imagino que estará rememorando aquel momento, ya que es lo que a mí me ocurre cada vez que la miro—. ¿Siempre ha estado aquí? —pregunta dándose la vuelta y

encarándome.

Trago, ya que las palabras las tengo atascadas.

—¿Para que has venido, Jake? —«No iba a ser él el que tomase la iniciativa», me recuerdo mentalmente.

Vuelve a dejar el marco en su sitio y se pasa nervioso las manos por el pelo. Mientras, aprovecho y le echo un vistazo a conciencia. Ha ganado volumen, tiene más músculos, debe de haber estado haciendo más ejercicio del normal, pero lo que más me llama la atención es que se le ve muy bien, sigue siendo Jake, pero una versión mejorada. Siempre ha sido un hombre que llamaba la atención allá donde fuese, pero antes se le veía más demacrado, es lo que tiene ir enlazando juerga tras juerga, que hace estragos en tu aspecto.

Sé por Sam que lo está haciendo realmente bien, y yo me alegro de corazón de que esté encauzando su vida. Antes debería de haberle puesto remedio. Nos hubiésemos ahorrado muchos disgustos.

—Ya te lo dije, vengo a por ti. Aunque me temo que sea demasiado tarde. —Se le ve desolado—. ¿Te trata bien? —pregunta tomando asiento a los pies de mi cama. Alza la vista y me topo con sus ojos azules. Se le ven más claros que nunca, es como si una vez que se ha limpiado y está luchando contra sus adicciones hubiesen adquirido otro tono. O es simplemente que después de tanto tiempo no los recordase tan claros, yo qué sé.

—Jake, no hay nadie en mi vida, Raúl es simplemente un amigo —le aclaro.

Sé que podría martirizarlo por un tiempo y hacerle creer que estoy conociendo a alguien, pero no llego a ese punto de cabrona y tampoco sería algo beneficioso para mí. Creo que para rehacer mi vida primero debo dejar de estar enamorada de Jake. Y no es el caso.

—Me alegra oírlo —comenta con alivio—. Carla, yo... He tenido una buena vida. Incluso se podría decir que me considero un privilegiado —empieza a contarme—. Me dedico a lo que más me gusta, tengo una familia increíble, estoy rodeado de todo tipo de lujos, poseo en mi cuenta bancaria más dinero del que podré gastar en mi vida...

—Jake no tienes...

—No, por favor, déjame terminar —me suplica—. Cuando pegamos el pelotazo hace unos seis años, me creí un Dios. ¿Qué chaval de veintitrés años cuenta en sus paredes con un disco de platino? —pregunta—. Pocos, ya te lo digo yo. A partir de aquel momento, todo sucedió demasiado deprisa. Lo petábamos en cada presentación. Todos querían un pedazo de los chicos del



momento y eso a nosotros nos encantaba, pero también implicaba que nuestro ritmo de vida se volviese más frenético.

»Empecé a coquetear con las drogas, es algo que ya había probado en mi juventud y en ese momento que lo tenía al alcance de mi mano, por qué no aprovecharme de ello. —No sé a dónde quiere llegar, por lo que me mantengo en silencio y dejo que continúe—. ¿Qué mal te puede hacer algo que te hace sentir tan bien? Nos fuimos consagrando como estrellas de *rock*, teníamos un nombre, DarkChord era reconocido por todo el mundo. La fama puede ser muy puta, ya que se te sube rápidamente a la cabeza.

»En aquel momento, apareció Alice. —Vaya por Dios, salió el tema en discordia—. Nunca me habían faltado mujeres, pero que una chica con su posición social se fijase en mí, me gustaba. Me enganché a ella y lo que representaba, pero sus vicios no eran muy sanos y mezclados con mi personalidad adictiva, te podrás imaginar que era una bomba con temporizador. —Me siento incómoda de que me hable de su exnovia, sabiendo cómo terminó la cosa—. Nuestra relación era lo que se denomina ahora una «relación toxica» —aclara haciendo comillas con sus dedos—. Follábamos con la misma intensidad que discutíamos —ríe, pero sin gracia—. Ya sabes cómo acabó todo y lo que yo creí que pasó en aquel momento.

—Jake, eso ya pasó, no te martirices más, no fue tu culpa —le digo intentando que no se culpe por lo que sucedió.

—Ahora lo sé, pero me sentí tan perdido en aquel momento. Todo se volvió un caos, perdí a la chica con la que creí que tenía algo más que un simple enganchón, acusé a mi mejor amigo de traicionarme...

Jake se está sincerando a corazón abierto y verlo tan vulnerable me supera. Por lo que, sentándome a su lado, le paso mi mano por su brazo en señal de consuelo.

—Justo cuando mi vida estaba patas arriba apareciste tú —confiesa—. Cuando te vi por primera vez, me llamó la atención tu frescura, lo natural que eras y lo buena que estabas, para qué engañarnos —dice con una sonrisa ladeada.

—Qué tonto eres —le digo con un empujón con mi brazo.

Sonreímos y nuestras miradas se entrelazan. Intento leer lo que me dicen sus ojos, pero no quiero hacerme ilusiones y volver a sufrir.

—Carla, sé lo que es estar en el fango y no quiero volver allí. Si algo ha hecho mantenerme a flote, esa has sido tú.

—¿Yo? Jake, tus horas más bajas precisamente fueron cuando estabas

conmigo. Quizá me has idealizado y no soy tan buena para ti.

Niega y acariciando un lado de mi cara, comenta:

—Nena, fuiste y serás lo mejor que me ha pasado en la vida.

«Lánzate y comételo a besos», me dicta mi corazón. «Otra vez, no», dice mi mente. Intento ser racional y mantenerme cautelosa.

—Cuando empecé a consumir drogas, creía que estaba bajo control, pero no te das cuenta de que, desde la primera vez que lo pruebas, eres tú el que te vuelves un esclavo de ellas —declara—. Ni viendo la muerte a un palmo de mi mano era consciente que tenía un problema. Gracias a que te marchaste lo tomé como un toque de atención y vi hacia dónde se dirigía mi vida.

—¡Pero te abandoné cuando más me necesitabas! —No sé en qué momento las lágrimas han aparecido, pero me recorren el rostro—. ¿En qué lugar me deja eso, Jake? Soy una cobarde, me sobrepasaba toda la situación.

—No. nena, no llores. Tú me salvaste. Si hubieses seguido a mi lado aceptando mis problemas, quizá no estaría hoy aquí. No iba por buen camino, preciosa.

—¿Cuándo te has vuelto tan... coherente? —pregunto retirándome las lágrimas y sonriendo.

Si me dicen hace seis meses que Jake iba a reconocer su adicción y hablaría de ella con tanta naturalidad, hubiese dicho que sería otro Jake, pero no Jake Russell.

—Bueno, estar encerrado en la clínica me dio mucho tiempo para pensar. También ha ayudado una vez al salir ponerme en manos de especialistas. —Su declaración me asombra. Ya que, anteriormente, era reacio a visitar a terapeutas—. Y tu recuerdo, Carla, ha sido fundamental en el proceso. Necesito ser una mejor persona para que te des cuenta de que he cambiado y me aceptes de nuevo en tu vida.

No sé qué pensar. Reconozco que cuando estábamos juntos era todo estupendo, menos el tiempo que abrazó a sus adicciones y dejó de lado todo lo demás. Tengo miedo de darle una nueva oportunidad y que su confesión se quede en palabras vacías, solo por el hecho de recuperar lo que tuvimos. Y así se lo hago saber:

—Jake, ¿y si todo vuelve a ser como antes?, ¿y si tus demonios vuelven a surgir?

Jake me sostiene de ambas manos y comenta:

—Es normal que tengas miedo, yo estoy aterrado. Cada día que paso es una lucha constante. No te digo que vaya a ser fácil, solo te pido que confíes

en mí, que me ayudes a lidiar, a ahuyentar a las sombras. Lo que tuvimos fue demasiado fuerte para que por culpa de mis adicciones se eche a perder.

—Oh, Jake... Lo pasé tan mal. Sufrí tanto al ver que no me elegías —le digo sosteniendo con mis palmas su rostro.

—Siempre te elegí, Carla. Hasta perdido en el abismo de mi mente, siempre te elegí —confiesa arrimando su boca a la mía y posando un dulce beso en mis labios.

Ese simple contacto hace que sea el punto de inflexión y caiga rendida a él. Sabía que en el momento en que Jake apareciese de nuevo en mi vida, me iba a ser difícil resistir. Como he repetido unas cuantas veces, no me fui porque lo dejase de amar, sino porque no quería ver cómo se autodestruía.

—Te amo tanto, nena. Me has hecho tanta falta —susurra Jake entre besos.

Sus palabras son bálsamo para mis oídos. Sus caricias, la cura para mi alma y sus besos el elixir que me bebo. Nuestro abrazo se vuelve más apasionado y tumbándome en la cama lo arrastro conmigo. Lo he añorado tanto que sentirle hace que vuelva a la vida.

—Tendremos que estrenar mi cama —le digo intentado sonar provocativa.

—No sé, Carla. Al caniche no le caigo muy bien que digamos y no quie...

—¿El caniche?! —le corto su discurso—. ¿Quién es ese?, si yo no tengo perro —pregunto arrugando el entrecejo confundida.

«¡Ay, madre! ¡A que al final las drogas lo han dejado un poco para allá!».

—Oh, créeme que lo tienes. Y no veas la mala leche que se gasta. Cuando he llegado ha estado a punto de mordirme —me dice horrorizado.

—Cuando has llegado te ha abierto... —me callo al caer en la cuenta de quién habla. Suelto unas carcajadas—. Como se entere Alma de que la llamas caniche, te castra, literalmente.

—Sí, tú ríete, pero no veas cómo acojona la chiquitilla —confiesa sonriendo.

—Bah, es inofensiva. Ya te darás cuenta cuando la conozcas —descarto, ya que es verdad. Alma mucho hablar y luego no es nadie—. Y ahora, si te sientes más a salvo en cuanto a tu integridad física, me encantaría que me hicieras el amor.

—Será todo un placer. —Son las mismas palabras que me dijo la noche que se declaró en Italia.

Pasa su mano por el bajo del vestido y lo arrastra hacia arriba. La piel se me pone de gallina con su roce. Consigue quitarme la prenda y me quedo en ropa interior.

Nos doy la vuelta y quedo encima de su regazo. Le saco los pantalones mientras Jake se deshace impaciente de su camiseta. Cuando alzo la vista el aliento se me atora y me llevo las manos a la boca.

—Nena, ¿estás bien? ¿Te ocurre algo? —Jake se incorpora alarmado por mi reacción. Pero es que no es para menos.

Le fuzzo suavemente a que se tumbe y me inclino en su costado izquierdo a admirar su nuevo tatuaje. En él se lee el nombre de Carla en letras cursivas y unas pequeñas frambuesas lo terminan. Lo acaricio con mis dedos, lo que hace que Jake suba su brazo para que tenga mayor acceso.

—Las frambuesas, ¿por qué? —pregunto sin dejar de admirarlo. ¡Es tan bonito!

—Porque su sabor es fuerte y dulce, como tú.

Y con cosas como estas es por lo que estoy absoluta y locamente enamorada de este hombre complicado. Con toda la emoción que me embarga en este momento, bajo mi cabeza y antes de zambullirme en su boca, le declaro:

—Te amo.



## Epílogo

Positivo. Vuelvo a leer el prospecto. Dos rayitas: positivo. ¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío!, ¡Oh... Dios... Mío! ¡¡¡Estoy embarazada!!! Creo que me estoy mareando y empezaré a hiperventilar de un momento a otro.

Después de la aparición de Jake en la puerta de mi anterior trabajo hace casi un año, nos tomamos las cosas con calma. Estuvimos unos meses manteniendo una relación a distancia. Ya aprendí de mis errores y no quería volver a cometer los mismos, precipitándome, por lo que implicó muchos vuelos por parte de Jake a Madrid. Cuando él tuvo que volver de lleno a su trabajo, las visitas se volvieron menos asiduas. Lo que hizo que me liase la manta a la cabeza y dando un salto de fe, me mudase de nuevo a Los Ángeles.

No ha sido un camino de rosas, para qué nos vamos a engañar. Como dice Jake, el que es adicto, lo será de por vida. Cada día que pasa sobrio, es una batalla ganada contra su adicción. Ha tenido momentos de flaqueza, donde los hemos solventado, esta vez juntos. Se ha abierto a mí de tal manera que ahora sí me veo capaz de ayudarle a superar cualquier obstáculo.

Empecé a trabajar como organizadora de eventos musicales y promocionales para Diamond Music Global. Tengo que decir que cuando recibí la propuesta de Greg Sloane, supe de inmediato que Jake estaba tras ello. Me resultaba extraño que justo cuando las visitas de Jake empezaban a complicarse, me propusiesen esa oferta. Le pregunté infinidad de veces a Jake si tuvo algo que ver, él siempre alegó: «Si te llaman es por mérito propio». No coló demasiado, ese tipo de casualidades no existen, pero no voy a negar que gracias a esa propuesta de trabajo fue el empujón definitivo para decidirme y mudarme con Jake. Así que, pensándolo bien, no le salió mal la jugada.

Hoy será el último concierto en Los Ángeles de DarkChord *live*. Han sido tres meses en una gira en acústico, recorriendo distintas ciudades en las que he podido participar como parte activa del equipo.

No sé si será por el regreso de Liam al grupo, por la vuelta de Jake, después de rehabilitarse o porque simplemente son así de buenos. Pero he de decir que ha sido todo un éxito.

Cuando la productora lo propuso, mis dudas se dispararon. Tenía miedo de que Jake volviese a vivir el estrés que le llevo a caer en el momento más hondo de su vida. Los *shows*, las fiestas, el no descansar adecuadamente era unas de las muchas razones que más temía.

Jake me tranquilizo diciendo que algún día tendría que volver a subirse a los escenarios. Esta es su vida. A lo que se dedica y lo que mejor sabe hacer, pero notaba cierta duda también en él. Ahora pienso que más bien lo aceptó para probarse a sí mismo. Por suerte, y con mucho esfuerzo por su parte, ha sabido mantenerse alejado de los vicios. Y no podría estar más orgullosa de él.

Dejo de pensar en mi chico y vuelvo al asunto que me atañe en este momento. ¿Cómo ha podido pasar algo así? Si yo estoy en control de natalidad. Supongo que sucedería cuando estábamos en Austin, que pillé un catarro y los medicamentos anularon el efecto de las pastillas anticonceptivas.

¡Madre mía! No tengo ni idea de cómo se lo va a tomar Jake. Hemos estado tan centrados en luchar contra sus demonios que nunca hemos hablado de hacia dónde va nuestra relación o si queremos tener familia. Simplemente hemos vivido el día a día.

Salgo del baño y me encuentro al padre de la criatura, abotonándose el pantalón y con el torso desnudo. ¡Qué calores, por Dios! A pesar del tiempo que llevamos juntos no me acostumbro a lo sexi que es. Y es todo mío.

—¿Qué pasa, nena? Te ves un poco pálida.

—¿Eh...? Nada, nada. ¿Qué me va a pasar? —contesto con una risilla floja. Joder, me va a pillar. Que yo soy muy expresiva y encima se me da fatal mentir.

—Si tú lo dices —comenta aún no muy convencido—. Carla, tenemos que hablar —dice con el semblante serio.

Uy, uy, uy. Cuando una conversación empieza con «tenemos que hablar» sé, por experiencia, que no suele terminar muy bien.

Me siento a su lado en la cama y sosteniendo mis manos entre las suyas, dice:

—He estado pensando mucho en nosotros. En nuestra relación, en lo que tenemos. —¡Ay, madre! Eso no es bueno. No es bueno que piense demasiado. ¡¿A que me deja?! Ahora que vamos a tener un bebé—. Y he decidido que

quiero más. Los dos nos lo merecemos.

—Estoy de acuerdo —susurro.

Si más, implica familia, ya tenemos medio camino hecho, ¿no?

—Así que, allá vamos- —Se levanta y se postra en una rodilla—. Carla Sánchez González, ¿quieres casarte conmigo? —pregunta ofreciéndome el anillo más bonito que he visto la vida. Es un solitario de oro blanco con pequeños diamantes rodeándolo.

Creo que por una vez en la vida me he quedado sin palabras y es raro en mí. Me levanto como un resorte de la impresión. Eso hace que se incorpore él también en su postura.

—Pero... ¡¿Qué... qué dices?! ¡Dios mío! ¿Quieres casarte? —exclamo asombrada.

—Claro que quiero casarme. ¿Tú no?

Me paso las manos por el pelo, la cara, nerviosa.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía...! —repito una y otra vez.

—¿Eso es un sí?

—No..., espera.

—¿No? —pregunta preso del pánico.

—No, no. No digo no. —ay, qué lío—. Sí, claro que sí. Es solo que te veía tan serio que no me esperaba algo así —le aclaro.

—¿Y cómo querías que estuviese? Es lo más serio que he hecho en mi vida —aclaro—. Entonces, ¿aceptas? ¿Te convertirás en la Sra. Russell? —asiento feliz y me lanzo a sus brazos. Jake me gira en un par de vueltas, feliz.

Uy, qué mareo.

Carla Russell. Saboreo el nombre en mi mente. No. No me convence. Mejor me quedo con el Sánchez.

—Pero mi apellido es inamovible —le digo arrugando la nariz.

—Ya veremos... —apunta convencido. Pues que espere sentado, porque de eso no me retracto—. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo —susurra tumbándose en la cama y posándose encima de mí mientras me da un dulce beso en los labios, en el cuello.

—Bueno..., no empieces a tirar cohetes todavía —digo perdiéndome en las caricias que me profesa—. A lo mejor se te agria el momento. No eres el único que tiene sorpresas en el día de hoy.

—Dudo que haya algo que me amargue ahora mismo.

Eso espero...

—¿Qué te parece si además de una boda, celebramos un bautizo? —Se

queda momentáneamente paralizado. Levanta la cabeza para poder mirarme a la cara y percibo como su rostro adquiere un color ceniciento.

¿A que le da una pájara del susto? ¡Ay, madre! Creo que va a ser la propuesta de matrimonio más corta de la historia. Se aparta de mí y se sienta a los pies de la cama. Me incorporo y me quedo de rodillas a su lado.

—Di algo..., por favor.

Sigue en silencio mirándose las manos entrelazadas con los codos apoyados en los muslos. No es tan raro que tengamos familia, ¿no? Estamos en una edad perfecta, yo a mis veintisiete años y Jake sobre pasa los treinta. Vamos, que no somos unos adolescentes. Sé que no es algo planificado, que no contábamos con ello, pero ha sucedido. Yo me acabo de enterar y ya amo a este bebé con todas mis fuerzas. Por eso su mutismo me daña. Puede que no esté preparado, pero sé que sería un buen padre. He visto cómo trata a su familia. Cómo se comporta conmigo. Es generoso, cariñoso y muy protector. Sé que no es el hombre más paciente del mundo y que su carácter en ocasiones es difícil, pero juntos podríamos conseguir formar un hogar.

Me levanto de la cama. Necesito estar a solas. Que asimile tranquilamente la noticia. Al pasar por su lado me retiene sujetándome la mano.

—Hey, ¿dónde vas? —pregunta.

—Al baño un momento —contesto sin mirarle a la cara.

—Mírame —demanda. Niego un par de veces con la cabeza. Como lo mire sé que lloraré como una magdalena. Y no será bonito—. Carla, mírame.

Al final declino y lo miro. Sigue sentado en la cama. Me atrae hacia él y quedo de pie entre sus piernas.

—Creí que me habías hecho el hombre más feliz del mundo al aceptar casarte conmigo —dice con los ojos cargados de emoción—, pero me equivocaba. Con la declaración que me acabas de hacer, creo que me has hecho invencible —prosigue posando su frente en mi estómago plano.

—¿No estás enfadado? —pregunto para asegurarme.

—¿Enfadado? —pregunta confuso levantando el rostro. La sonrisa que me ofrece es una que nunca le había visto—. Carla, eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, cómo podría enfadarme por darme el mayor regalo del mundo. Es un hijo de ambos, creado desde el amor.

Ya. Ahora sí, lloro. Malditas hormonas, que me vuelven una ñoña. Llora por las palabras tan bonitas que ha dicho. Por saber que quiere a este bebé tanto como yo. Y porque, por primera vez en la vida estoy experimentado lo que es la felicidad plena.



—¡Madre mía, Jake! Vamos a ser padres —digo sentándome a horcajadas en sus piernas y comiéndome a besos.

—Joder, nena. Estoy acojonado —ríe—. ¿Crees que seremos unos buenos padres?

La pregunta la hace un tanto asustado. Es normal, ha pasado este último tiempo por mucho, pero ha demostrado que puede con todo lo que se proponga.

—No sé si seremos los mejores padres del mundo, Jake. Lo que tengo claro es que lo haremos lo mejor que podamos y que lo queremos con toda nuestra alma.

Me gira y vuelvo a estar tumbada debajo de él.

—Te amo —se declara besándome profundamente.

Le retiro unos centímetros, sosteniendo su rostro en mis manos y con todo el amor que siento, declaro:

—Fuiste mi mayor dilema, pero me alegro de haber tomado la mejor decisión al elegirte.

—Entonces, ¿qué soy? ¿El dilema de Carla? —pregunta pensativo—. Me gusta como suena, nena.

Sí. A mí también me gusta.

Hemos atravesado mucho este último par de años. Echando la vista hacia atrás, no todo ha sido perfecto y bonito. Pero ¿qué relación es fácil? Si me preguntas si volvería a pasar por todo de nuevo, si ha merecido la pena, mi respuesta sería: Absolutamente sí.

FIN



## Nota del autor

Hubo un personaje que se impuso en todo momento y no dejó de revolotear alrededor de mi cabeza para que le diese su lugar y escribiese su historia. Pues, deseo concedido, esperad a lo que está por venir...

### ***PONDRÉ TÚ MUNDO DE REVÉS***

Cuando Alma irrumpa en la ordenada y cuadriculada vida de Greg Sloane, su mundo se verá puesto patas arriba...

### **PRÓXIMAMENTE...**

# Agradecimientos

Necesitaría otro libro para poder escribir detalladamente a todo el mundo que se merece mi gratitud, pero intentaré ser breve y espero no olvidarme de alguien, si lo hago, perdonadme y no me lo tengáis en cuenta.

En primer lugar, a mis pequeños, Álvaro y Pablo, por existir y enseñarme a ser mamá. No sé si seré de las mejores, pero sí pienso que soy la mejor para ellos.

A mi compañero de viaje, Agustín, mi marido y padre de mis retoños, por animarme, apoyarme y creer en mí. Te quiero.

A unas personas que, al igual que mis hijos, son muy importantes para mí, mi madre, Eugenia y mi hermana, Miriam. A pesar de faltarnos uno de nuestros pilares fundamentales, logramos mantenernos en pie solo con tres puntos de apoyo. Sin olvidarme de mis sobrinas: Amanda y Ainhoa.

A Elisa Manzanal, por todo el apoyo recibido, el asesoramiento. Y por hacer que la sinopsis brille. Aparte de una gran profesional, tengo la suerte de que forme parte de mi familia. Este libro es mucho gracias a ti.

A mi familia: Frutos y Valor, por todo lo que hemos vivido y los momentos tan buenos que hemos pasado.

A mi familia política, Bonillo y Merino, que desde el momento en el que llegue a sus vidas, me hicieron sentirme una más de esa familia tan unida.

A mis chicas; Ana, Tamara, Chus, Charo, Rocío, Silvia, Graci, Lauri..., por estar acompañándome e interesándose en está locura.

A las escritoras Luna Villa y Susy Hope, por contestar, de forma altruista y de todo corazón, la multitud de preguntas que les hacía.

Y, por último, a ti, lector, por haber confiado en mí y haberme dado una

oportunidad a la hora de leerme.